

BENJAMIN SUBERCASEAUX

PASION Y EPOPEYA
de
"HALCON LIGERO"

(LAUTARO)

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

EDITORIAL NASCIMENTO

He aquí la única obra teatral de Subercaseaux, y la postrera producción de su carrera literaria, si hemos de creer a sus propias palabras.

Hecho que, de por sí, confiere una novedad y un interés extraordinarios a este pequeño libro, breve en sus páginas pero vastísimo en su denso contenido.

El autor, tanto en el Prefacio como en el Postfacio de la obra insiste en este carácter de mensaje y de teatro "más para ser leído que representado", y en todas sus ideas revela en este "Halcón-Ligero" (Lautaro) la culminación de su pensamiento en lo referente a aquella vieja preocupación suya: su Patria, su propio Chile.

Y es que, en verdad, en el fárrago de la producción teatral concerniente a la interpretación de nuestra Historia, no sabemos de otro intento tan audaz, apasionante y pleno de directivas para el futuro psicológico y hasta político de nuestro país. En esta: *Pasión y epopeya de Halcón-Ligero*, Subercaseaux no se limita en mostrarse como un poeta, un novelista, y un ágil artífice de diálogo teatral, sino que nos da por primera vez en Chile *un teatro de ideas*, concebido a la manera clásica de la "tragedia en cinco actos", a la vez

DNAL

A

BENJAMIN SUBERCASEAUX

PASION Y EPOPEYA
de
"HALCON LIGERO"

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

1957

EDITORIAL NASCIMENTO

HENRY MIN BURROGHS

PASION Y EPOPEYA
de
HALCON LIGERO

Propiedad literaria
Reservados todos los
derechos

N.º 2921

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1957

*A PABLO NERUDA,
mi poeta y amigo, que en
su "Canto General" en-
cendió el corazón de Chile
con la tea de un nombre:
LAUTARO.*

PREFACIO

Valdivia y Lautaro fueron los dos pilares sobre los cuales pudo asentarse el honor y el destino de Chile. De hecho, no debió haber otros.

Pero la realidad, que es el resultado inesperado de lo que la humana lógica no prevé, o de lo que suelen imaginar como el orden preestablecido de Dios, se presentó a la manera de un juego caprichoso, como son todos los de la Historia.

Porque Chile, que es original en su geografía, y no poco en su psicología, tenía que serlo también en su Historia. Y fue así cómo este país, contrariamente a otros, se dio el lujo de tener tres Historias. Tres épocas diversas en que ninguna de ellas fluyó de la otra como un parto normal, sino más bien a la manera de un aborto.

De más estaría recordar que nuestro país tuvo una primera Historia, precolombina, a semejanza del resto de América. Una prehistoria, en todo sentido. Sólo que aquí, este conglomerado de pueblos débiles y desintegrados que

poblaban nuestro territorio desde el Biobío al norte, permitió al gran Imperio incásico invadir y someter la tierra en épocas pasadas, imponiéndole tributo y algo así como una ocupación militar. Todos se plegaron al invasor. Todos, menos un pueblo: el Mapuche; esa gente que por algo se llamó a sí misma: "de la tierra". Ellos combatieron al Inca, lo vencieron, acantonándose sólidamente al sur de la frontera, donde los Incas no pudieron seguirlos, y donde los españoles los encontraron un siglo más tarde.

Los Conquistadores pretendieron a su vez sojuzgar a este pueblo libre y fuerte. Con muy poco éxito y gran esfuerzo. Tanto que podemos afirmar sin exageración que gran parte de la segunda Historia, la del Chile colonial, la ocupa el relato de esta conquista infructuosa, que aún estaba lejos de terminar cuando se inició la tercera parte de nuestra Historia: la de la Independencia.

Y no era extraño que así ocurriera, porque en este mosaico étnico de la precolonia, era Arauco el único conglomerado sólido, militarmente organizado, intransigente y dispuesto a morir en defensa de Chile. El resto del habitante (lo dice la Historia) se plegó a los españoles, como se había plegado al Inca. En ningún momento manifestó un verdadero sentido de la patria, menos de "nación" como lo tuvieron los araucanos; y sobre todo, su genio máximo: Lautaro.

Cuando más tarde, la idea de emancipación comenzó a germinar en las mentes coloniales, aquello se gestó a la manera de un "asunto privado". Como una rencilla entre Conquistadores; como un descontento y una rivalidad en-

tre los nuevos ocupantes de la tierra, que veían con malos ojos aquellos privilegios irritantes de que gozaban los españoles nacidos en la Metrópoli, frente a la condición segunda de los otros: los criollos nacidos en el propio país.

Tardaron mucho en encontrar una solución a este estado de cosas, y la idea misma de una independencia total de la Madre Patria no tuvo nunca cabida en sus mentes sino más bien en las circunstancias y en el momento histórico en que les cupo vivir. No se trataba, pues, de una raza conquistada y sometida, que pretendía sacudir el yugo de su servidumbre. Ni punto de comparación con una India "indú", sometida a Inglaterra, o una Argelia árabe y musulmana regida por franceses. El nuestro era un asunto entre colonos y metropolitanos.

Los araucanos, por su parte, estaban medio aniquilados y relegados a sus bosques del sur. Ninguna participación les cupo en la gesta de la Independencia, ni en nada les interesó. La consideraron siempre —y con muy buen juicio— como un asunto que no les concernía. Porque si ahí se trataba de expulsar españoles, los que quedaban no lo eran menos. Simple traición aquella de unos "malos" peninsulares que vieron en la emancipación una manera más provechosa para establecerse por cuenta propia, sin tener que participar de los beneficios a un "socio" que ganaba más de la cuenta y que trabajaba menos de lo que toleraba la paciencia. Ni el propio yanacona o Promaucae (transformado ahora en inquilino de los vastos predios agrícolas) manifestó un interés mayor por aquel "asunto privado". La

Historia nos cuenta (nos confiesa, diría mejor) cómo el sector más reacto a la causa PATRIOTA fue precisamente el de los campesinos y sus patrones.

Vemos, pues, por este análisis somero de las tres Historias: la Aborígen, la Colonial y la Independiente, cómo ninguna de ellas fluyó armoniosamente de la otra. El araucano, de hecho, no fue conquistado ni lo ha sido hasta nuestros días, a pesar de sus protestas de "patriotismo chileno". Los Conquistadores se limitaron, a falta de otra solución, a dejarlos de lado y a crear un "país anexo", mezclando sus sangres con las de un aborígen indolente, como era el Promaucae, sin patria de verdad, dispuesto a todos los compromisos turbios, a todas las traiciones, a todas las "colaboraciones", como diríamos en el lenguaje de nuestros días. No hubo, en realidad, un pueblo que luchó y obtuvo su independencia, sino una empresa colonial que cambió el rubro de su negocio. Desde ese momento, toda la Historia que se desarrolla hasta nuestros días no ha representado sino un monstruoso esfuerzo de tergiversación para decir con otras palabras lo que no se quiere ver ni reconocer, y para crear una nacionalidad y un nacionalismo, ahí donde no lo hubo ni podía haberlo. Que lo diga la manía criollista de nuestra literatura; la magnificación de todo lo agrícola, de sus usos, costumbres y alimentos. Hemos identificado lo campesino con lo "nacional y patriota", olvidando que con ello sólo rendimos un homenaje a España y a nuestro extraño y discutible origen disidente. Porque en toda nuestra manera de ser buscamos aquello,

y lo ponemos en pugna y desprecio con lo que proviene del indio, nuestra única ascendencia moralmente legítima. Es así cómo chilinizamos la cueca, las trillas, los rodeos, las enormes espuelas y los minúsculos chamantos del huaso, mientras despreciamos la ancha manta araucana, la chueca, los luches, cochayuyos y el ñachi. En cambio, la españolísima empanada, los frejoles castellanos, son comidos "patrióticamente". A la par que glorificamos la guitarra española, sentimos desprecio y consideramos como una prueba de inferioridad la música araucana, o el ser moreno o el tener una piel lampiña. Se diría que hay en todo y en todos algo así como un remordimiento y una suerte de "conciencia-inconsciente" de que los amos de la tierra no somos nosotros, y no cejamos en nuestro deseo y acción para aplastar, humillar, aniquilar si esto fuera posible, a quien reconocemos pesarosamente como al chileno legítimo, al hijo incontrovertible de la tierra; al único que supo defenderla de verdad y por muy limpias razones: el pueblo araucano.

No en balde el europeo, que sabe aquilatar a los hombres, sus hechos y la Historia misma con un criterio de amplia cultura no comprometida en los provincialismos de esta América, sabe de la importancia universal de la epopeya araucana. Nadie, en el Viejo Mundo, ignora al araucano, pero sí y muy a menudo al chileno actual. Un Racine, un Voltaire, dedicaron sendos trabajos a "La Araucana", de Ercilla, uno de los siete grandes poemas épicos de la literatura mundial. En cambio, no sabemos de autores europeos de tal monta, que en los tiempos actuales ha-

yan consagrado siquiera una línea a la literatura chilena contemporánea...

Sin embargo, la Historia, sea cual fuere el curso que le imprimen los acontecimientos y circunstancias, está formada por hechos reales, por un "cuerpo cierto" de la conducta humana extendida en el friso del tiempo. Algo que no nos es dado alterar, ignorar o lamentar. Chile es, hoy en día, no solamente un hermoso país sino una nación honorable, que existe y busca definirse en este maremágnum histórico, moral y psicológico; en este "parto laborioso", como le hice decir a uno de mis personajes: Fray Martín de Robleda. Un Chile —el actual— donde para desgracia nuestra, nadie parece proceder de nadie, y donde este pueblo parece no corresponder al padre que pudo engendrarlo. La mejor prueba de ello está en que ningún monumento honorable ha consagrado la memoria entre nosotros de aquellos dos pilares de la nacionalidad de que hablamos al comienzo: Valdivia y Lautaro.

Sin embargo, el "hijo" está ahí: nuestra patria, nuestro Chile. El es un hecho real y una consecuencia histórica. Hay que buscarle, pues, nos agrada o nos desagrada, una filiación que se extienda más allá (en el tiempo, y en LAS RAZONES DEL CORAZÓN) de aquellas que nos proponen los programas de Historia de los liceos. De no hacerlo, seguiremos ignorando quiénes somos y por qué cosa luchamos.

B. S.

Toi qui connais mon coeur depuis que je respire
Des sentiments d'un coeur si fier, si dédaigneux
Peux-tu me demander le désaveu honteux?

Jean Racine, "Phèdre".

ACTO PRIMERO

(CONCEPCION)

AGUSTINILLO.—Criado yanacona de Valdivia.

LAUTARO (Alonso).—Paje de Valdivia.

GUACOLDA.—India cristiana del servicio.

PEDRO NUÑEZ ALDERETE.—Maestresala.

PADRE POZO.—Clérigo.

DON PEDRO DE VALDIVIA.—Gobernador del Reino de Chile.

FRAY MARTIN DE ROBLEDA.—Franciscano, recién llegado del Perú.

JUAN GOMEZ DE ALMAGRO.—Capitán.

FRANCISCO DE ULLOA.—Capitán y Navegante.

FRANCISCO CORTES OJEA.—Piloto de Ulloa.

SOLDADOS.

En la ciudad de La Concepción, un hermoso atardecer de primavera, a fines de octubre de 1553.

El yanacona Agustinillo, torso desnudo y en cuclillas,

está limpiando una armadura. Cerca de él, otro muchacho indígena: el paje Alonso (Lautaro), vestido a la española (jubón, calzas, camisa entreabierto en el pecho), está tratando de adaptar una piedra perforada a un chuzo de madera, del que va sacando astillas con su cuchillo.

Agustinillo, indio sumiso y leal, colaborador de los españoles, presentará su perfil izquierdo al levantarse el telón.

Alonso de pie, dará la espalda al público e irá mostrándose desde diversos ángulos, según los caprichos de su trabajo. Es un muchacho fuerte, hermoso, de una arrogancia sombría.

Agustinillo representa 25 años; Lautaro, no más de 17. Están en una suerte de patio o cuadra de la residencia del Gobernador. Al fondo, una tapia con tejas en la que se ve un gran portón abierto, por el que cruza a menudo un centinela. Cielo de grandes nubes blancas, algunas teñidas de rosa por el crepúsculo.

En este patio, algunas tinajas y caballetes de madera con monturas. Hay soldados que entran y salen de tiempo en tiempo, llevando o trayendo armas o arreos de montar. En el centro del escenario, ligeramente a la izquierda, un escaño (simple "banca" de tres tablas). Enteramente a la izquierda, el ancho corredor de una modesta casa colonial, alto de tres peldaños. Dos ventanas enrejadas y una puerta dan a él. En el extremo de este corredor, una mesa frailuna con un sitial y escaños.

La luz irá disminuyendo progresivamente desde el pleno sol de la tarde, hasta una casi oscuridad, al final del acto.

ESCENA I

Agustinillo, Lautaro; después, Guacolda.

AGUSTINILLO.—Pues sí: muy hermosa será esta villa de La Concepción, pero no la trocaría por mi valle del Aconcagua... Ni por Santiago... ni por sus sandías y melones. ¡Y aquellos soles, Alonso; aquellos soles que dan su azúcar a los duraznos y tuestan los gordos racimos de las uvas!...

(Se saborea). ¡Hum!

(Mirando a su compañero).—¿No es así, Alonso?

(Pausa. Alonso no responde).

Porque, de aquí ¿qué contento puede sacar un cristiano? ¡Todo es un llover y un llover! A este único día de sol seguirán aguas y más aguas... En cuanto al yantar, mejor ni meneallo: piñones, patatas; patatas y piñones, y esas yerbas que crecen en las reventazones de la mar, sobre las piedras, con muchos rabos como culebras. Cochayuyo, las llaman los changos de la costa.

¿Qué quiere decir Cocha-Yuyo, Alonso?

(Lo mira. Una pausa. Alonso no responde).

¡Cuanta herrumbre, Dios mío!

(Frota furiosamente la armadura).

¡Cómo se echa de ver que estas armas no han sido usadas desde la batalla de Toltén! ¿Verdad, Alonso?

(Lautaro tira al suelo su chuzo, avanza hacia el otro y, furioso, pero en voz baja).

LAUTARO.—¡Alonso! ¡Alonso! ¿Entenderás algún día, perro yanacona, que al hijo de Aguila-Negra hay que mentarlo Levtraro... o Lautaro, como dicen los huincas?

(Golpeándose rudamente el pecho).

¡Inche Levtraro!, lo sabes muy bien. Al hijo de Curiñancu se le llama Halcón-Ligero y no... ¡Alonso!

(Sigue otra pausa larga. Lautaro prueba la piedra perforada metiéndola en el mango del chuzo. Luego observa el resultado de su trabajo, golpeando con él la tierra a golpes repetidos)

AGUSTINILLO.—¡Ya está bueno! ¡Está bueno!... ¡Basta, ya!

¿"Su Merced" piensa ahora dedicarse al cultivo de los campos y a arar la tierra?

LAUTARO.—En eso debería estar mi pueblo, mis "chés" del Mapu. Mapuches nos llaman tus Huilliches y Picunches ociosos. Somos gente de la tierra. ¡Sin la tierra no vivimos ni comemos!

(Sombrío). ¡Pero ahora...!

AGUSTINILLO.—Dos años enteros de paz tuvieron para poder sembrar.

LAUTARO.—Dos años enteros hemos tenido, también, para poder llorar...

(Lautaro ha vuelto a su chuzo; lo ha invertido y ahora blande el leño con la piedra en el extremo, a la manera de un mazo, dando tremendos golpes al suelo).

¡Oh... mira, Agustínillo!

AGUSTINILLO (*Riendo*).—¡Qué nueva locura es esta! ¿Quieres hacer germinar la tierra a porrazos? ¡Una idea muy araucana!

LAUTARO.— ¡Cállate, mierda!

AGUSTINILLO.—Muy araucano, también.

LAUTARO (*Riendo a su vez*).—Tienes gracia, Agustín. Has dicho una gran verdad...

(*Blande la porra en el aire, a diestra y siniestra*).

¡Muy araucano! ¡¡Muy araucano!!

(*Entre dientes*).

Muy provechoso, también...

AGUSTINILLO.—¡Basta de hacerte el huaina, Lautaro, Halcón-Ligero, o comoquiera que te llames! El amo no ha de tardar, y aún no acabo de limpiar esta armadura. ¿Querías ayudarme?

LAUTARO.—Dámela.

(*Coge la armadura, la mira, se pone de cuclillas junto al otro para aprovechar la arena del pulido, dejando en tierra, junto a él, el mazo que tenía en mano*).

¡Qué linda es!... ¡Y qué firme!... (*Con tristeza*).

¡Cuán impenetrable para las pobres lanzas mapuches! ¡Aunque fueran de acero los brazos de mis mocetones, jamás podrán perforar a estos fortines vivientes... A no ser que...

(*Da una mirada significativa al mazo; lo coge y se le alumbra el semblante*).

¡Muy araucano!... ¡Harto araucano!

AGUSTINILLO.—Date prisa, Lautaro, que se hace tarde. Va declinando el día.

(Lautaro se entrega activamente a su labor. Busca cómo separar la celada del yelmo y la coraza).

LAUTARO.—¡Eh... Agustínillo... este chisme! ¿Cómo se hace para retirarlo?

AGUSTINILLO *(Sin alzar la cabeza)*.—Qué chisme.

LAUTARO *(Señalando la celada)*.—Este.

AGUSTINILLO.—¡La celada! ¡La celada, hombre!

(La retira).

¡Cuándo vas a aprender a nombrar las piezas de una armadura!

LAUTARO.—No estoy aquí para aprender nombres, que no entiendo ni me importan. Estoy aquí para aprender cómo se usan.

AGUSTINILLO.—No seas impaciente, huaina. Con el tiempo, más tarde, podrás recordarlas. Hace sólo tres años que estás entre los huincas...

LAUTARO.—Soy "cabeza dura", Agustínillo. No olvides que mi raza no es la tuya...

AGUSTINILLO.—No lo olvido. Pero... ya ves, yo: entré al servicio de españoles en los días en que llegó a Valparaíso el "Santiaguillo". Tenía a la sazón catorce años. Once van corridos desde entonces. Tiempo sobrado para aprender. Yo, un simple yanacona... El paje Alonso, favorito del señor Gobernador, aprenderá también a distinguir la coraza, del morrión y la celada...

(Guacolda ha entrado por la puerta del corredor y se ha dado a limpiar la mesa. Es una hermosa indiecita de unos 15 abriles, de cabello rojizo, muy grácil y esbelta. Viste a la española).

LAUTARO.—Tú eres diferente, Agustinillo. Los tuyos son otra cosa... ¡Siempre fueron otra cosa!: andan a la caza de novedades, de divertimientos... ¡Nunca fueron serios, los tuyos! ¡Hasta soportas con ánimo ligero que te llamen así, Agustinillo, yanaconcilla... Decires de afecto, entre los huincas...; pero también de desprecio y afeminamiento. ¿Imaginas que me llamaran: Lautarito... o Lautarillo? ¡Sería capaz de hacerles saltar en pedazos el propio palacio del Gobernador! ¡Ese modo de hablar está bueno para los de Chili!...

AGUSTINILLO.—¡Qué le vamos a hacer! ¡Yo soy así, paciente. De esta suerte me hizo Dios y me crió mi madre... ¡Habíamos de oponernos nosotros, al Pillán! ¿No ves... No has visto cómo estos huincas son invencibles?

(Golpea con los nudillos la armadura, que está limpiando Lautaro).

¡Trata de morder aquí! ¡Procura atravesarla con una flecha!

Nosotros somos sumisos porque somos razonables, Lautaro. ¡Bien lo probó y sufrió Michimalonco! Fue valiente él, y hasta redujo a cenizas Santiago... Pero, ¿para qué? Ahí tienes a Santiago otra vez, engrandecido, enriquecido, fuerte... Y. ¡Qué diablos! no estamos peores por eso. En mi infancia me hartaba de miserias. Ahora sé de un buen asado de carnero; tenemos sal en abundancia y legumbres que no conocíamos. Vivimos a buen reparo y nos tratan bien...

Siempre que no nos alcemos...

(*Mirándole con el rabo del ojo*).

Y que ayudemos *contra quienes estorban*.

LAUTARO.—¡Traidores!

AGUSTINILLO.—Es fácil decir: ¡Traidores! Menos fácil *saber* lo que se quiere decir con ello.

LAUTARO.—Traidor, quiere decir: Yanacona.

(*Escupe*).

AGUSTINILLO (*Deja su trabajo y se pone de pie*).—
¡No acabaré de comprenderte, Lautaro! Aquí, te queremos todos: soldados, capitanes, sirvientes; hasta el Maestresala... Nuestro amo te profesa el cariño de un padre. Tú lo sabes: él no tiene hijos ni esposa en la tierra nuestra. No tiene a nadie. ¡Es tan solitario y triste y malquerido, el pobre amo! Quizás por eso te ama como nunca le vi amar a nadie. Yo mismo me he esforzado en enseñarte cuantas cosas sabes... y nunca, Lautaro —advértelo—, ¡nunca he podido sentir en ti al compañero, al amigo! Somos de "la tierra" los dos; "indios", como nos llaman los huincas. Pero se diría que prefieres al propio enemigo, antes que a nosotros. ¿Ves allá a Guacolda? No ignoras tampoco que ella te ama más que a su alma...

LAUTARO.—Sí, prefiero los huincas a los yanaconas; has dicho la verdad. Siempre preferí la lealtad a la traición; el valor a la cobardía. Los españoles son valientes y no traicionan. Luchan por las riquezas, por su Dios, por su Rey... Y en esto les va la vida. ¡Allá ellos!

En cuanto a Guacolda. ¡Te prohíbo nombrarla! No me interesan las mujeres. Soy joven, todavía; soy fuerte. Mi

cuerpo debe estar hecho al sudor y al esfuerzo, no a desperdiciar la leche de la vida.

¡El nombre de Guacolda en labios de un yanacona!

AGUSTINILLO.—Es verdad que ella es mapuche... Sin embargo, cuando se topan la juventud con el amor...

LAUTARO.—No siempre deben ir parejos... Sobre todo si la juventud pretende realizar algo *ahora*... y el amor lo busca para *mañana*, en los frutos de la carne.

Nuestros hombres, Agustínillo, se privan del amor durante la guerra. Yo también debo hacerlo. Mi asunto es serio, yanacona, y en *mi asunto* no hay lugar para las mujeres...

ESCENA II

Los mismos, más Guacolda.

GUACOLDA (*Acercándose*).—No pretendo a ningún lugar, Levtraro. Menos, junto a tu cuerpo. Sabes que soy cristiana...

LAUTARO (*Confuso*).—¡Hermana, por qué me dices eso...!

GUACOLDA.—Lo digo porque te conozco, Halcón-Ligero, y porque tu sangre es la mía. No pretendo a otro lugar como no sea aquel que tú quieras darme... si algún día consientes en recordar a esta cautiva; a esta mapuche que ama al Dios de los huincas... pero que nunca podrá olvidar al vencido pueblo de Levtraro.

AGUSTINILLO.—¿Oyes, Alonso? Ella misma te lo ha dicho: vencido. Vencido ayer, vencido hoy, mañana, ¡siempre! Un mundo y una vida que ya se esfumaron, Lautaro, y otra vida que comienza. Es fácil llamar traidores a quienes se dan a la razón de estas cosas. A los que aceptan los cambios como la voluntad del destino; o de Dios, que rige los destinos...

LAUTARO.—¡Desprecio a ese Dios que acepta la humillación y la cobardía de un pueblo, porque tal indignidad sirve mejor a sus designios!

GUACOLDA.—¡Por lo más querido, Levtraro, no blasfemes!

LAUTARO.—No blasfemo, hermana. El Pillán nos manda amar lo nuestro; lo que es y lo que será, y defenderlo con esta manos... Hasta la muerte.

AGUSTINILLO (*Encucillándose nuevamente y mirando con disimulo hacia el centinela de la puerta*).—¡Shtt!... advierte que estás defendiendo hasta la muerte... el derecho a morir.

LAUTARO.—¡Es lo que yo llamo vivir!

(*Señala el lema de la coraza de Valdivia, que está puliendo*).

Y si no me crees, mira.

AGUSTINILLO (*Fastidiado*).—¡No sé leer esos signos del Malulo!...

LAUTARO.—Un día me los leyó el amo. Es su lema: "La muerte, menos temida, da más vida". Es la consigna de un hombre, Agustínillo. Por eso admiro al Gobernador.

GUACOLDA.—Y hasta le amas un poco, ¿no es así?
(Lautaro asiente con un gesto de la cabeza).

AGUSTINILLO.—¡Quién entiende eso!

LAUTARO.—Un mapuche... y una mapuche, Agustini-
nillo. No olvides que *eso* es también "muy araucano".

(Se oyen voces que vienen del portón).

GUACOLDA.—¡Oigo voces! Que Dios sea contigo,
Halcón-Ligero: todo nuestro pueblo ha hablado por tu
boca.

(Exit por la puerta del corredor).

ESCENA III

Entran el Maestresala y el Padre Pozo.

PEDRO NUÑEZ.—Como os venía diciendo, Reveren-
cia, acariciamos la esperanza de que nos llegue un marque-
sado para el señor Gobernador...

PADRE POZO.—¡Un marquesado!

PEDRO NUÑEZ.—Pues sí; un marquesado hecho y
derecho. Y hasta nos han traído lenguas de que tendrá a
Tucapel por dominio y señoría.

PADRE POZO.—¡Don Pedro de Valdivia, Marqués de
Tucapel, Gobernador del Reino de Chili! ¡Virgen Sacratí-
sima, Madre de Dios! ¡Esto sí que es medrar! Y en tan po-
cos años.

PEDRO NUÑEZ.—La profesión de las armas, Su Paternidad, se ejerce para mayor gloria de Dios y de nuestro amado Rey, pero procura también honores y riquezas..

(Señalándole el escaño).

Acomódese Su Reverencia... .

PADRE POZO *(Sentándose)*.—Lo sé. ¡No habré de saberlo yo, hijo! ¡No ignoro, puesto que lo veo y lo siento en carne propia, cómo las armas empleadas contra los paganos benefician harto más que las otras: las que los servidores de Dios ponemos en obra contra el Demonio. Diríase que el Maligno favorece la guerra y el exterminio, o que Dios, como dice el cantar: "Protege a los malos cuando son más que los buenos"... .

PEDRO NUÑEZ.—¡Reverencia! ... Su Merced dice cada cosa...

PADRE POZO.—No, hijo, no, hijo; no confundas mis palabras con las del romance. Don Pedro de Valdivia se tiene harto merecidos cuantos honores y riquezas convengan a su estado, hacienda y gobierno. Los ha ganado en buena lid...

PEDRO NUÑEZ.—Su Merced lo ha dicho. No ha mucho, en las minas de Quilacoya, lo sintió así el propio Gobernador (¡ochenta mil indios trabajan ahí para su Excelencia!)...

PADRE POZO.—¡Ochenta mil! ¡Caray!

PEDRO NUÑEZ.—... Lleváronle una pesada batea con oro. Hundió en ella los dedos, Don Pedro, y mirándome risueño: "Núñez —me dijo—, desde agora comienzo a ser un señor". Y fue verdad. No hace un año, Su

Majestad vino en confirmarlo Gobernador de estos reinos, otorgándole el título de "Don".

PADRE POZO.—Siempre fue Pedro de Valdivia, a secas...

PEDRO NUÑEZ.—Y si a tanto honor, viene a agregársele ahora lo del marquesado.

PADRE POZO.—... en mayor peligro pondrá su alma.

PEDRO NUÑEZ.—¡Reverencia! ...

PADRE POZO.—Que no os mueva a escándalo, Pedro Núñez. Vuestra condición de Maestresala os hace ver la vida como un sarao, donde no se ha menester de otra cosa, como no sea que esté bien provisto...

PEDRO NUÑEZ.—Lo que no obstó para que Su Paternidad se quejara de aquel sarao invisible, sin menestras ni minas de Quilacoya, cual es el suyo, y en el que "Dios parece proteger a los malos cuando son más que los buenos" ...

PADRE POZO.—Y seguiré quejándome, Pedro Núñez Alderete, porque está en mi condición y supremo ministerio hacerlo, y también velar a que Dios sea bien servido. El oro y la carne andan de conserva, Pedro Núñez, y vuestro "Don" se ha ingeniado, desde que está en tierra de Chili, para ser un perpetuo escándalo de deshonestidad en las cosas del dinero como en aquellas de la pureza... La Inés Suárez, primeramente...

PEDRO NUÑEZ.—Doña Inés de Quiroga, querréis decir...

PADRE POZO.—¡Cuán presto adquirió el "Don"!... Bueno, de Quiroga o de lo que sea; la tal Inés —digo—,

mujer muy socorrida (quizás demasiado), cuyo amancebamiento con Valdivia fue notorio y de mal ejemplo para todo el reino. Luego... aquel despojo inicuo de Valparaíso, donde fuyó hasta con los doblones del siervo de Dios, Rodrigo González Marmolejo...

Dicen agora que anda nuevamente amancebado. Con dos hembras, esta vez, a falta de una...

PEDRO NUÑEZ (*Risueño*).—No todos podemos gozar del privilegio de Vuestra Paternidad, que anda desposado con la Santa Madre la Iglesia, sea cual fuere el lugar donde es traído y llevado...

PADRE POZO.—Sois un mentecato, Pedro Núñez, pero ¡Vive Dios! que lo sois con simpatía e ingenio. Vos y yo somos gente del común, Núñez, y no cargamos con "dones" ni marquesados. La tierra ya se pacificó y es hora de cosechar lo que se ha sembrado. Estáis en la razón al defender a vuestro amo, que os hace vivir. Yo, estoy en la mía al comprobar cuán estéril es mi lucha para rescatar las almas de éstos...

(*Señala a los indígenas que trabajan*).

... de quienes la propia Iglesia no ha decidido aún si la tienen o no.

(*Lautaro se levanta y sigilosamente se va aproximando al escaño*).

(*Cambiando de tono*).

Sólo en aquello del amancebamiento no estoy con vos. Me parece harto más grave esta licencia lujuriosa, que las dos mil manos cercenadas a quienes las emplearon contra

el Rey; o las seis libras de oro en polvo arrancadas a las aguas día a día con el sudor de la canalla...

LAUTARO.—¡Miserable!

PADRE POZO y PEDRO NUÑEZ (*Alternando*).—
¡¡Oh!! —¡Un yanaconcilla! —¡Habrás visto atrevimiento igual! —¿Ha oído Su Merced al follón?

(*Agustinillo se alza, espantado, coge la armadura y echa a correr fuera, por la derecha*).

LAUTARO.—Sí; digo y repito que Su Reverencia es un miserable y un mal nacido. Que ha visto sangrar a mi pueblo y no enceguació de horror ni sollozó de piedad al ver a tanto hombre fornido, a tanto mocetón hermoso agitando desesperados los muñones sangrantes; sus brazos, ahora impotentes para procurar alimento a sus hijos. Digo que sois un miserable y un traidor a Dios al afirmar que no tenemos un alma. Es verdad que os cuesta palparla, porque jamás la entregamos a los impostores que predicán la palabra de Dios a mis pobres mapuches, y sólo explotan y destruyen la obra del Creador, negando la hombría, el amor, la belleza de las criaturas; la piedad para con todos los hombres.

Y vos, señor Maestresala, sois un villano adulador, como todo servidor de los poderosos, porque sólo les defendéis el derecho a la riqueza y al poder, que es vuestro sustento, pero no os ocupáis en defenderles la honra, que es su memoria. Mi señor Don Pedro ama las riquezas, es verdad; pero Su Merced olvida que ahí estaba yo, en Quilacoya, sosteniéndole las riendas del caballo, y que si bien es cierto que dijo cuanto acabáis de repetir, agregó tam-

bién, al ver el oro: "Yo alabo a Quien tales cosas cría". Y luego mandó quitárselas de adelante, agregando: "que era tiempo para tomar las armas, y no para cobdicia de riquezas".

¿Por qué no repetisteis esto también?

PEDRO NUÑEZ.—Sí... es verdad. Lo dijo y me lo tuve olvidado.

PADRE POZO.—¿Pensáis escucharlo así hasta el fin?

PEDRO NUÑEZ.—No; así, no. Pero sí, de pie (*Se alza*). Porque jamás se dirá de un castellano, que no haya respetado el valor y la hombría en quien la tiene, y lo luce.

PADRE POZO.—Extraños pajes procúrase el Gobernador. ¿Cómo se hace llamar aqueste yanaconcilla?

LAUTARO (*Violento*).—¡No hace falta averiguarlo, Reverencia, y ya lo sabréis de sobrado!...

Doy, sí, gracias al Cielo de que en tres años que llevo entre españoles aprendí bastante de su lengua para decirles que nunca, en esta tierra de Chili, tuvieron hombre más cabal que Don Pedro, y que difícil cosa será que otra vez lo tengan. Mis hierros contra él vienen de allí: de que se parece demasiado a los nuestros, por el valor; y no lo bastante por la protección de que goza con sus caballos y su máquina de guerra...

¡Con tal concierto, no tardará en acabar con todos mis indios!

PEDRO NUÑEZ.—Alonso es araucano, Reverencia, y no un yanacona de los promaucaes...

LAUTARO (*Presentándose*).—Así es: Inche Levtraro,

mapuche de la sangre de Aguila-Negra. Halcón-Ligero, para servir a su Reverencia ... en el campo de batalla.

PADRE POZO (*Fuera de sí*).—¡Es loco, el hideputa! ¡Es loco, y de añadido, bellaco e insolente!

(*Se levanta con ánimo de castigar al muchacho. Su gesto se ve interrumpido por la voz del centinela, anunciando*):

CENTINELA.—Su Excelencia el señor Gobernador, Don Pedro de Valdivia.

ESCENA IV

Los mismos, más Valdivia, Fray Martín de Robleda y Juan Gómez de Almagro.

(*Entran por el portón, Valdivia, Fray Martín de Robleda y Gómez de Almagro. Los presentes se inclinan en una profunda reverencia. Valdivia trae cogido del brazo, en actitud cariñosa, a Fray Martín. Separado y obsequioso, a la manera de un Edecán, Gómez de Almagro. Siguen a Valdivia algunos caballeros de escolta. El Gobernador se muestra ya anciano, cansado, pero animado a la vez por esa tristeza satisfecha del que ha visto mucho y se cree próximo a la meta de sus esfuerzos*).

PADRE POZO.—¡Señor Gobernador...! ¡Magnífico señor! ... Sed bienvenido.

VALDIVIA (*Risueño*).—¿A mi propia casa?

PADRE POZO.—Quise decir a Su Merced...

VALDIVIA.—A Su Excelencia...

Como sea, buenas tardes, Padre Pozo.

(*Hace un saludo breve con la mano al Maestresala, el cual se inclina y retira por la puerta del corredor*).

¿Conocéis a Fray Martín de Robleda, Padre Pozo? Pocas semanas ha que nos ha sido donado por el Perú...

(*Poniéndole una mano sobre el hombro*).

¡Gran amigo nuestro! ¡Leal y tierno amigo! ... Un amigo ¡vamos!

(*Descubriendo a Lautaro a distancia, se le acerca. Pero recordando a la comitiva*).

Gracias, caballeros. Podéis retiraros. Id con Dios...

(*Se inclinan y vuelven sobre sus pasos. Luego, a Lautaro, severo*):

¿Dejaste pulida mi coraza, como lo ordené?

LAUTARO.—Limpia y pulida está, mi amo... como lo ordenasteis a Agustinillo.

VALDIVIA.—(*Imperioso, a la vez que corrido*).—¿Y dónde está el yanacona?

LAUTARO.—¿Dónde están los hombres cuando no están presentes?

VALDIVIA (*Sonriendo. Luego, pensativo*).—¡Válame Dios, que solamente tú, Alonso, puedes dar tal respuesta! ¿Dónde están los ausentes? ... Sí, aunque lo estén por un instante... Ahí... tras el muro... ¿dónde están?

LAUTARO.—Si lo supiéramos, amo, sabríamos qué es la vida, qué la muerte, la traición, la lealtad.

VALDIVIA (*Cariñoso*).—¿Echas de menos a tu gente? ¿Todavía recuerdas?

LAUTARO.—Recuerdo.

VALDIVIA.—¿No te ha bastado mi ternura de padre; el cariño de mis capitanes; el afecto que todos te profesamos?

LAUTARO.—¡Ah, mi señor, no reclamo afectos para mí; los reclamo para vos. Vosotros los huincas os pasáis platicando de afectos y lealtades. ¡Tenéis la manía del amor! Lo consideraréis tan pronto como una dádiva, o como un deber al que hemos faltado por no corresponderlo a la manera vuestra. Y en este enjambre de sentimientos encontrados, de fórmulas, palabras, saludos y cortesánias, he visto muchos vicios de los que suelen atribuir a mi gente: deslealtades, envidias, traiciones..., en cuanto les volvemos las espaldas... y que se nos hunden en esa misteriosa ausencia de que habláis.

VALDIVIA.—Apesorado te veo, Alonso.

LAUTARO.—¡Y quién no lo estaría! En mis tierras del Mapu hay hombres de esta calaña, también. Pero allá no se habla de amores y lealtades. Tomamos la vida como viene, y de nada sabríamos arrepentirnos, porque nada prometemos. Sabemos, sí, del respeto al valor y a la generosidad. Sois generoso y valiente, amo mío. Mis gentes sabrían respetaros... Si a la vez no fueráis también su azote.

VALDIVIA.—Si la ausencia es un misterio doloroso, hijo, la presencia no es siempre un misterio gozoso... Los hombres —¡y qué diré de los guerreros!— tenemos el deber

de avanzar; siempre avanzar, conquistar, consolidar la obra de nuestras manos. Y es así cómo herimos, dominamos y contrariamos las voluntades. Es una suerte de fatalidad que preside al crecer y al vivir; un avanzar de la vida, que parece no alentar si no se va nutriendo de aquello que le entrega la muerte... Por esto, "Mientras menos temida..."

LAUTARO.—Da más vida.

VALDIVIA.—Lo has dicho.

LAUTARO (*Angustiándose*).—¡Ah, si todo fuera cuestión de muerte o de vida, y si no estuviese de por medio la traición, que es obra de cobardes! ¡La traición, que es también la gran miseria de los valientes; porque suele ser necesaria, obligatoria, ineludible... ¡Porque también da más vida!

VALDIVIA (*Frunciendo el ceño*).—... o más muerte.

LAUTARO (*Desafiante*).—Menos temida.

VALDIVIA (*Desviando el tema*).—¡Hem!... ¿Te han tratado en buena forma, hijo mío? ¿Ha cuidado de ti el Maestresala? Sabes cómo he ordenado todo para que tu vida se deslice entre nosotros apacible y bien provista...

LAUTARO.—Daría la mía mil veces, señor, para mostraros mi gratitud. ¡Ni Curiñancu, mi padre, cuidó tanto de su hijo!

VALDIVIA.—Pero sientes por él un cariño mayor...

LAUTARO.—No; ¡por mi madre que no! Amo más, sí, la sangre que corre por sus venas y las mías...

VALDIVIA.—Es tu deber amarla.

(*Disponiéndose a seguir su camino*).

¿No tienes, pues, ninguna queja?

LAUTARO.—Sí, mi amo: me han privado de las humintas. En Santiago, vuestro Maestresala me daba a gustar de ellas todos los días. Son buenas las humintas; es un guiso nuestro.

VALDIVIA.—¡Pero, Alonso! Olvidas que estamos en octubre y que los maizales apenas despuntan...

LAUTARO (*Soñador*).—¿Octubre?... ¡Ah!..., es verdad. Recién la primavera... Están lejos todavía las cosechas.

(*Cambiando de tono*).

Pero es tiempo sobrado de ir velando para que rindan...

(*Valdivia le da un golpe cordial en el hombro y retorna a Fray Martín, al que toma por el codo y encamina hasta la mesa del corredor. Les siguen, respetuosos, el Padre Pozo y Gómez de Almagro*).

VALDIVIA.—Os ruego, Fray Martín excusar esta espera. No hace mucho que hice venir a mi paje de Santiago, y los trabajos de estos días me han tenido ausente y no he podido hablarle...

FRAY MARTÍN.—Mi señor Don Pedro: estáis en lo vuestro. Por lo demás, no he perdido el tiempo escuchando las razones del mozo. ¡Extraño mochacho, señor Gobernador! Y avisado. No sería en el Perú donde un hombre de la tierra se daría a razonar de esta suerte...

VALDIVIA (*Sentándose*).—Acá tampoco, Padre. Nadie razona de esta suerte... en el hablar. Pero muchos, sí, en el pensar y el obrar. Yerro grave sería creer que sus mentes no contienen otra cosa de lo que, por sus palabras

échase de ver. Ahí dentro hay otro mundo como el nuestro. Quizás más rico que el nuestro...

FRAY MARTIN.—Y por lo mismo, más sorprendente.

GOMEZ DE ALMAGRO.—Más inesperado...

PADRE POZO.—Y más temible...

(Desde que Valdivia toma asiento se hace presente Guacolda por la puerta del corredor. Su primera mirada es para Lautaro, que ha quedado en el patio mirando al grupo que se aleja. Cruzan sus ojos un momento, y Lautaro se retira violentamente por el portón).

GUACOLDA.—Sus Mercedes manden...

VALDIVIA *(Breve e impaciente)*.—Lo de siempre, hija: aquel vinillo de la tierra.

(Exit. Guacolda).

FRAY MARTIN.—Apuesta moza. Quiera Dios guardarle su inocencia.

VALDIVIA.—Es cristiana, Su Paternidad, y araucana. Su nombre es Guacolda. Mazorca colorada, significa en su lengua. Entre ellos la llaman: "Choclito Rojo". Bello apodo, ¿verdad?

FRAY MARTIN.—Hermosa raza la de vuestros chilenos. No la vi mejor en el Perú. Peor, sí, pues allá la indijada es sucia, tarda en el decir y más tarda en comprender...

GOMEZ DE ALMAGRO *(Interviniendo)*.—Con la venia de Su Excelencia, querría hacer ver a Vuestra Paternidad cuanta razón la asiste. Yo serví en el Perú. Aquellos súbditos del Inca están mejor organizados y hasta parecen

—por sus villas y sus casas— pertenecer a un pueblo de más monta que esta gente del Mapu...

VALDIVIA.—Queréis recordarme, señor capitán, que recibí el sobrado y que Chile es la provincia de peor fama de estos reinos?

GOMEZ DE ALMAGRO (*Sonriendo*).—Jamás osaría, mi señor. Ni lo creo, tampoco. Creo sí, que es la que mejor cuadra con la entereza y el empuje de vuestra Excelencia...

Decía, pues, que allá en el Perú, el Inca poseyó una máquina de Gobierno de suyo vasta y complicada, que requería de una obediencia ciega de parte de su gente. Fue de tal laya cómo el Inca consiguió hacer medrar el Imperio... a la vez que hacía del habitante un pelele sin razones propias, ni arrojo, ni una inteligencia mayor de la que precisaría un mulo...

(*Rien*).

Bastó al señor marqués de Pizarro cortar la cabeza visible de aquel Imperio y el cuerpo entero se desplomó con la facilidad que sabemos...

VALDIVIA.—Las vías del marqués fueron siempre llevaderas. Hay hombres así, que sólo nacen para el triunfo...

FRAY MARTIN.—Suelen ser los que pagan más alto tributo al dolor y a la muerte.

PADRE POZO.—Que Dios tenga en su seno al señor marqués de Pizarro.

TODOS.—Amén.

(*Beben*).

GOMEZ DE ALMAGRO.—Volviendo a lo dicho, con la venia de Vuestra Excelencia...

(*Valdivia bosteza ostensiblemente*).

El indio del Perú, como la abeja de la colmena, se agita y actúa mientras vive la reina. Muerto el jefe, deja de ser guerrero y hombre, para trocarse en objeto... en un chisme cualquiera. En cambio, nuestros mapuches del Chile son tan intolerablemente soberbios, Fray Martín, que jamás aceptan jefe que los gobierne. Viven diseminados por los campos, porque no se aguantan ellos mismos. Se temen unos y otros y creen en mutuos maleficios engendradores de muerte...

(*Ameno, a los demás*).

Para ellos, la muerte no es un fenómeno natural.

FRAY MARTIN.—¡Gran sabiduría! La muerte no es natural, señor capitán, sino la desgraciada consecuencia del Primer Pecado...

GOMEZ DE ALMAGRO.—Ellos creen que la muerte no es producida por una dolencia sino que les llega por vía de encantamiento.

FRAY MARTIN.—Eso... ya es superstición.

GOMEZ DE ALMAGRO.—Solamente un peligro común logra reunirlos...

PADRE POZO.—Esto da qué pensar en lo fácil que sería dividillos...

FRAY MARTIN.—Y en lo difícil que resulta comprenderos, capitán. Porque si el natural de Chili carece de gobierno, de artes y ordenanzas, ¿por qué sus mentes habrían de estar más despejadas que las otras?

GOMEZ DE ALMAGRO.—Allá voy en mi discurso, Reverencia...

VALDIVIA (*Socarrón*).—¿Aún no le habéis dado término, capitán?

GOMEZ DE ALMAGRO.—Tenga paciencia, Su Merced, que a lo mejor mis palabras podrán prestarle servicio algún día.

Digo que los mapuches, no teniendo una cabeza conocida (o teniendo muchas, como es propio de estos pagos), siempre hay una que los incita y dirige en los momentos de aprieto. Con lo que resultan como la hidra, a la que mientras más testas se le cortan, más le florecen.

VALDIVIA (*Impaciente*).—Pero... podéis decirme, ¿qué majadería os ha cogido a todos esta tarde? ¡Nunca como agora, la paz se extendió más segura por estos reinos! A la sazón puedo declararlo, y probar, que la nación araucana se está sosegada, vencida, y entrada en razón. Desde la batalla de Toltén (hace dos años de esto) la tierra se unió y dispuso con más holgura para nuestras personas. Fundamos las villas de La Imperial, de Villarrica, de Los Confines; penetramos sin esfuerzo ni resistencia en el corazón mismo de la tierra. No en balde Su Majestad me confirmó como Gobernador della y de las que vaya descubriendo. Pero... al oír a Vuestras Mercedes... se diría que razonan a la manera del yanaconcilla, y que estamos vencidos y acorralados frente a la potencia de los paganos...

GOMEZ DE ALMAGRO.—No he dicho, Vuestra Excelencia, que lo estamos; pero sí, que lo podríamos estar...

VALDIVIA.—Porque os aprecio y estimo, capitán, no os llamo majadero. Estas gentes están inermes frente a la potencia de nuestras armas: son indios, capitán, y solamente indios. Si se alzan, pues... ¡los mataré a todos! Que para qué los quiero; que adelante hay tantos como hierbas que sirvan a Su Majestad y a los cristianos. Si éstos de Arauco han de seguir siendo perros y malos, con los indios amigos que truje del valle del Chili, pues... ¡no habrá de quedar ninguno! Y no les valdrán las nieves altas, ni enterrarse vivos en la tierra de donde salieron; que ahí habré de hallarlos yo.

Por eso, que vean cómo les va, y que pongan a buen recaudo sus almas.

Si es que las tienen...

(Se alisa el mostacho y bebe).

GOMEZ DE ALMAGRO.—Dadme por excusado, Excelencia: mis deberes en el relevo me obligan a retirarme...

VALDIVIA.—Id con Dios, amigo.

¡Eh, capitán: hacedme la merced de me informar la llegada de Francisco de Ulloa. No ha de tardar, y le aguardo con impaciencia.

(Gómez de Almagro se inclina).

GOMEZ DE ALMAGRO.—Con la venia de Vuestras Mercedes...

(Exit por el portón. Después que ha pasado el capitán es cerrado por el centinela).

ESCENA V

Los mismos, menos Gómez de Almagro.

VALDIVIA.—Holguemos, señores, que apenas si habéis tocado a vuestras copas en este afán de atender a tantos decires vanos.

(Alza la copa).

Por nuestro Rey, a su salud y gloria.

TODOS *(Alzándose)*.—¡Por el Rey!

PADRE POZO.—Esto de los decires vanos, mi señor Don Pedro, no lo es tanto como Vuestra Excelencia parece entenderlo... El capitán Juan Gómez de Almagro no anda tan apartado de razón, ni es de aquellos que se van por los cerros de Ubeda. Como oficial de enlace entre los fortines de Arauco y Tucapel supo de la perfidia araucana, y de la mucha monta de estas gentes en el guerrear. Y en lo que a mí toca, Excelencia, he probado ya del genio y figura de aquel mozalbete, vuestro paje Alonso. Me aprestaba a dirigirle unas frescas en el momento mismo en que Vuestra Merced entró por allí...

VALDIVIA *(Glacial)*.—Lo sé todo. Me bastó miraros el rostro, Padre, y luego oír cómo discurría el mochacho... La desventura de los grupos reducidos, cual es el de este puñado de españoles, está en que todos nos conocemos... ¿No es así, Padre Pozo?

(Una campana toca al "Angelus").

FRAY MARTIN.—Tocan al Angelus, señores...

(*Se ponen de pie. Luego con voz monótona, confusa*):

"El Angel del Señor anunció a María..."

TODOS.—"Dios te salve María..."

"Santa María, Madre de Dios, ruega..."

FRAY MARTIN.—"He aquí la esclava del Señor, hágase según tu palabra"...

TODOS.—Dios te salve...

Santa María, Madre de...

FRAY MARTIN.—"El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros..."

TODOS.—Dios te salve...

Santa María...

(*Se sientan*).

PADRE POZO.—Pido licencia a Vuestras Mercedes...

Los oficios... mi capilla de indios...

VALDIVIA (*Con ceño*).—Id a vuestros oficios, Padre. A vuestra capilla... ¡de indios!

ESCENA VI

Valdivia y Fray Martín de Robleda.

(*Una pausa larga durante la cual alzan por turno las copas, entregados a sus mutuos pensamientos*).

FRAY MARTIN.—¡Eh..., sí. Eso es... ¡Bondadoso en demasía! Os habéis dejado coger, Don Pedro, en los

lazos del amor paternal. Son ciegos, éstos... como los otros. A veces, más tiránicos que los de la carne. Porque... decidme, como es verdad ¿habéis cobrado un afecto sincero a vuestro paje indígena?

VALDIVIA.—A qué negarlo, Fray Martín. Hay tanta muerte en torno mío... Tanta lucha, tanto odio...

Me fue confiado por su padre, años ha. Desde entonces le he ido observando día a día: en su solicitud hacia mí; en su viveza, jamás desmentida. Todo lo ve, este mocho; todo lo comprende con presteza suma. Se diría que adivina mis pensamientos...

FRAY MARTIN.—Para el caso... no me parece un beneficio.

VALDIVIA.—Bobadilla, mi caballero español, resulta un torpe baturro, comparado a él...

¡Qué queréis, Padre!: he visto florecer su adolescencia junto a mí. En todo y por todo ha sido cabal y justo; no de palabras y de mimos, como el yanacón Agustinillo —que es bueno, también, y tierno, pero dado a la habladuría y al chisme—. Alonso es silencioso, duro de ceño y parco en el hablar. Pero vea osté, Reverencia: es tal como yo siento a esta tierra: perfumada y seca como sus espinos; fría como su Austro; silenciosa como sus altas cumbres; pero capaz también de una sonrisa llena de esperanza en sus amaneceres que, de un vuelo, extienden sus rayos de cordillera a mar...

Me se ha dicho con insistencia que el mocho es demasiado listo; que gusta de las cosas de la guerra y las observa a porfía; que hasta su castidad empecinada es de

mal signo en un mocetón que debería vivir la edad de las pasiones...

FRAY MARTIN.—¿Por qué? No veo mal en ello, sino mucho bien. Los hay así, favorecidos por una gracia especialísima de Dios.

VALDIVIA.—Pero él no es cristiano, Padre. Jamás quise aceptar las aguas del bautismo.

FRAY MARTIN.—Si es así, la tal conducta y castidad podrían ser obra de los demonios.

VALDIVIA.—El Demonio es ruin, Padre, y Alonso es noble de corazón. Lo sé capaz de la peor crueldad, como todo mapuche, pero también, del más tierno afecto: un hombre entero, sin sombra de mudanza en él. Y lo que más falta hace a otro hombre como yo, es salir de esta miasma, Padre; de este tejido sofocante de bajezas e intrigas...

¡Ya no hay de quién fiar en los días que corren!...

FRAY MARTIN.—Así es, hijo. La humana naturaleza...

VALDIVIA.—Creedme, Padre, que lo sabía veleidoso al habitante, y pobre la tierra. Hasta aquel 12 de febrero, en que fundara Santiago, maldije mi suerte...

¡Pero ahora la siento mía! ¡Siento que se me ha adentrado en el alma, y que la llevo prendida aquí dentro!...

FRAY MARTIN.—Os comprendo..., os comprendo. Y os admiro, también, Don Pedro.

VALDIVIA.—Estamos por fin solos, Fray Martín de Robleda, y puedo hablaros de corazón a corazón, de hombre a hombre: esta tierra es la obra de mis manos, en el

pensar; y de mi brazo, en el pelear. Esta tierra será... lo que yo soy... si Dios Nuestro Señor dispuso cosa que valga en mi ánimo y en mi sentir. ¡Tiemblo, sí, de que se me adelante el espíritu de éstos...!

FRAY MARTIN.—Pero... ¿acaso ellos?...

VALDIVIA.—No digo que no los haya buenos. Capitanes tengo que valen todo el oro del Perú. Pero los más, respiran cobdicia y maña. Por eso pienso también, Padre, que este pajecillo, hijo de mi buen querer, es como la contrapartida de mis desvelos, y que en él y en su raza está el complemento de hombría que habrá de hacer de Chile una provincia y un reino diverso de todos los de América.

(*Testarudo y violento*).

Porque así habrá de ser, aunque me cueste la vida; aunque para ello sea menester de la vida de Alonso. Porque de esta lucha sorda, y de este cariño pesaroso y doloroso...; de esta mezcla de Dios y de Demonio...

FRAY MARTIN (*Persignándose*).—¡Virgen Santísima!

VALDIVIA.—...habrá de nacer Chile, mi triste retoño. Chile, que no fue parido por mujer alguna sino por la vejez estéril de un hombre que quedó sin mujer ni hijos, por amor suyo, y que en su inmensa soledad puso sus ojos en un hijo del destino. Es en él; en esa juventud indomable de un mochacho sin padres de verdad, pero que me ama hasta la muerte, incluyendo su propia muerte y la mía; es en él que está la otra parte de Chile que nos faltaba...

No es otro mi secreto, Fray Martín, y os lo confío. Sois el único en haber visto a Don Pedro de Valdivia tal cual

es... Y espero, que seréis el último en ser testigo de esta vergonzosa miseria mía, que es toda mi gloria.

FRAY MARTIN.—Amigo... Amigo mío... Creedme que sólo el respeto a mi dignidad sacerdotal me impide besaros las manos...

Dios, que ve en lo secreto, sabe cuál es mi sentir hacia vos. ¡Seguid adelante! Y no cuidéis de los malos yanacunas de dentro o de fuera. Mirad que en no aceptar mudanza, hay algo que nos emparenta con la manera de obrar de Dios...

ESCENA VII

Los mismos; luego el Maestresala y Ulloa, acompañados de Cortés Ojea.

PEDRO NUÑEZ (*Asomando por la puerta del corredor*).—Con la licencia de Sus Mercedes: aquí aguardan a Vuestra Excelencia, el capitán Francisco de Ulloa y el piloto Cortés Ojea.

VALDIVIA.—Decíles que pasen.

(*Entran Ulloa y Cortés Ojea. El capitán trae una carta marina enrollada. Se inclinan.*)

ULLOA.—¿Interrumpimos a Sus Señorías?

VALDIVIA.—Acercaos, acercaos, capitán Ulloa, que

vuestra llegada no causa desplacer, pero sí, mucho júbilo. ¿Hicisteis un buen viaje?

ULLOA.—Esta tarde, no más, fondeamos con las tres naos. Estos vientos del Austro nos hicieron tardar más de la cuenta...

VALDIVIA.—Vamos al asunto que os trae, capitán.

(Colocan la carta sobre la mesa. Valdivia la observa unos instantes).

¡Hum...!

ULLOA (*Señalando*).—Iremos primero al puerto de vuestro nombre, o de Los Corrales, como le llaman todavía. El bastimento nos aguarda aquí, en Tornagaleones. Seguiremos luego la costa hasta la Isla Grande...

CORTES OJEA.—Chilhué es llamada...

ULLOA.—Más al sur, será... lo que Dios quiera, y que Su Majestad sea servida. Más allá lo ignoramos todo, señor Gobernador... Como no sea el boquete aquel de Magalhaes o Magallanes, que va del poniente al levante, y que nos permitirá cruzar al otro lado, al Mar del Norte.

VALDIVIA (*Pensativo*).—Si es aquel un "estrecho", habrá de tener una ribera sur, ¿no es así?

ULLOA.—Lo habéis dicho.

VALDIVIA.—Y si tiene esa ribera, será porque otras tierras le siguen hacia el Austro...

ULLOA.—He oído mentar cierta Terra Australis, que se extendería hasta los confines de la tierra toda...

VALDIVIA.—¡Es ahí!... ¡Es ahí, capitán Ulloa donde quiero asentar mis reales! Chile deberá extenderse has-

ta ahí; deberá cortar en dos al globo terráqueo y guardar para sí la llave de los dos mares...

FRAY MARTIN.—Don Pedro... Don Pedro... ¿No paráis mientes en que, en esta parte, al decir de los cosmógrafos, habría hombres con rabos, y otros con una sola pierna? ¿Queréis sembrar de monstruos vuestros reinos?

VALDIVIA (*Soñador*).—La misericordia de Dios ha hecho del futuro un velo piadoso que nos oculta el devenir y nos permite realizar sin desmayo aquello que es necesario emprender... Envuelto por este velo que me cegaba las luces del alma y de los sentidos he logrado llevar a buen fin y a mejor término mucha obra que me habría hecho temblar de haberla conocido a destiempo...

(*A Ulloa*).

Esta misma ignorancia bendita guiará vuestros pasos, capitán Ulloa. Temedle sólomente a las inclemencias del cielo, y precaveos contra ellas; que en lo tocante a hombres o monstruos, no creo que los haya peores de los que suelen darse por estas tierras...

Id, capitán, y que Dios sea vuestra luz y guía. Aquí ya no hay mucho que hacer ni que temer. Todo está en orden. Es el momento propicio para extender los brazos, abarcar la "Terra Australis", y unirla a nuestro reino de paz...

(*Como dando un mentís a estas últimas palabras, se oye un tumulto de voces tras la puerta. Se trata de una querrela entre Guacolda y Agustinillo. Las voces suben de punto*).

ESCENA VIII

Los mismos, más Agustinillo y Guacolda.

VOCES.—¡Yanacona condenao y pendenciero...!

—¡Qué hablas tú, mapuche enredosa y traidora...!

—¡Hijo del Pillán...!

—¡Hija de puta...!

(Obedeciendo a una señal de Valdivia, el Maestresala hace pasar a los litigantes).

VALDIVIA.—¡Qué alboroto es este! ¡Qué líos me venís trayendo! ¿Os creéis en algún machitún de los vuestros? ¿Por ventura es esta una casa de jolgorio o el Palacio de vuestro Gobernador? ¿Quién de vosotros alborota de esta suerte?

GUACOLDA.—Ruego a mi amo y señor me perdone, pero este yanaconcilla condenao...

VALDIVIA.—¡Calla, desvergonzada! ¿Es el lenguaje que conviene a una cristiana?

GUACOLDA.—Azóteme y máteme Su Merced si le digo que tampoco es de cristianos levantar calumnia, como lo hace Agustinillo con la honra de Lautaro.

VALDIVIA *(Inquieto)*.—¿Qué le ha pasado a Alonso?

AGUSTINILLO.—Perdonadme, mi amo, pero ocurre que Alonso, como lo he dicho tantas veces a Su Mer-

ced, es un perro mapuche y un perro traidor. Lo he sorprendido allá, a cubierto de las sombras, conversando con un espía del Mapu, en el fondo de la huerta...

GUACOLDA.—¡Es mentira, la tuya; y es vil calumnia! Porque le aborreces y le envidias... ¡Di, confiesa, como es verdad, que le envidias y le odias!

AGUSTINILLO (*Inmutable*).—Digo, Su Merced, y vuelvo a porfiar que Alonso conversaba en voz baja con el indio aquél. Cuando me vio, disimulóse tras la pirca. Después, la saltaron los dos y se dieron a la fuga. A estas horas han de estar lejos... Sepa Dios en qué designio turbio para acabar con nosotros y con la vida de Su Merced...

(*Echándose a los pies de Valdivia*).

Mi amito... por lo que más quieras... escucha y créele a tu Agustinillo... Ese mocho no te conviene. El lo mira todo; lo sabe todo. Todo lo estudia y conoce de cada arma, de cada plan de guerra. ¡Acuérdate de Andalién, mi amito...! ¡Acuérdate de que te previne de ello; es malo, Lautaro, amito: es araucano!

(*Valdivia inclina la cabeza, pensativo*).

GUACOLDA.—Si fuera por eso... yo también soy araucana. ¿Y acaso soy traidora? Lautaro estaba en el huerto, es verdad, pero era conmigo que hablaba...

¡¡¡Pero como este perro yanacona nos odia; y como nos aborrece porque pretende a ciertas cosas tocantes a mi honra... no soporta que haya un amor puro, como el que me profesa vuestro paje, que me ama santamente y con buen fin!!!

AGUSTINILLO.—¡¡Digo que miente esta mujer!!

VALDIVIA.—Repara en lo que dices, yanaconcilla...

AGUSTINILLO.—Si el que miente soy yo, ordene Vuestra Merced que le traigan al paje Alonso, y ya verá cómo se le ha hecho humo...

(Valdivia, indeciso, extiende el brazo como aprontándose para dar una orden al Maestresala. De pronto se entreabre lentamente la puerta del corredor, dando paso a un rayo de luz, y aparece Lautaro, muy pálido, trayendo un candelabro con varias velas encendidas y un poncho doblado, en el brazo. Mira por turno a las gentes, comenzando por Agustinillo, que retrocede y escapa, y terminando por Valdivia. Guacolda se ha refugiado en un rincón sombrío).

ESCENA IX

Los mismos, más Lautaro y menos Agustinillo.

(Avanzando hacia la mesa y dejando ahí el candelabro).

LAUTARO.—Hacía falta una luz aquí.

(Volviéndose hacia Valdivia y echándole el poncho cariñosamente sobre la espalda).

Una luz, mi señor, y un abrigo. Ha refrescado la tarde, mi amo. No es prudente que os quedéis así, al sereno...

(Sigue una pausa larga. Lautaro pone orden en la me-

sa; coge la bandeja que dejara en el suelo Guacolda, junto al muro, retira los vasos y entrega todo a la sirvienta. Se encamina luego a la puerta, desde donde da una última mirada a Valdivia, llena de dolor y ternura. Momento que el Gobernador aprovecha para nombrarlo por primera vez por su nombre indígena).

VALDIVIA (*Voz queda*).—Gracias, Lautaro. Gracias . . . , hijo mío.

(*Exit. Lautaro*).

(*Para romper el hielo, a los contertulios*).

Espero, señores, que me acompañaréis a la cena.

ULLOA.—Un honor que no esperábamos, Excelencia, pero que temo aceptar: las naos han quedado sin piloto, a cargo de un simple contramaestre . . .

CORTES OJEA.—La tarde está en calma, señor capitán . . . y horas más, horas menos.

VALDIVIA.—Maese Cortés está en lo cierto, capitán. Quedaos. Por mi parte, espero no defraudaros con esta cena improvisada. Mi ordinario no es de los más suculentos . . .

(*Llama*).

¡Guacolda! ¡Guacoldaaa!

(*Aparece la sirvienta*).

Guacolda, ¿qué menestras tenemos para el yantar?

GUACOLDA (*Estúpida*).—¿Menestras?

VALDIVIA.—Sí mujer: menestras.

GUACOLDA (*Con voz desganada de cocinera*).— Hay arroh . . .

VALDIVIA.—Bueno, sí . . . Pero arroz con qué.

GUACOLDA.—Con judías.

VALDIVIA.—Ya es algo... ¿Y qué más hay?

GUACOLDA.—Un segundo.

VALDIVIA (*Impaciente*).—Ya sabemos, hija, que al primer plato sigue el segundo. Pero... ¿qué contiene el segundo?

GUACOLDA.—Cerdo.

VALDIVIA.—Bueno, anda y ve a que la cena esté bien servida, como lo merecen estos señores. Y que sea pronto. Entretanto, trae más vino, que tenemos las bocas secas de tanto hablar y del poco beber...

(*Exit. Guacolda*).

PEDRO NUÑEZ (*Confidencial*).—Siempre es así. ¡Todos son así! Se diría que son sordos, sonámbulos o idiotas...

FRAY MARTIN.—Y no son una cosa ni otra...

PEDRO NUÑEZ.—Ciertamente. Como me es dado observarlos continuamente en la cocina, puedo asegurar a Su Paternidad que entre ellos —y cuando hablan en su endiablada jerga— se muestran avisados, alegres, y no sin malicia.

(*Exit, al tiempo que entra Guacolda a escanciar*).

CORTES OJEA.—Llevamos algunos en las naos. Como marineros, nadie los iguala: sufridos para la mar y los hielos; siempre prontos a poner mano a las maniobras...

FRAY MARTIN.—Vosotros, mis señores, sabéis del hombre por el trabajo de sus manos. Yo les veo por dentro, en las cosas que miran a sus almas y al gran negocio

de la salvación. Y puedo deciros, señores, que nunca en mi larga vida sacerdotal vi seres de más enjundia y contradicción... A pesar de lo poco que los llevo frecuentados. Por esto, y aunque parezca una herejía, he solido hacerme una pregunta aventurada. Y es esta: si estos indios proceden o no del mismo Adán que nosotros...

¿Qué os parece, Don Pedro?

VALDIVIA (*Ausente*).—No lo sé.

(*Nuevamente se oyen voces. Esta vez tras el portón del patio. Al tumulto, acude el Maestresala, seguido de Guacolda, que permanece alarmadísima en un rincón.*)

PEDRO NUÑEZ.—Licencia...

VALDIVIA.—Dejaos de licencias e id a ver qué cosa nueva es esta.

(*Atraviesa el patio y abre. Entra muy excitado el capitán Gómez de Almagro, seguido de algunos soldados que permanecen abajo. El capitán sube hasta el corredor, dudando si ha de dirigirse en público al Gobernador.*)

ESCENA X

Los mismos, más Gómez de Almagro.

GOMEZ DE ALMAGRO.—¡Señor!: algo de suma urgencia...

VALDIVIA.—¡Santo Dios! ¡Hablad!

GOMEZ DE ALMAGRO.—Puedo... aquí... delante de estos señores.

VALDIVIA.—¡Hablad presto, señor capitán, que esta es gente de fiar. ¡Por lo más santo, decid qué os trae con tanta priesa...!

GOMEZ DE ALMAGRO.—Vuestro paje, señor Gobernador:... Alonso. Se ha fugado con vuestro caballo, vuestra montura y todos los arreos de Vuestra Excelencia...

VALDIVIA (*Reventando de dolor*).—¡Pobre niño!... ¡Pobre hijo mío!

GOMEZ DE ALMAGRO.—Ordenad, señor, y enviaré a todos mis hombres a prender al muy gandul...

VALDIVIA (*Anonadado*).—Tenía que terminar así: era demasiado hombre. Se me parecía demasiado. Los hijos de la carne suelen diferir de nosotros. El... era el hijo de mi espíritu, y aquel espíritu mío se le adentró en el alma. ¡Ahora no habrá poder que lo detenga!...

¡Pobre mochacho: habrá de morir!... a menos que sea yo quien muera...

FRAY MARTIN.—Don Pedro, quizás hay todavía una esperanza, si lográis prenderlo y guardarle a buen recaudo...

GOMEZ DE ALMAGRO.—Tengo afuera veinte hombres que podría desparramar por la foresta y el río. No puede haber ido muy lejos. ¡Por mi honor de soldado que os prometo traerlo vivo o muerto antes del amanecer!

VALDIVIA (*Como borrando el pasado con la mano*).

—No, no. La noche está muy oscura. No expongáis a vuestra gente, señor capitán...

Sería inútil... sería inútil...

(Se sienta nuevamente, como si hubiera envejecido de cien años).

¡Para qué!... Ya todo es inútil.

(Se oye un sollozo ahogado de Guacolda).

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILINA

SEGUNDO ACTO

(LA SELVA ARAUCANA)

CHILLICAN.—Hijo de Colo-Colo.

INDIA I.—Esposa de Colo-Colo.

INDIA II.—Idem.

ONGOLMO.—Cacique.

CAYEGUAN.—Cacique.

TRALCAHUANO.—Cacique.

COLO-COLO.—Ulmén.

TUCAPEL.—Cacique.

TOME.—Cacique.

PUREN.—Cacique.

RENGO.—Cacique.

CAUPOLICAN.—Jefe militar.

UN MACHI.

LAUTARO.

GUACOLDA.

INDIA III.—Esposa de Colo-Colo.

Un claro en la foresta araucana. A la derecha, una ruca medio sumergida en el ramaje. Frente a ella, una me-

diagua donde arderán algunas brasas. En el suelo, multitud de escudillas de madera, para la chicha. Contra la pared de la ruca, un chuzo de labranza con la clásica piedra perforada, una lanza, un cuerno, una trutruca y tres cultrunes (tambores). Junto a un pilar, un montón de piedras planas. Algunos gruesos troncos tendidos formarán una suerte de anfiteatro frente a la ruca.

Despunta el alba. Una luz incierta se cuelga por encima de los árboles. Abajo, las sombras se ven perforadas por el resplandor del fogón y la vislumbre que de él emana. Un canto de sapitos se oye hasta la salida del sol.

A poco de alzarse el telón, una india saldrá de la ruca, ordenará las escudillas y volverá adentro. En el umbral se detendrá un instante a mirar al que llega (por detrás de la ruca; primer plano): un muchacho indio, desnudo, con un taparrabos exiguo. Viene temblando de frío, rascándose la cabeza mojada y enmarañada. Es Chillicán. Se allegará al fuego y se pondrá en cuclillas para calentarse. La india lo mirará sin sorpresa y seguirá hacia adentro sin decir nada. Al poco, la india volverá a salir.

La luz irá en aumento durante todo el acto, desde esta semioscuridad hasta el pleno sol de la mañana.

ESCENA I

Chillicán, india I, india II.

CHILLICAN.—¿Se levantó mi padre?

INDIA I.—No. Duerme. Déjalo, está viejo y no le conviene el frío del alba.

(*Pausa larga*).

CHILLICAN (*Frotándose*).—¡Qué helada estaba el agua!

INDIA I.—Y quién te manda bañarte todos los días...

CHILLICAN.—¡Chss! ¿Cuándo has visto a un guerrero mapuche que no se baña? Eso está bueno para las mujeres...

INDIA I.—Yo bajé al río antes que aclarara. No lo encontré tan helado. Los hombres de ahora se entumen por cualquier na...

(*Le tira un poncho sobre los hombros*).

CHILLICAN.—Peores son los huincas: no se bañan nunca...

INDIA I.—Así y todo nos encuentran sucias a nosotras. Y piojosas. Me lo contó una cautiva que rescatamos en Andalién.

CHILLICAN (*Mirando al cielo*).—Está aclarando. Es casi de día. ¡Anda a despertar a mi padre; los caciques no han de tardar! Ya no pueden dilatarse mucho. Y... no olvides que este Consejo de los Jefes será ¡por fin! el comienzo de la guerra contra el huinca...

INDIA I.—Para las mujeres, la guerra es como el ayuno... cuando merman las cosechas.

CHILLICAN.—¿Ayuno?

INDIA I.—Ayuno del hombre, pues Chillicán.

(*Entra a la ruca y sigue hablando desde allá*).

Vos ¡Claro! no sabís de estas cosas: noches frías, can-

tos del gallo, parpadear de estrellas, y el hombre lejos... siempre lejos.

(Vuelve a salir).

... perdió en otros amores.

CHILLICAN.—Estás diciendo puras necesidades...

INDIA I.—Perdido en el amor a la guerra. ¿Acaso alguna vez amó otra cosa, el hombre de estos pagos?

(Resignada).

¡Qué hacerle! Si va a pelear, hace algo; si no guerrea, no hace na.

CHILLICAN.—Estás hablando porque tienes boca

ESCENA II

Los mismos, más india II.

INDIA II *(Por el fondo, saludando de lejos)*.—¡Maymay!

CHILLICAN.—Aguaita: por'ái viene tu hermana.

INDIA II *(Acercándose al grupo)*.—Buen dar que estoy cansada. Me vine corriendo para decirles que por la cuesta vienen bajando los de Pilmaiquén, Cayeguán y Tralcahuano... ¡Uff! ¡qué calor!

(Se abanica).

CHILLICAN.—¿No te lo decía?: son los caciques. Y

mi padre, durmiente tuavía. ¡Y ninguna de estas perras es capaz de ir a despertarlo!

(Entra apresurado a la ruca).

INDIA I.—¿Y cómo son estos? ... ¿Fuertes? ... ¿Hermosos?

INDIA II *(Riendo)*.—¡Y cómo quieres, mujer, que lo sepa desde aquí! Por lo que me han dicho algunas que los conocen, el más bonito es Ongolmo... pero es engréido de más... Cayeguán es feo; ¡pero harto macho! A Tralcahuano no lo conoce nadie. Vive tan lejos... por allá, en el mar.

INDIA I.—A mí me gustaría conocer a Levtraro.

INDIA II.—Muy mentao p'al norte...

INDIA I.—Dicen que parece un español: blanco, bien vestido, y que habla y se porta como un huinca...

INDIA II *(Sacándose el rebozo y partiendo detrás de la ruca)*.—¡Para qué queremos más huincas!

(Suena un cuerno, y la otra india parte también y se oculta en la ruca. No bien ha entrado, aparecen en el umbral Colo-Colo y Chillicán. Por el fondo llegan tres caciques).

ESCENA III

Colo-Colo, Ongolmo, Cayeguán, Tralcahuano, Chillicán.

LOS CACIQUES.—¡Mari-Mari...!

(En seguida se acercan silenciosos a Colo-Colo y, por

turno, le van poniendo la mano derecha sobre su hombro izquierdo, a la vez que inclinan la cabeza hasta topar sus frentes en el hombro derecho del viejo cacique. Colo-Colo pone también su mano derecha, sobre el correspondiente hombro de los recién llegados, pero sin inclinar la frente. Se sientan en los troncos. Colo-Colo golpea las manos y las dos indias traen la chicha. Beben en silencio. Se miran. Al cabo de una pausa larga, viene este diálogo, monótono como una salmodia):

COLO-COLO.—¿Vuestra salud?

ONGOLMO.—Buena nuestra salud.

CAYEGUAN.—¿Tu salud?

COLO-COLO.—Buena mi salud.

TRALCAHUANO.—¿Tus ovejas, tus sembrados, tu vaca, tus mujeres, tus hijos?

COLO-COLO.—Buenas mis ovejas, mis sembrados, mi vaca, mis mujeres, mis hijos.

ANGOLMO.—Que el Pillán bendiga al noble Colo-Colo.

LOS TRES CACIQUES.—Que el Pillán lo bendiga.

(Se levanta Colo-Colo y pregunta).

COLO-COLO.—¿No han venido los demás?

ONGOLMO.—Se embromaron en la cuesta, comiendo maqui...

COLO-COLO.—Es tarde, ya... Y tenemos tanto que hablar. ¡Y Caupolicán, que no llega todavía!

(Suena el cuerno otra vez).

ESCENA IV

Los mismos, más Tucapel, Tomé, Rengo y Purén, seguidos de un Machi.

LOS CACIQUES.—Mari-mari...

(Misma ceremonia).

COLO-COLO.—¿Vuestra salud?

TUCAPEL.—Buena nuestra salud.

TOME.—¿Tu salud?

COLO-COLO.—Buena mi salud.

(Con impaciencia senil).

¡Basta ya! ... todos estamos buenos. No hay tiempo que perder: ya ha salido el sol.

(Al Machi que ha quedado de pie, mirando).

Tú, ándate con las mujeres...

(Se coloca en la mediagua junto a ellas).

CHILLICAN *(Que estaba en la mediagua, partiendo bruscamente adentro)*.—Yo no me quedo con éste, Padre...

(Rien todos).

COLO-COLO *(Con súbita dignidad, de pie)*.—¡Jefes de Arauco! Os he llamado, porque tiempo es ya de salir de esta quietud, que es nuestra vergüenza. Dos años van corridos desde la derrota de Toltén, y desde entonces hasta ahora no ha habido una voz, una protesta, ante la indigna esclavitud que sufre nuestro pueblo. ¿Ha dejado de

correr por vuestras venas la sangre de nuestros padres? ¿Dónde están los vencedores de los Huilliches y Picunches? ¿Dónde, los triunfadores del Inca? ¿Dónde, las águilas veloces que en Andalién hicieron huir al huinca como una chilla temerosa?

(Pausa. Cabezas inclinadas).

CAYEGUAN.—Hasta ahora habíamos luchado con hombres, venerable cacique. Hombres eran los Promaucaes; hombre, el Inca. ¡Pero los españoles no son hombres sino demonios! ¡Caballos, armaduras, bocas de fuego! ¿Habríamos de resistir al Pillán? ¿Puede luchar el hombre contra lo que no es suyo: el viento huracanado, la mar embravecida, la montaña que vomita fuego?

ONGOLMO.—¡Pareces una mujerzuela!

CAYEGUAN.—¡Una mujerzuela!, ¿yo? ¿Te atreves a decirlo tú, mozalbete pretencioso, perseguidor de mujeres, a las que ya te estás pareciendo de tanto sobarte en sus lomos?

(Avanza para castigarlo. Lo retiene Tralcahuano).

COLO-COLO.—No estamos reunidos aquí, nobles Jefes, para discutir ni convencernos de la potencia española.

La conocemos de sobra. Nos hemos congregado para saber la causa de la debilidad araucana. No os he llamado para que os inventéis reyertas y perdáis el tiempo en insultos, sino para conciliar nuestras voluntades, nuestras fuerzas y la sabiduría de estos honorables caciques, en una lucha común contra el huinca, ¡contra el invasor que pretende acabar con nosotros!

ONGOLMO.—Mi levo tiene su asiento muy al sur,

junto a la montaña nevada. Ahí no llega ni llegará nunca el huinca. ¿Qué puede importarnos a nosotros que tú estés amenazado, y que Tomé y Tralcahuano estén sometidos? ¡Es asunto de ellos, salvar sus cosechas, sus mujeres y sus hijos! ¡Si me atacan, será también asunto mío, defenderme. Y, para entonces, bastará con mi brazo fuerte y con el esfuerzo de mi gente.

TUCAPEL.—Dice bien, Ongolmo. Cada uno de nosotros es Jefe en lo propio. ¿Cómo entraríamos a defender lo ajeno sin un jefe que nos mande a todos? ¿Y por qué cada uno de nosotros, habría de obedecer también a un Jefe extraño, sin ser éste más valiente y más sabio que los demás?

COLO-COLO.—¡Me avergüenzo de oiros hablar como huainas! ...

¿Acaso un hombre podría luchar contra cien ... contra mil? ¿Acaso porque somos amos cada uno de lo nuestro, vamos a luchar separadamente contra un invasor, reducido en número, pero potente en armas y maulas de guerra? ¿No comprendéis ..., no habéis comprendido cómo ellos son un puñado de hombres, y nosotros, racimos? Nuestra fuerza está en la unión; en presentarles un muro humano; una pirca de pétreos pechos de mocetones, que los rodeen y exterminen ...

¿O, acaso, ya no existe el valor araucano?

(*Cabezas inclinadas*).

PUREN (*Sereno*).—No es la pujanza o el valor que nos faltan, venerable anciano. Nos viste pelear en Andalién. En Toltén ofrecimos miles y miles de pechos ani-

mosos: una barrera de carne araucana y de brazos fuertes que blandían mazos y hacían vibrar como cuerdas tensas las flechas veloces que rebotaban sin daño sobre las corazas españolas. ¿Para qué seguir lanzándolas? Como pumas, a los que quisiéramos herir con un rebrote de canelo, ellos quedarían libres una vez más de todo daño.

(*Recordando*). No puedo olvidar cómo, en Toltén, reían y reían, insultándonos. Luego se dieron a la carga. Y los pechos de sus caballos y el filo de sus centellas hendían las carnes haciéndoles reventar la sangre como ríos. ¡Cuánto muchacho vi pisoteado sin piedad por los cascos ciegos de sus bestias! ¡Horrible masa sangrante e indignada, que estos ojos vieron, Colo-Colo! ¡Y mis guerreros preguntaban por qué ocurrían estas cosas, y se me acercaban pidiéndome que ordenara qué debían hacer! Y yo no sabía sino callar, avergonzado, porque, ¿qué habría podido decirles?

¡No, a estas cosas no es posible llamarlas: cobardía, noble Colo-Colo! ¡No! ¡Aquello no fue temor ni cansancio ni desesperanza: *fue muerte simplemente!* Y, tú lo sabes: los muertos no pueden seguir luchando ni porfiando por la victoria...

COLO-COLO.—Siempre fuiste elocuente, Purén. Has dicho lo que sientes, y lo has dicho bien. Pero no has reparado en una cosa: todo aquello ocurrió por nuestros desorden y desunión. Hizo falta el Jefe. Su ausencia sigue manteniéndonos así, inermes ante el poder del huinca.

Por esto... he querido reuniros y proponeros que nos demos un gobierno, un Toqui Supremo...

(*Movimiento de inquietud y protesta silenciosa*).

... Un Jefe que nos guíe en esta guerra; un hombre capaz de expulsar al huinca y de transformar a esta tierra en lo que siempre fue: una tierra de paz y armonía; un lugar para hacer a nuestra guisa lo que nos venga en gana hacer. ¡Porque el Pillán nos crió para la libertad, y no para ser esclavos! ¡Nos crió para que hiciéramos solamente nuestra voluntad... o para que no hiciéramos nada, si tal es nuestro deseo!

CHILLICAN (*Desde el umbral*).—¡Habrá que hacer mucho, Padre, para conquistar el derecho de no hacer nada!

COLO-COLO.—Tú..., ¡cállate la boca! ¡Que ni eres cacique ni perteneces a este Consejo.

(*A la asamblea*).

¿Estáis de acuerdo en daros un jefe?

ONGOLMO.—Noble Colo-Colo: estoy de acuerdo, siempre que ese Jefe sea yo. Porque, ¿quién podría igualarme en bravura y coraje?

CAYEGUAN.—Cualquiera.

RENGO.—Yo, desde luego.

TOME.—¡¡Y yo!! ¿He venido, acaso, para servir de peón a Ongolmo y a Rengo?

TUCAPEL.—Estáis perdiendo miserablemente el tiempo. Aquí no puede haber otro Jefe sino Tucapel (*Se golpea el pecho*). Tucapel, el sabio, el valiente. Yo, Tucapel, cuyo nombre suena a clarinada y a victoria. ¡Yo, Tucapel, Toqui de Arauco!

TRALCAHUANO.—¡Cállate, porquería!

TUCAPEL.—¿Has oído, Colo-Colo? ¿No oyes a Tralcahuano cómo me insulta y me ultraja? ¡Este mariscador

de basuras; este chorero de la costa más nauseabunda del Mapu!

TRALCAHUANO.—Lo que no quita que él es un cobarde, y yo, un valiente.

ONGOLMO.—Por qué permitiste, entonces, que en la puerta de tu ruca te fundaran Concepción?

TRALCAHUANO.—Eso... es asunto de Tomé.

TOME.—¡Y cuándo quisiste prestar ayuda a alguien, gaviota podrida! ¡Y cómo habrías podido prestarla, si cada vez que apareció una nao detrás de la Quiriquina corriste a Túmbez para esconderte en sus bosques...

CHILLIAN (*Saltando de gozo*).—¡Ja... ja... ja!

COLO-COLO (*Indignado*). Vete a la ruca, Chillicán. Te prohíbo salir de ella hasta que termine este Consejo.

(*Obedece, muy corrido*).

PUREN.—Noble anciano: me apeno y tiemblo al ver que la suerte de nuestro pueblo se halla en manos de tantos. Y que entre tantos... valientes, los haya tan pocos capaces de dominar sus pasiones y de salvar esta tierra de Chili. No discutamos más, nobles caciques, y que sea el Cielo quien decida de nuestra suerte. Aquí tenemos a nuestro Machi...

(*El Machi, feliz al ver que va a representar por fin un papel, avanza en medio del círculo, vestido de mujer y con paso muy afeminado*).

COLO-COLO.—¡Por fin se ha dicho algo cuerdo y honorable!

TRALCAHUANO (*A Cayeguán, confidencial*).—Es

tos idiotas parecen no haber sabido nunca lo que es un Machi.

CAYEGUAN (*En voz alta*).—Lo has dicho. Pero aquí, como en toda asamblea, llaman cordura a la falta de entereza para resolver por sí mismos una dificultad...

RENGO.—Piden al Cielo que ordene aquello que los hombres fueron incapaces de disponer...

TODOS.—No... ¡No!...

¡Que nos hable el Pillán!

¡Que elija el Machi!

COLO-COLO.—Sí, que decida el Machi; que él nos dé un Jefe. Que se cumpla así con los ritos...

(*A una de las indias*).

Mujer, di a Chillicán que nos traiga una rama nueva de canelo.

(*Sale éste de la ruca, va detrás de ella y vuelve en seguida con una rama que entrega al Machi. Chillicán y las mujeres toman cada uno un cultrún y se sientan bajo la mediagua. Mientras se realizan estos trajines comentan con voz monótona y dolorida*):

PUREN.—El Cielo tendrá que estar con nosotros.

TOME.—¡Harto han sufrido nuestros cautivos, recibiendo torturas en cada encomienda!...

PUREN.—En los lavaderos de oro...

TOME.—Penando y penando... ¡Durante meses! ¡Durante años!

ONGOLMO.—¡Orejas cortadas! ¡Manos mutiladas! ¡Niños, niños de cortos años pisoteados por sus bestias!...

TOME.—¡Mujeres ultrajadas!... Porque, para ellos, una

madre mapuche no es mujer, ni es madre, ni tiene honra...

ONGOLMO.—¡Ocho años! ¡Ocho largos años que esto dura... ¡Jamás se vio cosa igual! ¡Nunca se oyó decir de semejante infamia contra la pobre gente del Mapu!

PUREN.—El Cielo tendrá que estar con nosotros.

ONGOLMO.—Ahora te comprendo, Purén, y comprendo que necesitamos de un Jefe. ¡El Pillán sabrá darlo a los mapuches!

(El Machi comienza a golpear en su propio tambor, dando unos pasos como de danza. Se detiene, da un gran grito y queda mirando al Cielo, extático, mientras los otros tambores inician un crescendo, que se hará más profundo e imponente con algún timbal colocado entre bastidores).

TODOS *(Como alucinados)*.—Danos un Jefe, Machi. Danos un Jefe, Machi. Danos un Jefe...

(Cesan bruscamente los tambores. El Machi da otro grito, y se da a cantar):

MACHI *(Con voz nasal)*.—Yu ta si mé... Cai cai vi lú.

INDIAS *(En coro)*.—U-u-u-uuuuu

TODOS *(Voces roncas)*.—Uuuuuu uuuuu.

(Se repite el tema).

(Sigue bruscamente un tam-tam furioso de los cultrunes y el Machi se da a saltar como un poseso, revolviéndose y gritando como una mujer histérica):

MACHI.—¡¡Ay!!... ¡¡Ay!!... ¡Ayayáy!... ¡Ayayay!...

(Cae por fin al suelo donde sigue revolviéndose entre convulsiones, lengua afuera, ojos desorbitados. Debe dar

una impresión repugnante y sobrecogedora. Los tambores pasarán a sordina, y él, con voz entrecortada, gutural, balbuceará):

Caupo... Caupo... Caupolicán.

(Luego quedará tendido, exánime. Nuevo crescendo de los tambores. Por el fondo del escenario, avanzará un hombre alto, fornido, maduro, una tela le cubre un ojo. Cuando los tambores lleguen al paroxismo, cesarán de una vez, y el hombre pasará a primer plano en medio del círculo: Caupolicán, tremendo, sombrío).

ESCENA V

Los mismos, más Caupolicán.

TODOS.—¡Oh...!

COLO-COLO (*Saliendo a su encuentro*).—Caupolicán, hijo mío..., ¡cuánto tardaste!

CAUPOLICAN.—Padre de Arauco: las lluvias hicieron crecer los ríos y llegué tarde... Quizás demasiado tarde.

COLO-COLO.—No. Apareciste cuando te lo ordenó el Pillán. El acaba de elegirte Gran Toqui.

TODOS.—Sí... Sí... Eres nuestro Toqui... Nuestro Supremo Toqui.

PUREN.—Sobre ti están nuestros ojos. Tú eres nuestra última esperanza. ¡Tú nos librarás de los malditos huincas!

CAUPOLICAN (*Con gran calma, sentándose*).—Si es así... Así será. No veo tampoco, cómo habría podido ser de otra manera. Porque... ¡¡rabia y vergüenza me da!! pero en esta tierra, quien logra mandar, no es porque valga mucho, sino porque los demás no valen nada.

No agradezco que me hayan designado Gran Toqui, porque no lo debo a vosotros sino al Pillán.

TODOS (*En murmullo de protesta*).—¡Hum...!

CAUPOLICAN.—¡No quiero murmullos! Arauco feneció. Arauco está vencido. ¿Y de quién es la culpa? ¿De quién sino de vosotros que os habéis creído capaces de sustentar la tierra por cuenta propia? ¡Nadie por cuenta ajena: en la ayuda mutua, en la renuncia, la piedad hacía los humildes que penan en los campos. Caciques perezosos, revoltosos, que os creéis valientes y no sois sino una comparsa de granujas, capaces de vender a vuestra madre por conservar un campito, una siembra de maíz...!

(*Paseándose furioso*).

El invasor puede ser rechazado si, juntos, nos damos a esta tarea, uniendo a toda la gente del Mapu y lanzándola de una vez por sobre aquel puñado de españoles. ¡Todos juntos y unidos!

(*Comienzan a ladrar unos perros en la lejanía. Caupolicán pone oído atento*).

¡Juntos y unidos, los mapuches podemos vencer y dominar!

(*Los ladridos se hacen cercanos. Molestado por ellos, continúa su discurso*).

¡Sí, Arauco será invencible si la gente del Mapu se

lanza como un inmenso alud sobre los inmundos huincas!

(Lautaro llega corriendo, por detrás de la ruca y se coloca en primer plano. Viene sudoroso, en andrajos).

ESCENA VI

Los mismos, más Lautaro.

LAUTARO.—¡No, Caupolicán: así los llevarás al desastre!

(La asamblea se pone de pie).

¡Los llevarás a la derrota humillante! No se puede obrar primero y pensar después, como siempre se ha hecho en esta tierra. ¡Nunca pensaste nada, Caupolicán, y por lo que alcancé a oír, veo que no has cambiado. No es lo mismo cargar troncos que conducir un pueblo.

ONGOLMO.—¡Quién es este huaina!

TOME.—¡Viene borracho, el huinca!

TODOS.—Eso es.

¡Un huinca!

Detengan al huinca loco.

Este no ha sido nunca de la tierra de Chili...

COLO-COLO.—No, hermanos caciques. No es un huinca, aunque por sus vestiduras lo parezca... Es el joven Levtraro, hijo de Curiñancu, que estuvo cautivo de los españoles...

(Se desorganiza la asamblea y todos le giran en torno como perros).

TRALCAHUANO (*Levantándole un andrajo*).—¡Para qué te pones estos chilpes!

LAUTARO.—Visto con lo que tengo.

RENGO.—Lo que tienes no vale la pena llevarlo...

(*Le da un tirón a las ropas, rompiéndoselas y dejándole un costado desnudo*).

ONGOLMO.—¿Siente frío en las piernas, Su Merced, que se las cubre con calzas?

(*Chillicán, que presencia la escena desde la mediagua, se acerca a Lautaro y empuja a los caciques*).

CHILLICAN.—No parecéis caciques ni señores de Arauco. Id a vuestros asientos y escuchad cuando algo vienen a deciros. ¡Ya!, ¡Ufff!, cada uno a su lugar, señores ebrios, que esta es mi casa, y aquí sabemos recibir dignamente a los huéspedes, y con más razón a los amigos.

ONGOLMO.—¿Ahora mandas tú?

COLO-COLO.—Todavía mando yo. Y este, es mi hijo.

(*Abraza por la espalda a Chillicán, y con el otro brazo a Lautaro. Por detrás de la espalda de Colo-Colo, Lautaro da la mano a Chillicán, en signo de gratitud*).

CAUPOLICAN (*Furioso*).—¡Parece que todos tienen algo que decir, menos el Jefe; el Gran Toqui que os habéis elegido!

(*Todos hablan a la vez*).

¡Silencio!

Ordeno que escuchemos a Levtraro.

(*A Chillicán*).

Tienes razón, Chillicán: el huaina está en lo justo al querer decirnos lo que piensa.

(*A Lautaro*).

Habja, Halcón-Ligero.

LAUTARO.—No hace falta, bravos caciques, que os repita lo que ya sabéis: desde niño, cuando tenía catorce años, fui cautivo del huinca. Día tras día viví con ellos, observé sus armas, su arte de guerrear. El capitán Don Pedro de Valdivia me hizo caballero suyo, y como tal le acompañé y serví en todas sus campañas. Fue en éstas, dónde sentí partírseme el alma al ver las heridas que se abrían en tanta carne inocente... No hace mucho fui ascendido a paje del Gobernador; y después, como entonces, me vi obligado a callar...

ONGOLMO.—¡Cobarde!

LAUTARO (*Reprimiéndose*).—Quizás... pero en ningún caso estúpido, como tú.

Así pasaron los años. Así pasaron tres años durante los cuales el Gobernador fue cobrándome un cariño de padre...

(*Tragando saliva*).

Yo acabé por amarlo, también... Por esto, Ongolmo, te digo que eres un necio, porque no comprendiste mi martirio y mi lucha de esos años. Lucha peor que todas las vuestras, y que mantuve conmigo mismo.

(*Explicando*).

A todos os llevaba en mi memoria y en mi afecto, pe-

no no convenía que huyera, a fin de aprender más. Pero si permanecía donde estaba, vuestra memoria y la memoria de vuestro afecto se me iban borrando como el azul del cielo sobre el lago, cuando pasa la nube. Entretanto, el cariño de esos huincas me iba envolviendo, como lo hace el copihue con el tierno hualle...

(Enérgico).

¡Bendigo al Cielo porque no fui vencido en esta conquista de la ingratitud! ¡En este duro aprendizaje de la traición de los fuertes, que tanto se parece —y difiere— del bajo engaño de los cobardes!

Luché y luché hasta triunfar; hasta escapar y llegar aquí en el momento en que ibais a cometer el desacierto final; la peor masacre de la raza araucana...

COLO-COLO (*Reconviniéndolo con cariño*).—Estamos empeñados en salvar a Arauco, Halcón-Ligero, no en perderlo...

LAUTARO.—¡Es lo que dicen todos los padres! Por eso tantos hijos huyen ante la derrota sangrienta que les depara la vida...

CAUPOLICAN.—¡No es el lenguaje que conviene a un mocetón, cuando se dirige al noble Colo-Colo!

TODOS.—¡Abajo el huinca insolente!

¡No queremos tus discursos llorones!

No se entiende....

¡Fuera el huinca!

LAUTARO (*Pateando el suelo*).—¡Por el Pillán que no soportaré más tiempo que me llaméis huinca!

(A tirones se despoja de su camisa y queda de torso desnudo).

¿Me reconocéis ahora? ¿Conocéis estos brazos, este pecho, estas carnes? ¿Son araucanas o huincas? ¡Son carnes vuestras, hermanos! Carne sanas y dispuestas a morir por mis mapuches. Es cierto que mi cuerpo es joven, pero no está envenenado por vuestras bebidas...

(Patea las escudillas)

Esta cabeza también es joven, pero sabe lo que nunca supisteis vosotros. Y estos ojos vieron lo que nunca han logrado ver los vuestros, velados como están por infames supersticiones.

(Arranca y tira la rama de canelo).

...Y por estos Machis comediantes y afeminados, que el huinca traduce en los suplicios que conocéis...

(Patea al Machi, que se levanta espantado y sale corriendo).

CAUPOLICAN.—¡Respetar la religión de tus mayores, insensato!

LAUTARO (Desafiante).—Respetaré solamente la salvación de mi pueblo, y acabaré con todo lo que se le oponga...

VOCES (Con entusiasmo).—¡Bien! ¡Bien, Halcón-Ligero!

¡Buena, Levtraro!

LAUTARO.—Yo respeto al Pillán, que es autor de todo lo que existe; que me ha dado esta vida ardiente que me bulle en las venas.

¡Pero odio y odiaré siempre a cualquier impostor que

hable en nombre del Pillán de los mapuches o del Pillán de los huincas!

(*Indignado, en voz baja*).

¡Calumniadores de Dios!

COLO-COLO.—Dirás cuanto quieras, pero son los Machis quienes deciden la suerte de las batallas, Halcón... ¡Ligero!

LAUTARO.—La suerte de las batallas, noble Colo-Colo, la decide la seguridad *absoluta* en el triunfo. Vosotros *no* tenéis esta seguridad mía, porque sólo habéis conocido derrotas. Yo, he sido testigo de las victorias, y *sé cómo se obtienen...*

(*Electrizados, todos se sientan y escuchan. Lautaro explica*):

Tal como lo habéis hecho hasta ahora, podrían pasar los años; podría pasar hasta el último de los araucanos que no avanzaríamos un palmo en el triunfo, y muchos, muchísimos en la muerte que poco a poco va diezmando nuestra gente. Algo de esto alcancé a oír a Caupolicán, cuando os decía que era preciso terminar pronto y lanzarnos como un alud sobre los españoles. ¡Este alud acabaría más pronto con los mapuches que con los huincas! Los españoles sólo pueden ser vencidos por el cansancio. Sus armas son harto más sólidas de lo que puede serlo un palo de luma; sus caballos son más veloces que las aguas del Pilmaiquén. No se trata de oponerles una muralla de carne tierna, que cortarían como lo hace el cuchillo con el sebo de vuestras ovejas. Es preciso cansarlos. Si caen por fatiga, no habrá quien los reemplace,

porque son pocos. Nosotros podemos mandarles un escuadrón tras otro hasta rendirlos, cercarlos, aniquilarlos...

CAUPOLICAN.—Eres listo, Levtraro, pero no lo bastante para enredar en tus razones a un Caupolicán. Cada escuadrón de éstos de que nos hablas, será también un pequeño muro de carne que rebanarán como el sebo de las ovejas...

ONGOLMO.—Ya has visto, Levtraro, cómo nuestras flechas rebotan sobre sus armaduras; cómo nuestras lanzas se despedazan; cómo los pechos de los caballos nos rechazan... ¿Traes, acaso, la tralca, el trueno o los rayos del Pillán para destruir tanta potencia?

LAUTARO.—No los traigo yo: los tenéis en vuestras manos y no habéis reparado en ello. ¡Siempre habéis tenido todo en vuestras manos y lo habéis desperdiciado, y no habéis sabido usarlo, a tiempo ni a destiempo.

¡Nunca se vio país más rico y hermoso que el nuestro, pero vosotros, hermanos, lo habéis transformado en chiquero; en peladero, para vuestros míseros cultivos, quemando los bosques que os defienden, y permitiendo así que el huinca destruya nuestras siembras en los llanos, única parte donde puede hacer uso de su caballería. Las colinas peladas de Arauco, Purén y Tucapel, les han servido para alzar otros tantos fortines inexpugnables. Yo que los conozco; yo que sé de sus armas y de sus tácticas de guerra, he sollozado de ira al veros pelear, mientras me obligaban a permanecer impasible junto al caballo de Valdivia.

TODOS.—¡Bien, huaina!

¡Sigue, Levtraro!

LAUTARO.—¡Yo no he venido aquí para insultaros!, como lo ha hecho Caupolicán. ¡No! Yo creo en vosotros; os conozco y os admiro... aunque vosotros decís no conocerme...

(*Mostrándolos con el dedo*).

Yo te vi a ti, Ongolmo, desafiando a Villagrán, como un loco, en un combate cuerpo a cuerpo allá en Andalién. A ti también te vi, Rengo, hudiéndole el pescuezo por los pechos a un soldado, después de un mazazo terrible que le diste en Toltén; a ti, Purén; a ti, Tomé; a ti, Tucapel, que rompías los lomos y costados como un demonio, cuando te debatías contra quienes te cercaban furiosos. ¡No! Yo no os desprecio, mocetones caciques, hermanos de mi alma. Habéis hecho, y con creces, lo que estaba en vuestras manos hacer...

CHILLICAN.—¡Bravo, Levtraro; ánimo mi digüeñe!

LAUTARO.—Pero os digo también que he visto a vuestros escuadrones; esos piños de hombres sin orden alguno, ni mando, ni cabeza que piense por ellos. Y era entonces cuando no sabía cómo contener mi coraje, mientras a mi lado reían los huincas y tronchaban tanta vida joven, ardiente; tanto amor, tanta fuerza y juventud engendradora de vida, cuyos hijos nunca más nacerán ni verán la luz del sol...

CHILLICAN (*Emocionado*).—Que el Pillán te bendiga, mi digüeñe...

COLO-COLO.—He dicho que calles, majadero. ¡Hal-

cón-Ligero está hablando, y ¡vive el Pillán! que nos está hablando como un Toqui de verdad.

LAUTARO.—Te has adelantado a mi discurso, noble Colo-Colo. Porque será preciso que lo sea; o si no, hasta aquí solamente llegará la vida de Arauco.

Porque tal ha sido la funesta condición a que nos ha sometido el destino: la de ser un pueblo desunido e indolente, por un tiempo; luego, violento y loco, a la manera de un puñado de demonios. Demonios plenos de bravura, pero torpes en el obrar, viciosos en el beber, sin un amo de verdad a quien obedecer. Porque la verdad está en que esta tierra no ha conocido jamás un gobierno, un Jefe que la mande, un hombre de verdad que estimule la hombría de sus hombres...

Por esto te digo, noble Colo-Colo, valiente Caupolicán, caciques mis hermanos: *necesito yo, lo necesitáis vosotros; lo precisa toda la nación araucana, que me nombréis vuestro Jefe Supremo, absoluto.*

(Pausa de sorpresa. Todos se consultan).

COLO-COLO.—Pero... ¡a tus años, hijo mío! ¡A tus años!... Sin madurez no hay experiencia...

LAUTARO.—¡De qué sirve, mi señor, una larga experiencia, que sólo se sostiene en una larga ignorancia!

(Los caciques cuchichean entre ellos, asintiendo).

CAUPOLICAN *(Resuelto)*.—¡El Gran Toqui soy yo! Soy yo y no otro. Me acaba de elegir el Pillán conforme a los ritos. En mi generosidad ofrezco a Levtraro un puesto junto a mí, como Lugarteniente.

LAUTARO (*Sonriendo*).—El Gran Toqui, ¿podría recibir órdenes de su Lugarteniente?

CAUPOLICAN.—¿Acaso pretenderías dárme las, mentecato?

LAUTARO.—Ya te las estoy dando, Caupolicán.

(*Mostrándole una piedra en el suelo, de las que mantenían el canelo*).

¡Trata de quebrar esta piedra con tu lanza!

(*Caupolicán da dos lanzadas inútiles*).

CAUPOLICAN.—Las piedras no son armaduras, Levtraro...

LAUTARO (*A Chillicán*).—Tráeme el chuzo de arar. (*A Caupolicán*).

Ya sé que una piedra es más resistente que una armadura...

(*Lautaro toma el chuzo a la manera de una macana y asesta un golpe tremendo a la piedra, la que se parte en pedazos*).

TODOS.—¡¡Ohhhhh!!

ONGOLMO.—¡Ya obedeciste, Caupolicán!

RENGO.—¡Y perdiste, Gran Toqui!

TRALCAHUANO.—¡Mándate mudar a tu ruca, viejo tuerto!

TUCAPEL.—Aprende a amar más a tu tierra que a tu vanidad. Por mucho que te guste la juventud, ya no eres un huaina, Gran Toqui...

LAUTARO.—No se trata de ofender, hermanos caciques; se trata de comprender.

COLO-COLO.—Caupolicán, amigo e hijo mío; tú sa-

bes cuánto te estimo, cuánto te admiro, y cómo te apreciamos todos. *Pero la voz de la asamblea es la voz de Arauco.* Piensa, reposadamente, y danos una respuesta honorable.

CAUPOLICAN.—¡No sé! ¡No comprendo qué locura os ha cogido a todos!... Si yo estuviera seguro... Si este muchacho nos trajera verdaderamente la victoria... Si él... Bueno: me quitaría de en medio... .

¡¡¡Pero es un niño!!! ¿Váis a confiar la suerte del Mapu a un niño? Es una responsabilidad terrible, nobles caciques...

(Apelando al buen sentido de Colo-Colo).

¡Cómo puedes, tú, Padre de Arauco, pedirme semejante cosa! Hay cientos y miles de criaturas cuyas vidas podrían quedar tronchadas en unas pocas lunas, si la crueldad del huinca invade la tierra entera, y si Levtraro no es capaz de contenerlo. Hay nuestras mujeres, que serían ultrajadas; nuestros sembrados, arrasados... ¡Todo Arauco cubierto por un luto eterno, irremediable, si fuéramos vendidos!

(Gritando).

¡¡¡Cómo poner la vida y la muerte en manos de un huaina!!!

LAUTARO.—Comprendo tus dudas y tus angustias. Te estoy agradecido, Caupolicán por la palabra sincera; por la nobleza de tu alma... Pero, hay algo más de lo que tú sabes... Ven conmigo. Necesito hablarte a solas...

(Caupolicán se resiste un momento, luego se deja conducir a la ruca, donde entran los dos).

ESCENA VII

Los mismos, menos Lautaro y Caupolicán. Luego, Guacolda e india III.

(Los caciques se han levantado de sus asientos y en grupos silenciosos cuchichean sobre lo que estará ocurriendo dentro de la ruca. Hay una pausa).

COLO-COLO *(A Purén)*.—Soy viejo en Arauco, cacique de Purén. Nunca me dejé arrastrar por la palabranana o el entusiasmo que, en los viejos, suele despertar la gallardía y la temeridad de los jóvenes. No amo la osadía de los inexpertos y aborrezco la petulancia de los huainas... Pero, ahora... ¡parece como si la palabra de Levtraro nos llegara de lo profundo de nuestra sangre! No sé qué es; pero en su seguridad adivino, como si ya lo estuviera viendo, que él es el Salvador de Arauco... Quizás si de algo más: de un pueblo que ya no será araucano, pero que tampoco será huinca...

PUREN.—La juventud y la ancianidad son dos edades, Colo-Colo, en que el hombre se da a soñar... Alerta y resuelto me ha parecido el mozo; impresionante su discurso... ¡Pero queda por ver sus obras...!

(Se escucha otra vez el sonido del cuerno y un ladrido de perros. Todos se vuelven a mirar. Por la izquierda aparecen, Guacolda, detenida por un mocetón que la trae cogida de un brazo. La sigue una india vestida en traje de gala).

INDIA III (*Echándose a los pies de Colo-Colo*).—Mi amo y señor: ordena al hombre que deje en libertad a esta pobre niña.

COLO-COLO.—¿Quién es la española?

INDIA III (*Alzándose*).—No es huinca: es mapuche, mi señor. Una cautiva que servía en casa de Valdivia junto con Levtraro. Ha escapado tras él, porque le ama.

GUACOLDA.—Me llamo Guacolda y soy de tu sangre, señor. No me creas una espía: ¡daría mi vida por los míos! He sabido que Levtraro está aquí...

(*Mira a todos lados*).

Pero..., ¿dónde está? ¿Acaso me han engañado?

(*Angustiándose*).

¿Acaso él no llegó a tiempo al Consejo y todo estaría perdido?

COLO-COLO.—Calma, niña. Tranquilízate, mujer. De ahí dentro saldrá quien habrá de ser Toqui de Arauco. Paciencia, que no tardarán...

GUACOLDA (*A la asamblea*).—¡Cómo! ¿Aún no le habéis elegido? ¿Creéis todavía en otro? ¿Nadie os ha dicho de su labor de años y años entre la hueste española?

TRALCAHUANO.—¡Hembra caliente!

GUACOLDA.—No sé quién eres, deslenguado; pero sé quién es El: ¡Nadie que se os parezca, rústicos!

(*Se lanza hacia la ruca. Purén la retiene rudamente por el brazo*).

PUREN.—¡Aquí no son las hembras quienes se ocupan de la suerte de las armas!

TRALCAHUANO.—Esas son costumbres de los huin-

cas, que tienen a sus ilchas metidas en las cuestiones del mando, en los consejos del Cojáu, ¡y hasta en el ñachi!

GUACOLDA.—Puede que sea como tú dices. Yo no pretendo adentrarme en lo vuestro, sino velar por Levtraro y por la suerte de nuestros mapuches. ¡Harto mal llevada esta suerte, por lo que estoy viendo!, mi cacique ebrio e insolente.

TRALCAHUANO.—¡Aquí somos todos hartos hombres! . . .

GUACOLDA.—No digo que no lo son, ni creo necesario ser borracho para ser hombre. Pero sé cómo es Levtraro: todo pureza y amor a su pueblo.

Nunca se le vio en otros amores; nunca bebió con los soldados; jamás se supo que Halcón-Ligero tuviera otro pensamiento que sus mapuches y la destrucción del huinca . . .

(*Con tristeza*).

Ni a mí me amó . . . Ni yo puedo amarlo de otra suerte que esta: mostrando a vosotros quién es él y cómo vuestro destino está ligado al suyo. Levtraro es leal . . .

TRALCAHUANO.—¿Y quién nos dice que lo eres tú?

COLO-COLO (*A Guacolda*).—No repares en lo que habla. El testimonio de esta mujer, que es una de mis esposas, me basta para estar seguro de que no eres una extraña.

GUACOLDA.—Gracias, Padre.

(*A Tralcahuano*).

Levtraro también es de confiar; mucho más que esos caciques ignorantes de que se fían tan a menudo . . .

(A la asamblea).

Mucha cosa hay, que él no os ha dicho, por modestia, y también por respeto al que fue su señor...

TRALCAHUANO.—¿Respeto al odiado Jefe huinca?

GUACOLDA.—Sí, respeto; algo que tú no conociste jamás. Levtraro era como el hijo querido ante el cual no queda oculto ningún repliegue del corazón. Y por lo mismo...

COLO-COLO.—Sí; sólo Levtraro puede entregarnos el corazón de Valdivia, para que lo mordamos y cumplamos en él con el rito del Admapu...

GUACOLDA.—¡Cielos! No digáis tal deshonra, noble Padre. ¡Jamás Levtraro buscaría la muerte de Valdivia! Desea atraparlo vivo y devolverlo a su tierra, luego de acabar con los españoles. ¡Vosotros sois crueles y bárbaros, porque no conocéis al Dios del Cielo!

TRALCAHUANO.—¿Quieres decir que te has hecho cristiana?

GUACOLDA.—Quiero decir... que más vale ser magnánimo y triunfar, que no un bárbaro cruel, para luego perderlo todo en el desastre, que es el salario de la venganza...

(Con angustia).

Pero..., ¡cómo explicaros y haceros comprender! Levtraro es tan capaz de libraros de la opresión, que yo, pobre mujer enamorada, estaría dispuesta a entregaros aquí mismo su vida y pediros que lo despedacéis, si no os conduce a la victoria.

ONGOLMO.—Quizás haya en Levtraro algo que ignoramos...

PUREN.—Sí, hay en él mucho que no sabemos y mucho que nos queda por ver... ¡Yo creo en él!

GUACOLDA.—Escúchalos, noble Colo-Colo. ¡La suerte del Mapu está en tus manos!

CHILLICAN (*Desde la ruca*).—Calla: aquí vienen. (*Tiernamente*).

Aquí viene mi digüeñe.

ESCENA VIII

Los mismos, más Caupolicán y Lautaro.

(*Sale de la ruca Caupolicán, seguido de Lautaro. Este, al pasar frente a Chillicán, le mesa los cabellos en un gesto de amistad. Guacolda, al verlo, va a lanzarse en brazos de Lautaro, pero éste la rechaza suavemente al pasar*).

CAUPOLICAN (*A Colo-Colo*).—Ha triunfado. El lo sabe todo y todo podrá realizarlo: *es un Jefe*. Renuncio al cargo que me confiasteis. Nadie dirá que Caupolicán ha amado más su gloria que la seguridad del Mapu.

¡Nómbrale Gran Toqui!

TODOS (*En inmenso júbilo*).— ¡Sí!...

¡Gran Toqui!

¡Viva nuestro Jefe!

(*Chillicán, sonriente, trae de la ruca el poncho militar, el toqui y el cintillo con la pluma*).

COLO-COLO.—Acércate, Halcón-Ligero, hijo de Aguilá Negra, y cubre tu desnudez de soldado con las insignias del mando supremo.

(*Se las coloca*).

Que tu cabeza quede ceñida con el cintillo del poder, y la pluma del Aguila, tu padre.

(Se lo pone).

CAUPOLICAN *(Entregándole su lanza).*—Recíbela en prueba de mi amistad y de mi fidelidad.

(Lautaro le pone la mano en el hombro, en señal de gratitud).

LAUTARO *(Retrocediendo unos pasos, majestuoso).*—Y ahora... ¡Ay de quien alce la voz o deje una orden sin cumplir! ¡Ay de quien busque separarse con su tribu y familia! Sois mis hermanos y soy vuestro Jefe, pero seré también el verdugo inexorable para quien discuta o estorbe la acción del Gran Toqui.

(Con la brevedad de una Orden del Día).

Antes de que se ponga el sol, os habré enseñado buena parte de la estrategia española. Ocho días os doy para practicarla conmigo. Otros ocho días para enseñarla a vuestra gente. ¡Ni una falta aceptaré sin aplicar castigo! ¡Ni una pequeña proeza dejaré pasar sin concederle un premio! Chillicán será mi ayudante.

Todos vosotros sois mis valientes y mis amigos: sois Arauco, que es pueblo de soldados y carne de hombres. Apoyaos en mí, que os llevaré donde nunca habríais podido ir. Desde hoy cesará la crueldad de los huincas sobre mis indefensos muchachos. ¡Desde hoy y para siempre, se dirá que en este día nació Chile!

(Golpeándose el pecho).

Inche Levtraro apumbin ta pu huinca (Yo soy Lautaro que acabó con los españoles).

(Un grito ronco y tremendo será la respuesta. Los caciques alzarán sus lanzas e iniciarán en torno a Lautaro una danza, acompañada por tambores profundos. Guacolda tomará una escudilla con chicha y postrándose ante Lautaro se la ofrecerá. Cesará el chivateo, pero los tambores continuarán en sordina).

LAUTARO (Acariciándole la cabeza).—¡Choclito Rojo! ...

GUACOLDA.—Halcón-Ligero, amo mío y Jefe mío ...

(Lautaro rechaza primero la escudilla, luego la toma, bebe y la tira lejos. Coge por los codos a Guacolda, la alza, le acaricia la cara con los dedos. Cesan los tambores. Por detrás, se les acerca Colo-Colo).

COLO-COLO.—Viejo estoy, pero en este día habéis llenado de júbilo mi alma. Ahora puedo morir tranquilo ...

(Les pone las manos sobre sus cabezas).

Que el Pillán os bendiga.

LAUTARO (Grave).—Que Dios te bendiga, Colo-Colo, y que en su Gran Bondad tenga piedad de nuestro pueblo.

(Estrechando y mirando a Guacolda).

Hemos esperado tanto ... tanto.

(Los tambores vuelven a redoblar con furia).

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ACTO TERCERO

EL FUERTE DE PUREN

Una suerte de casamata de troncos, con una puerta al fondo y una ventana enrejada a la izquierda. Por ella se entrevé el patio del fuerte y los bastiones, bajo el sol rojizo de la tarde.

A la derecha de este interior, que hace las veces de Sala de Guardia, y construida dentro de ella, en el ángulo, una celda-cárcel con una puerta que mira a la izquierda y una pequeña ventana enrejada (una mirilla) que da hacia el público.

A la izquierda del escenario, una escalera rústica que comunica, a través del techo, con el camino de guardia de los bastiones.

En esta casamata, una mesa tosca con un sillón de respaldo alto. Sobre ella, un tintero, su pluma de ganso, papeles, un portacandela con su vela de cera apagada al co-

mienzo. Varios taburetes; lanzas en sus calzos, junto a las paredes. Sobre la puerta, un crucifijo.

JUAN MORAN.—Alférez.

SANCHO DE ESCALONA.—Idem.

JUAN GOMEZ.—Capitán y comandante del Fuerte.

SIRVIENTE YANACONA.

CACIQUE PRISIONERO.

TRES MUJERES Y SUS MARIDOS.—Pobladores del Fuerte.

SOLDADOS.

ESCENA I

Sancho de Escalona y Juan Morán.

(Por la puerta abierta, llega de tarde en tarde la grito de los indios auxiliares que juegan en el patio).

SANCHO.—Se echa de ver a todas luces que nuestro flamante capitán no cabe en sí de gozo. Estás en lo cierto: se le han subido los humos después de aquel discutido y discutible éxito contra los indios. ¡Extraño en él! tan reposado de ordinario, y medido en sus cosas...

MORAN *(Alzándose y mirando por la ventana)*.—Cosas de alcaldes, Sancho...

¡Advierte que no pongo en juicio la valentía y pericia del capitán Gómez de Almagro!...

SANCHO.—Sí... sí... comprendo. Pero es verdad

también que esto de pasar, así como así, de la alcaldía de Santiago a esa rendida cooperación con Don Pedro, allá en Concepción; luego a aquella misión en La Imperial, cuando se tuvo lenguas del alzamiento de los indios, para venir a parar en seguida a quí, en este Fuerte de Purén, donde obtiene su primer comando y victoria...

MORAN.—... da motivos sobrados —dirás tú— para que sienta una inmensa satisfacción.

SANCHO.—... pues sí. Y como la felicidad suele estar en la ignorancia de la verdad...

MORAN.—¿Qué has querido dar a entender con ello?

SANCHO.—Pues, nada; que todo me parece turbio.

MORAN.—¿Cómo así?

SANCHO.—No ha menester de mucha malicia, Morán, para ir siguiendo el hilo de los sucesos. Recuerda: los indios dan el primer indicio de su alzamiento el día en que Diego de Maldonado parte a Tucapel con cuatro hombres y le matan tres... ¡Vale decir, que regresó con su sombra! De esta manera consigue llegar a duras penas al Fuerte de Arauco.

Bien; a este episodio sigue aquel de los mapuches con sus socorridas cargas de pasto. Como todos lo sabemos agora en carne propia, no había tal ayuda sino una celada, pues largaron las cargas dentro del Fuerte, sacaron las armas ocultas y por poco no acaban en ese mismo día con todos los españoles de Tucapel... ¿Recuerdas?

MORAN.—¡A quién lo dices: yo estaba ahí!

SANCHO (*Mismo tono enumerativo*).—Pues bien, los nuestros lograron rechazar a los indígenas a costa de sudo-

res y pérdidas de hombres, buscando refugio luego, y como ya es de rigor, en el Fuerte de Arauco...

MORAN (*Jocoso*).—Aquel fortín nos va resultando un paño de lágrimas...

SANCHO.—Pues, sí...

Abandonado Tucapel, éste es destruido e incendiado por los rebeldes. Luego nos toca el turno a nosotros: Purén es asediado, y Alonso Coronas se da a pedir auxilios a La Imperial. Le envían al capitán Gómez de Almagro. Al tercer día de su llegada, ¡nuevo ataque de los indios!...

MORAN.—Y como va siendo costumbre ¡nuevo correo a La Imperial y a Los Confines, pidiendo socorro!; pues la refriega habida al amanecer —tú lo viste— no fue nada favorable a nuestras armas...

SANCHO.—Ahí voy con lo dicho: que el asunto no me parece de los más claros. A pesar de que esa misma tarde nuestro capitán que es hombre animoso, hizo una segunda salida, la que culminó —como tú recordarás— con una fuga súbita de los indios, espantados agora de lo que no consiguió espantarlos al amanecer. Extraña fuga, que Gómez de Almagro tomó por victoria, cuando a mi modo de ver, en nada se le parecía...

MORAN.—En verdad... muy extraña. Aunque no más de lo que han sido todas las idas y venidas de estas semanas...

SANCHO.—Así es. Porque habrás advertido también —y para cualquiera es una evidencia tan clara como el día— que los indios lucen, desde no hace mucho, nuevas tácticas de guerra: nada de flechas ni de montoneras sino

lanzas y mazos con la terrible piedra horadada. El blanco de ellas ya no somos nosotros sino las cabezas de los pobres caballos. ¿Has observado cómo atacan por oleadas sucesivas?

MORAN.—Se diría que obedecen a nuevo comando.

SANCHO.—Bueno, eso mismo se murmura, de que hace cosa de dos meses se habría fugado un caballerizo indígena del Gobernador; un mocetón apuesto y muy versado en asuntos de guerra...

MORAN.—¡Ca!: ¡Decires de comadres, Sancho! Yo le conocí; era un zagalillo, aquel Alonso. Ningún viejo toqui le hubiera escuchado... y menos, dado razón.

SANCHO.—Como sea... tampoco veo otra razón valledera para aquel desbande indígena que tanto alegró a maese Gómez...

MORAN (*Malicioso*).—No es dichoso el reputado, por serlo tal, sino porque se lo cree...

SANCHO.—Lo has dicho. Pero la verdad mía, Juan Morán, es que todo el asunto lo veo turbio... ¡Muy turbio!

MORAN.—¿Por qué, entonces, no das tu aviso y parecer a Gómez de Almagro?

SANCHO.—¡No seas simple, hombre! ¡Ya sabes que "donde manda capitán..." Además, el mal ya está hecho: nuestro Jefe no se dilató en enviar al Gobernador un propio, allá a Quilacoya, donde se encuentra agora, diciéndole de su magnífico triunfo y de cómo la vía estaba expedita para que fuera a reconstruir el Fuerte de Tuca-

pel y dar, de paso, una terrible lección a la canalla rebelde...

MORAN.—¡Dar lecciones, ahí donde no cabría sino recibillas!

(*Ríen*).

SANCHO (*Sarcástico*).—¡Ah, mi amigo! Es menester reír antes de alcanzar la felicidad. ¡No sea que muramos sin haber reído nunca!

ESCENA II

Los mismos, más Juan Gómez de Almagro. Luego un sirviente yanacona.

JUAN GOMEZ (*Entrando, preocupado, por la puerta del fondo*).—Buenas tardes...

MORAN.—Buena os la conceda Dios, señor capitán.

JUAN GOMEZ.—¿Alguna novedad?

(*Revisa los papeles de la mesa*).

MORAN.—Ninguna, Su Merced.

(*Mira hacia la puerta*).

... como no sea la grito de estos yanaconas, que no nos dejan en paz.

JUAN GOMEZ (*A Sancho*).—Cerrad esa puerta. Preciso hablaros.

(*La cierra*).

MORAN.—¿Queréis que ordene a esos mozos que se tengan y no alboroten?

JUAN GOMEZ.—Dejad... Dejadlos divertirse, Morán, que harto triste es esto. No resulta placentero estar encerrados como ratas dentro de un fortín. ¡En algún divertimento han de pasar el tiempo los auxiliares! Mucho soportan, ya, en un asunto que no les viene a cuento.

(Bebe un trago de vino).

No está mal el vinillo... ¡Oh, perdonad: veo que sólo hay una copa.

(Golpea las manos. Por la escalera no tarda en aparecer un sirviente yanacona).

SIRVIENTE.—Su Merced mande...

GOMEZ DE ALMAGRO.—Anda y ve por dos copas más...

(Exit).

SANCHO *(Meditabundo)*.—Es una pregunta que me hago a menudo: ¿Por qué nos ayudan estos yanaconas a costa de sus vidas? Porque es cosa probada que arriesgan más que nosotros...

JUAN GOMEZ.—Por lo que llevo visto hasta ahora, las gentes del norte no son dadas a la guerra. No les caería en gracia, pues, tener que enfrentarse con nuestras armas. Prefieren luchar contra los otros indios, junto a nosotros. Así, de dos males, el menor...

MORAN.—Parecen temerle a los mapuches como al mismo demonio.

JUAN GOMEZ.—Pues... no. Los ha de haber de las dos suertes. Espías tenemos entre los araucanos. ¿Por qué no habrían de tenerlos ellos entre los nuestros?

(El sirviente, que entra en ese instante con las copas, tropieza al oír la frase última y las deja caer).

SANCHO.—Cuida de lo que haces, mochacho...

SIRVIENTE.—Su Merced perdone... La priesa es mala consejera...

(Recogiendo las copas y mientras sirve el vino).

Y... a veces... por hacerlo mejor.

ESCENA III

Los mismos, más un soldado.

SOLDADO (Entrando).—El correo, señor capitán, dejó este mensaje mandado por el señor Gobernador.

(Lo entrega).

Que Su Merced sea servida...

JUAN GOMEZ (Revisando el pliego).—¡Aguardad! ¿Dijo algo más?

SOLDADO.—Presuroso llegó y asimesmo partió. Nos dio a entender que Su Excelencia está todavía en Quila-coya...

JUAN GOMEZ.—¿Qué clase de hombre era aquél?...

(Mostrando a los alféreces, los sellos rotos).

SOLDADO.—Pues... un indio.

JUAN GOMEZ.—Lo sé. Pero... ¿aparentaba ser como los nuestros? ¿Era un Picunche, un yanacona?

SOLDADO.—Hablaba en español... Si bien es verdad que lo hacía con extraño acento. Los hay de todas clases...

Y para lo que dijo y para el tiempo que se estuvo, malamente habríamos podido averiguar cosa que valga.

JUAN GOMEZ.—Los sellos vienen rotos.

SOLDADO (*Sonriendo*).—Su Merced los conoce de sobra y sabe del descuido de estas gentes. Traía el mensaje todo abuñolado y metido dentro de sus cueros. Pudo haber perdido los sellos allí.

JUAN GOMEZ.—Está bien. Id con Dios.

(*El soldado sale y el sirviente yanacona se acerca por detrás, presintiendo una lectura*).

SANCHO.—Leed pronto, señor capitán, que me comen los oídos por saber en qué irán a parar estas misas...

JUAN GOMEZ.—¡A quién lo decís!

(*Lee en silencio. Luego, comunicando la nueva*).

Su Excelencia, Don Pedro de Valdivia, dice en su mandado que partamos a reunirnos con él en el Fuerte de Tupapel, dejando aquí en Purén una pequeña guarnición. Nos cita ahí para la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor...

MORAN.—Para el caso... digamos de una vez que nos agué la fiesta.

JUAN GOMEZ.—Es una orden, Juan Morán...

MORAN.—Está bien. Pero advierta Su Merced que estamos a veinticuatro de diciembre y que si hemos de estar allá el veinticinco —y muy al atardecer— será menester que partamos esta misma noche.

JUAN GOMEZ.—Lo sé.

MORAN (*Resignado*).—¡Qué hacer! No habrá Pascua en el hogar...

JUAN GOMEZ.—Hay dos clases de fidelidad, alférez Morán: la de los perros y la de los gatos. Vos, Morán, tenéis la fidelidad de los gatos, que nunca gustan de abandonar la casa...

(*Ríen*).

Id y disponed la tropa para que esté pronta. Partiremos al anochecer, aunque Nochebuena transcurra para nosotros en la selva, sumidos en la lluvia y la oscuridad. Quiera Dios que, por lo menos, no tengamos agua sobre nuestras cabezas.

(*Morán se inclina y sale. Tras él el yanacona*).

ESCENA IV

Juan Gómez de Almagro y Sancho de Escalona.

SANCHO (*Comentando, después de una pausa*).—¡Ah, mi señor capitán! duro oficio, este de las armas... No por el guerrear... que todos lo ejercemos porque nos place. No... no es eso; sino por ese transcurrir de la vida en perpetua soledad, sin hogar, sin el calor del terruño...

JUAN GOMEZ.—Sí... triste cosa es, no lo niego. Pero advertid también que el comercio de los hombres suele servirnos para aprender a vivir, raras veces para aprender a morir. Es sólo esta gran escuela de la soledad la que nos da tal enseñanza...

SANCHO.—Su Merced está platicando a la manera de los Cartujos...

JUAN GOMEZ.—El vivir, Sancho, y el desear en exceso la vida, poco podría aprovecharnos en este oficio de las armas, donde la existencia debe estar consagrada a vencer. ¿Y cómo obtener la victoria si no hemos aprendido, primero, a morir?

SANCHO.—A qué dudarlo, capitán. Pero el morir, mi señor, es cosa seria y de gran monta —como que Dios no ha permitido que lo probemos dos veces—. Y es por esto que me pregunto si tan grande ofrenda y duro menester guarda medida con estos pagos, confinados en los extremos del mundo; si guarda proporción con esta miserable canalla que nos lleva a combatir sin pena ni gloria. ¡Fácil es morir en los campos de Flandes, cuando el mundo entero se percata de nuestras proezas y del mérito o demérito que ellas contienen!

¡Pero acabar aquí!, bajo estas lluvias; entre estos bárbaros... ¿Piensa Su Merced que la Historia, algún día, sabrá de esta angustia nuestra, de esta soledad, de esta oscura muerte en el más ínfimo de estos reinos?... ¡que mal haya la falta que hacen a Su Católica Majestad, en cuyos dominios parece no ponerse el sol!...

JUAN GOMEZ (*Golpeándole el hombro*).—Sois joven, Sancho, y sólo pensáis en vuestra gloria y en las vanidades del mundo. ¿Creéis, acaso, que yo no gustaba más de mi encomienda y de la alcaldía de Santiago? Allá me aguardan, mujer e hijos. ¡Todo lo abandoné por correr en ayuda de Don Pedro!

Una vida sin lucha, Sancho, no es vida, y la compañía continua de los hombres, es la escuela de todos los mediocres...

No olvidéis que la soledad es la sala de audiencias donde nos recibe Dios...

SANCHO.—Sabio discurso que nos enseña a que tengamos paciencia con nosotros mismos. Es esta una virtud que me va resultando más larga en su conquista, que la propia conquista de Arauco.

JUAN GOMEZ (*Paternal*).—¿Por qué, Sancho?

SANCHO.—Es difícil deciros, señor. Más a un Jefe como vos, tanpreciado por su talento y valentía...

JUAN GOMEZ.—¡Adelante, Sancho! que no haya empacho en el decir. Mirad que si la disciplina debe regir entre nosotros las cosas tocantes a la guerra, no la habemos menester en todo momento, dentro de esta pequeña familia que somos...

SANCHO.—Si es así, con la licencia del señor capitán, he de decirle el afán que me come por dentro... y que me hace perder esa perla de gran precio, cual es la paciencia.

Pues, bien, veo... temo... que estamos demasiado raleados, los españoles, para ir y venir como lo hacemos. Francisco de Villagra, a estas horas, está explorando el Reloncaví; Francisco de Ulloa partió con sus naos al Estrecho aquél y llevó consigo no pocos soldados; Pedro de Villagrán está del otro lado de las cordilleras... Para colmo de desgracias, mi señor Don Pedro abandona Concepción, desprendiéndose de una parte de sus fuerzas, para defendella. Y agora, para coronar el desbande, nosotros nos vamos casi todos...

ESCENA V

Los mismos, más un soldado y tres pobladores acompañados de sus esposas.

(Se oyen voces afuera. Entra un soldado solicitando una audiencia para una delegación de los pobladores del Fuerte).

SOLDADO.—Su Merced... Su Merced perdone el atrevimiento...

JUAN GOMEZ.—Está bien... Qué se te ofrece.

SOLDADO.—¡Oh...! A mí nada, señor capitán.

JUAN GOMEZ.—Pues... ¿a qué vienes, entonces?

SOLDADO.—Es por aquella pobre gente. Ellos me pidieron... que si fuera posible... Son tres pobladores y sus mujeres que desean hablar con Su Merced... Y con urgencia.

JUAN GOMEZ *(A Sancho)*.—De seguro que son cosas de Juan Morán. ¿Quién le mandó que divulgara a los pobladores el mensaje de Don Pedro?

(Al soldado).

Hacedlos pasar.

POBLADOR I.—Licencia, señor capitán. Perdonadnos esta intrusión...

JUAN GOMEZ.—¡Adelante! Y decid pronto qué os trujo.

MUJER I.—Pues . . . , la nueva, señor capitán; la triste nueva de vuestra partida.

POBLADOR II.—Y de nuestro abandono.

JUAN GOMEZ.—No tenéis nada que temer: quedará una pequeña guarnición para protegeros.

MUJER II.—¡Tres hombres! ¡Señor capitán . . . ! ¡Tres hombres para resistir a un posible ataque como el que presenciarnos días ha, cuando Su Merced se enfrentó a millares de bárbaros!

JUAN GOMEZ.—Que fueron vencidos.

POBLADOR III.—Y a mucha gloria vuestra. Pero . . . , hay nuestros hijos pequeñitos, nuestras esposas . . . ¡¡Tres hombres!!

(Mira a sus colegas, que asienten).

MUJER III.—Por esto hemos venido en nombre de los pobladores de este Fuerte de Purén, a rogar humildemente a su Merced . . . pues . . . , que no se vaya . . . , que no nos deje en esta angustia y agonía.

(Echándose al suelo, implorante).

¡Por lo más santo, mi señor! ¡Por la Virgen Sacratísima de las Siete Espadas, no clavéis las vuestras en los corazones de estas madres que claman y tiemblan por sus pequeñuelos.

JUAN GOMEZ.—No os pongáis de esta suerte, señora. Que, de oiros, se diría que todos estamos en trance de morir.

SANCHO *(Bromeando)*.—Para qué tanto toronjil si la pena no es tanta . . .

JUAN GOMEZ *(Risueño)*.—Habéis oído al alférez de

Escalona, señoras. Antes que otro, yo estaría pronto para acoger vuestro ruego, si tal peligro fuera manifiesto o probable. Escasas son nuestras fuerzas. Lo sabemos. Pero el enemigo es débil, inerme, ¡desnudo!

(A los pobladores).

Un español vale por cien indios, señores. ¿Habríamos de temerles, aquí, protegidos como estamos por los baluartes y las bocas de fuego?

¡No, mis señoras! ¡Dejad al punto vuestras cuitas! Por lo demás, son órdenes de Don Pedro. ¿O creéis, por ventura, que, por acompañaros en vuestros peregrinos temores, habría de dejar desvalido al Gobernador, que precisa de mi concurso para reedificar y afianzar Tucapel? ¡Ni que pensarlo, señores!

Id en paz y seguridad, que velaré para que vuestros hijos queden a buen recaudo y sin otro temor que el que a todos nos affige, no estando en tierras de España..

ESCENA VI

Los mismos, más soldado II.

(Se oye el sonido de una trompeta. Por la escalera baja apresuradamente un soldado).

JUAN GOMEZ.—¡Qué ocurre! ¡A qué esta alarma!

SOLDADO II.—El centinela de la Torre 2 ha avistado a un guerrero mapuche. Le han dado caza y en este momento lo traen a la presencia de Vuestra Merced.

JUAN GOMEZ (*Con brusquedad*).—¡Salid todos!
(*Exit de los pobladores y soldado II. Luego, a Sancho*).
¡Pobres gentes! A lo mejor, están en lo cierto.

ESCENA VII

Juan Gómez de Almagro, Sancho de Escalona, Juan Morán, soldado I y soldado III, un cacique prisionero.

(*Entran dos soldados trayendo de viva fuerza a un guerrero mapuche desarmado, que porfía en desasirse. Los acompaña Juan Morán*).

MORAN.—Señor: este bárbaro merodeaba por la espesura. Nuestra gente se dio maña para apresarlo. No fue tarea llevadera, porque es tenaz y rebelde, el bruto...

JUAN GOMEZ.—Asegurad presto esa puerta y cuidad de que no escape.

(*Va, Sancho, y la asegura*).

(*Al indio*).

¿Cómo te llamas?

(*No responde*).

¿De dónde vienes? ¿Que hacías, ahí, emboscado?...
¡Habla, miserable!

(*Silencio indiferente*).

SANCHO (*Dándole un bofetón*).—¿Crees poder desafiar así a un oficial del Rey?

CACIQUE.—No he desafiado a nadie. Pero..., ¿quién podría forzarme a hablar si no quiero?

JUAN GOMEZ (*Al soldado*).—¡Forzad al follón y verá si tenemos poder para hacello!

(*Le tuerce el brazo en una llave sorpresiva, que lo hace caer de rodilla y dar un lamento como un rugido*).

CACIQUE.—¡Basta... Oh... Basta... Diré todo!

(*Lo sueltan. Luego, sobándose el brazo*):

Allá abajo, en el bosque...

(*Vacila, y no dice más*).

JUAN GOMEZ.—¡¡Qué hay en el bosque!!

CACIQUE.—No hay na...

SANCHO (*Remeciéndolo furioso*).—¿Hablarás de una vez, puerco?

CACIQUE.—Bueno... ya que de todas layas quieren saber algo. Pues..., están rodeados. En el bosque hay todo un ejército araucano.

JUAN GOMEZ.—¿Cuántos?

CACIQUE.—Diecisiete levos mapuches. Mañana atacarán... ¡Arrasarán el fuerte! ¡No habrá salvación!: los matarán a todos...

JUAN GOMEZ.—Es lo que queda por ver. ¿Qué más?

CACIQUE.—¿No te parece bastante?

JUAN GOMEZ.—Metedle en la celda y no le quitéis el ojo de encima.

(*Uno de los soldados se retira. El otro queda de plantón en la puerta de la celda*).

SANCHO (*En un suspiro*).—¡Me lo decía el corazón!

JUAN GOMEZ.—¿Creéis que el mío estaba mudo?

¡Ah, Sancho, estas son las miserias del mandar! Lo sa-

bemos todo, todo lo comprendemos, pero hay que disimular... y obedecer.

(Exaltado).

¡¡Pero, agora, vive Dios que no obedeceré!! ¡No!..., no ha de haber tal cita en Tucapel; que con los hombres traídos de La Concepción y los que ha debido sacar de Quilacoya, ¡de sobra tendrá el señor Gobernador para que le sirvan de escolta! Jamás me perdonaría él mismo si dejara el fortín entregado a su propia suerte...

¡¡Y en tal coyuntura!!

(A Morán).

Alférez Morán: reforzad la guardia en los bastiones. Renovad a menudo los centinelas en cada vigilia de la noche. Cuidad de que todo esté pronto para una posible alarma. Se hace tarde para un reconocimiento. Mañana exploraremos los contornos si hay una circunstancia favorable... Y si hay un mañana.

(Morán saluda, y sale. El yanacona entra con un candel y enciende la vela de la mesa)

SANCHO.—Espero vuestras órdenes, señor capitán.

JUAN GOMEZ.—Podéis retiraros, alférez, hasta vuestro turno de guardia. Tomad un reposo. Yo haré otro tanto en unas horas más, para así estar fresco y pronto a cualquier evento.

(Dándole una palmada familiar en el hombro).

El sueño es alivio de las miserias, Sancho, para aquellos que las tienen despiertas.

(Sale con él).

ESCENA VIII

Sirviente y soldados.

(El sirviente yanacona se da maña para retardar su partida: despabila la vela, limpia la mesa, acomoda los pisos).

SOLDADO.—Así, y con todo... esta alarma va a resultar un beneficio.

SIRVIENTE.—No veo beneficio en estar cercados...

SOLDADO.—¡Qué puedes entender tú de beneficios o maleficios! Agora, el capitán tendrá que sujetarse aquí, a buen reparo de sus empalizadas...

SIRVIENTE.—Sí..., ¡magnífico! Y una vez más comenzarán a mermar los víveres y faltará el pienso para las bestias. Y una vez más, seremos nosotros, los indios auxiliares, quienes iremos por las cercanías del Fuerte a procurarlo... Bajo las flechas mapuches, como es costumbre.

SOLDADO.—¡¡Y nosotros!! Sólo piensas en los tuyos, pero los soldados no te importan un maravedí. ¡Nosotros!, que por oficio y obediencia habremos de salir, no en la sencilla conquista de los pastos, sino a ofrecer nuestras cabezas y nuestros pechos a las porras araucanas...

SIRVIENTE.—Claro está. Por eso digo que no veo el beneficio...

SOLDADO.—Lo digo, atendiendo a los pobladores, ¡hombre! Ellos están desarmados y no tienen práctica en las cosas de guerra. ¡Claro está agora que sus temores no

eran vanos! Solos, aquí, y con las menguadas fuerzas que pensaban dejarles... Pues..., no habría dado yo una blanca por sus vidas y las de sus hijos.

SIRVIENTE.—¡Quién les mandó meterse en este lío!

SOLDADO.—¡Quién les mandó! ¡Quién les mandó!... ¡Fácil es decirlo así! Pues... ¡Caray! la vida tampoco es sencilla en España... Había que probar suerte... ¡Y con lo que nos llenaron el seso con aquello del oro y las riquezas de estas tierras!...

(Escupe).

¡Riquezas!

(Se queda extático; pensativo).

SIRVIENTE.—¿Os váis a pasar la noche mirando el candil?

SOLDADO.—Más que al candil, habré de pasarme la noche mirando a este perro bravo que han encerrado aquí.

(Va a contemplarlo por la mirilla).

¡Y es sólido, el bestia!... Ahí está, vuelto hacia la pared, con su taima y su silencio.

(Animándolo, como se hace con los perros).

¡Eh!... ¡Ufff!... ¡Despierta, animal!

(Retirándose desalentado).

¡Como si hablase a un tronco!

SIRVIENTE.—Si queréis, podríamos acortar la vigilia jugando a las cartas.

SOLDADO.—No es mala idea, chico. ¿Tienes baraxas?

SIRVIENTE.—¿Dé dónde había de sacarlas yo, pobre yanaconcilla?

SOLDADO.—Iré por las mías.

SIRVIENTE.—¡Eh... , cuidado! que no es mi oficio el de apacentar fieras...

SOLDADO.—¡Fieras!... ¡Mira este cerrojo, hombre! La llave la tengo yo y no he de confiártela. A qué esos temores. No es milagroso, el bárbaro, para escurrirse por entre las junturas.

SIRVIENTE.—Si es así, id entonces por las baraxas, que así se nos hará más llevadera la noche.

(Sale el soldado, dejando la puerta del fondo abierta).

ESCENA IX

Sirviente, cacique prisionero. Después, soldado.

(El yanacona mira de todos lados. Va y cierra nuevamente la puerta. Luego se acerca a la mirilla).

SIRVIENTE.—¿A qué hora será el ataque?...

CACIQUE *(Con voz muerta)*.—¿Qué ataque?

SIRVIENTE.—Déjate de chanzas... Conmigo son inútiles esos tapujos, Ongolmo. Sabes muy bien que estoy con el Mapu.

CACIQUE.—Te digo que en torno de este Fuerte no hay otro mapuche que yo.

SIRVIENTE.—¡Estás loco, Ongolmo! Tarde o temprano se darán cuenta de que ha sido un engaño... Y entonces tú...

CACIQUE.—Lo sé. No me importa. Por eso te confío

mi secreto: porque eres tú quién habrá de mantener la alarma para que no salgan...

SIRVIENTE.—¿Y cuál es el propósito de tan descabellado plan?

CACIQUE.—No necesitas saberlo todo.

SIRVIENTE.—¡Necesito saberlo! Es difícil trabajar a ciegas. No puedo llevar a buen término mi misión si no me explicas por qué la estoy haciendo... ¡Habla pronto, que el soldado no puede tardar!

CACIQUE.—Te lo diré... Pero te advierto que en ello te va la vida.

SIRVIENTE.—¡Pronto, Ongolmo!, que me parece oírlo...

CACIQUE.—Escucha bien: son órdenes de Levtraro. Necesitamos que Valdivia llegue a Tucapel sin el socorro del Fuerte de Purén. El perro huinca será atacado allá... ¡y no quedará una cabeza unida a un cuerpo! Morirá, por fin, el verdugo, y ¡vive el Pillán! que ni el Dios de los huincas tendrá poder para librarlo...

SIRVIENTE (*Haciendo su cálculo*).—Trataré de retenerlos toda la mañana... Más allá del mediodía será difícil, porque saldrán a explorar. ¡No van a quedarse encastillados aquí hasta la eternidad!

CACIQUE.—Bastaría con esa tardanza.

SIRVIENTE.—¿Y si parten antes del mediodía?

CACIQUE.—Para eso estás tú, para que no partan. Pero si aquello ocurriera, siempre llegarán tarde...

SIRVIENTE.—Ahí viene...

(Se abre la puerta y entra el soldado, todo entero ocupado en disponer la mesa para el juego).

SOLDADO.—No sé quién pudo meter mano en estas condenadas baraxas. Las busqué donde suelo dejarlas y no dí con ellas hasta haber revuelto todos los efectos de mi arcón...

SIRVIENTE (*Burlesco*).—Debió comenzar osté por el último rincón de su caja. Así no me habría hecho aguardar tanto.

SOLDADO (*Mismo tono*).—Perdone Su Merced la espera.

SIRVIENTE.—Puede osté darse por excusado, hijo...
(*Ríen*).

SOLDADO (*Disponiendo los pisos y el naipe*).—Bueno... ¿Damos comienzo a la partida?

SIRVIENTE.—Sí..., la partida a dormir: ya me caigo de cansancio.

SOLDADO.—¿Qué dices, mochacho?

SIRVIENTE.—Que no soy hombre de dineros. ¿Qué cosa podría poner yo que diera mayor contento al juego?

SOLDADO.—No busco ganancia; ni siquiera contento. Busco de matar el tiempo.

SIRVIENTE.—Y para qué habría de matar osté lo que ya está muerto.

SOLDADO (*Jocoso*).—¡Ca! ¿Dónde has visto morir al tiempo?

SIRVIENTE.—En la muerte.

SOLDADO (*Sobresaltado, por fin*).—¡De qué modo lo has dicho! ¿Qué te ocurre?

SIRVIENTE.—A mí, nada. Pienso que se ha hecho tarde... y... ¡qué quiere osté! Me ha cogido el sueño...

(Bosteza ostensiblemente).

Y tengo deseos de dormir... Eso es todo.

(Intencionado).

Es demasiado tarde...

(Hace una seña despidiéndose, y se va).

SOLDADO *(Boquiabierto)*.—¡¡Demasiado tarde!!...

¡Y para esto el follón me hace ir y venir!

(Levantándose furioso y barriendo las cartas de la mesa).

¡Y así vaya osté a entender a estos hideputas de indios!

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CUARTO ACTO

TUCAPEL

Una quebrada en la selva vecina a Tucapel (debe haber planos inclinados y disimulados de ambos lados del escenario). Ligeramente a la derecha, algunos fardos en el suelo, como los deja un ejército en fuga: unos amontonados, otros dispersos; una cantimplora con su tiesto, lanzas, arzones, cabestros...

*Contra uno de los fardos, y atado a él, estará Agustini-
llo en incómoda postura. Vestirá un calzón corto, en an-
drajos. Camisa abierta y salida en parte del pantalón.*

*A la izquierda del escenario, a cierta altura de la pen-
diente, se verá el tronco en pie de un árbol tronchado y as-
tillado en su extremo.*

*Al levantarse el telón, Agustini-
llo tendrá a su lado a un
centinela araucano que lo vigila y pasea delante de él.*

Es mediodía de un 25 de diciembre.

AGUSTINILLO.
INDIO CENTINELA.

GUERRERO INDIO I.
GUERRERO INDIO II.
GUERRERO INDIO III.
INDIO DE PONCHO I.
INDIO DE PONCHO II.
CHILLICAN.
DON PEDRO DE VALDIVIA.
PADRE POZO.
LAUTARO.
COLO-COLO.
PUREN.
TOME.
TRALCAHUANO.

ESCENA I

Agustinillo, centinela. Luego, guerreros indios I, II y III.

*(Después de una pausa larga, durante la cual Agustini-
llo suspirará, se quejará y hará esfuerzos para cambiar de
postura).*

CENTINELA.—¡Basta, ya! ... ¡Tranquilo, te digo!
(Lo golpea con la lanza).

AGUSTINILLO.—No sea así conmigo ... ¿No ve que
estas cuerdas me están rebanando los brazos? ... ¡Ay, ma-
drecita mía!

CENTINELA.—Tranquilo, he dicho. Las cuerdas están
bien ... puesto que sujetan ... como sujetan los fardos.

AGUSTINILLO (*Histérico, casi riendo*).—Pero yo no soy un bulto...

CENTINELA.—Peor que un bulto... Eres un estorbo.

AGUSTINILLO.—Siempre fui un estorbo, y siempre fui un bulto... ¡Ah, si hubieran escuchado mis consejos!
(*Se oye un tiro de mosquete aislado, seguido de gritos de júbilo lejanos, como un chivateo*).

CENTINELA (*Jubiloso*).—Ahora puedes escuchar tú... ¿Oyes? Ha caído el último español. Ya no oirás otro tiro de mosquete: todos han muerto.

AGUSTINILLO (*Porfiando nuevamente por soltarse*).—Larga un poco... ¡No puedo más de dolor!

CENTINELA.—Más dolor sentirás cuando te hagan el Admapu...

AGUSTINILLO.—¡No!... ¡No, por Dios!... No cometerán ese pecado conmigo!

CENTINELA (*Riendo*).—¡Pecado!

AGUSTINILLO.—¡No! Conmigo no pueden hacerlo... No tienen derecho a hacerlo... Soy de la tierra; soy indio también...

CENTINELA (*Escupiendo*).—¡Yanacona!

AGUSTINILLO.—No soy valiente, lo sé. Sólo soy un pobre yanacona. No sé pelear como vosotros. ¿Para qué les serviría mi corazón?

(*Crisis histérica*).

¿Para qué habrían de arrancármelo del pecho?... ¡Así..., vivo..., para morderlo...! ¡Mi corazón no les destilaría valor en las bocas sino cobardía...! ¿De qué les aprovecharía la muerte de un hermano?

CENTINELA (*Dándole un bofetón*).—¡¡Hermano!!
¿Te atreves a decirlo, basura?

(*Se oye el galopar furioso de unos caballos. El centinela escucha con el ceño fruncido. Agustínillo, radiante*).

AGUSTINILLO.—¡Lo reconozco! ... ¡Es él! ... ¡Es él,
el caballo de mi amo!

¡Ha escapado! ¡Está vivo!

CENTINELA.—No puede ser ... Pero si está vivo, no
lo estará por mucho ...

(*Al poco, llegan tres indios guerreros. Vienen sin aliento y sudorosos. Uno de ellos se echa el suelo, jadeante. Los otros se pasean para tomar aliento*).

AGUSTINILLO.—¿No es verdad que escaparon?

CENTINELA.—¡Y a vos qué te importa!

(*Al guerrero*).

¿Es cierto?

GUERRERO I.—No hubo manera ...

GUERRERO II.—Y con él, escapó el fraile.

AGUSTINILLO (*Feliz*).—¡El Padre Pozo!

GUERRERO III.—Pero Levtraro no los dejará ir muy
lejos. ¡Todos las huellas, todos los pasos, todos los vados
están cercados! ...

AGUSTINILLO.—¡Virgen del Pilar, salvadlos! ¡Por tus
siete dolores, piedad, Madre mía!

CENTINELA.—¿Vas a callar de una vez, porquería?
Ni con todas tus vírgenes y tus santos escapará nadie del
combate de Tucape!

GUERRERO I.—¡Nunca se vio ni se verá combate más
lindo! Cada vez que les salía un nuevo escuadrón mapu-

che, los huincas creían que era el último... ¡Ja, ja, ja...! Hasta que los oficiales tuvieron que reunirse en la retaguardia para tomar consejo...

AGUSTINILLO. (*Interesado a pesar de sus penas*).—Yo estaba ahí. Mi amo les preguntó: “Y ahora, ¿qué haremos, caballeros?” Y los oficiales respondieron: “¡Qué hemos de hacer, señor, sino pelear y morir”.

GUERRERO II.—No les dio para mucho el pelear...

AGUSTINILLO.—Pero Don Pedro está vivo, libre. ¡Y mientras El viva...!

GUERRERO III.—Así es. Mientras viva el Jefe huinca no habrá paz en la tierra...

(*A Agustínillo*).

Pero no te creas, en la ciénaga de abajo ha de haberse empantanado ya... ¡Ah, si hubiera estado ahí para birlarle el caballo! ¡Y pensar que pude haber sido yo!... de no haberseme escapado de las manos con la ligereza de un choroy.

CENTINELA.—Es astuto, el viejo. Y dicen que, para sus años, hartó huaina...

AGUSTINILLO.—Está lleno de fuerza... Mucho daño podrá hacernos y mucho golpe podrá daros todavía. Los españoles que han muerto son un puñadito, al lado de los que quedan. Si mi amo logra unirse a ellos... ¡poco os va a quedar de vuestra “magnífica” victoria de Tucapel...!

CENTINELA.—Cállate... ¡Huélle!

(*Una voz lejana, exclama, dolorida*):

VOZ.—¡No puedo más!

¡Tened piedad de un anciano!

¡No puedo correr así, bárbaros, con mis cincuenta años a cuesta!

¡Ay! ¡No me arrastréis de esta suerte, follones!

(Una carcajada es la respuesta).

GUERRERO III.—¡Es él! ¡Ahí lo traen! ¿No les decía yo?

CENTINELA.—¡Sí; es el perro huinca!

AGUSTINILLO.—¡Es él, mi pobre amo! . . . ¡Que Dios se apiade de su alma!

(De un empujón cae al suelo por la derecha, Don Pedro de Valdivia. Viene en un estado lamentable: enlodado, sangrante, vestido con la sola ropa interior que muestra las viejas carnes por sus jirones. Para colmo del ridículo, lleva la celada puesta. Al ver que el prisionero no puede caminar más, los indios de poncho que lo traen, lo cogen por los brazos y lo arrastran hasta el medio del escenario, donde los tres guerreros lo ayudarán a alzarse y luego lo atarán al tronco de la izquierda, casi dando la espalda al público. Uno de los indios de poncho se retira).

ESCENA II

Valdivia, Agustínillo, los tres guerreros, centinela, indio de poncho I.

VALDIVIA *(Jadeante)*.—No me atéis tan ceñido, que me quitáis el aliento . . .

GUERRERO I.—¿Y esta piltrafa es el tan mentado Gobernador?

GUERRERO II.—Sed bienvenida, Vuestra Merced, Capitán Calato...

(*Rien*).

VALDIVIA (*Volviendo la cabeza con esfuerzo*).—¡Tente! ¿También tú, aquí, yanaconcilla? Te creí muerto de buen trecho...

AGUSTINILLO (*Casi sollozando*).—Pronto lo estaré, mi amo. Sabéis que Lautaro no me quiere bien.

VALDIVIA.—Tiempo de sobra tuviste para escapar.

AGUSTINILLO.—Lo sé, mi amo. Pero quise permanecer junto a vos.

CENTINELA.—¡Silencio! Aquí nadie debe hablar hasta que llegue el Gran Toqui.

GUERRERO III (*Al indio de poncho*).—¿Y el fraile? ¿Acaso no escaparon juntos?

INDIO DE PONCHO I.—Ahí detrasito está...

GUERRERO III.—¡Tráelo!

(*Va y regresa con el Padre Pozo, sin atar, sangrando, cabeza inclinada, lamentable*).

CENTINELA.—¡Desplumado quedó el ñancu rapaz!...

GUERRERO II.—¿Lo atamos?

GUERRERO I.—Para qué: están vigilados los contornos.

CENTINELA.—¡Y cómo podría escapar con esas faldas de Machi!

(*Rien, se le acercan y le alzan los hábitos para ver qué tiene debajo*).

VALDIVIA (*Girando la cabeza*).—¿Sois vos, Padre Pozo?

PADRE POZO.—Lo que Dios ha querido que quede de mí...

VALDIVIA.—Animo, Padre, que no todo está perdido. Es cuestión de negociar el rescate a precio de buen oro...

PADRE POZO.—Veo que seguís confiando en vuestro oro, Don Pedro. Es verdad que mucho puede la concupiscencia de los hombres... Pero puede más su odio.

Creo que haríais mejor en ir mirando por la salud del alma...

(*Se inclina, coge dos palitos, los ata con un jirón del hábito y entrega esta cruz a Don Pedro*)

GUERRERO III.—¿Costó mucho atraparlos?

INDIO DE PONCHO.—Cayeron luego en la ciénaga...

GUERRERO III.—¿No les decía yo?

INDIO DE PONCHO.—Ahí los esperamos nosotros. Al viejo, fue fácil desnudarlo, porque quedó muy machucado onde cayó de la bestia. Pero el fraile ése, se defendió como un puma. ¡Güeno el cristiano en dar que hacer!

GUERRERO III.—Buen trabajo, hermano. Andate a tu ruca, que por hoy no habrá más. ¿Fue a dar cuenta tu compañero?

INDIO DE PONCHO.—Fue.

(*Exit*).

VALDIVIA (*Al Padre Pozo*).—A lo que más temo es a esta ausencia de Alonso. Estos bárbaros, sin un Jefe que los gobierne, son capaces de cualquier desaguizado...

AGUSTINILLO.—No hace mucho que lo vi, a Alonso, cuando me traían para acá. Estaba rodeado de su guardia araucana, en espera de que dieran caza a Su Merced...

PADRE POZO.—¡El muy condenado!

VALDIVIA.—El muy hábil y discreto general, queréis decir.

Lo sabía listo, a Alonso. Pero, ¡a fe mía! que no lo creí tanto...

AGUSTINILLO.—Vos, mi señor, nunca creísteis en aquello que os decían... Sois como los caciques del norte: creen sólo en lo que ven, y cuando lo ven, siempre es tarde para remediarlo...

VALDIVIA.—Agustinillo, Agustinillo: una vida no bastaría para ello, si lo que se busca es remediar la muerte.

PADRE POZO.—¡El mochacho tiene razón! Pudimos sospechar, Don Pedro; precaver. Esto pudo evitarse, de no haber confiado tanto Su Merced en sus propias fuerzas...

VALDIVIA (*Indignado, tirándole la cruz*).—¡Tomad vuestra cruz, Padre, que por agora me basta con la mía! ¿No sabéis que aquí debía esperarme el capitán Gómez de Almagro? ¿No mandé, acaso, una avanzada con Bobadilla? ¿No habéis visto cómo los hados se han dado cita en Tucapel para que todo se conjurara en mi contra?

PADRE POZO (*Con rabia sorda*).—¡Desventurado adúltero! ¿Cómo osais tratar así a la cruz de Cristo? ¡Bella Navidad nos habéis dado con esta expedición sacrílega! ¡Mirad qué idea, ésta, de venir a guerrear el día mismo en que nació el Príncipe de la Paz!...

VALDIVIA.—Hermosa... Hermosísima ocupación para un sacerdote, la de insultar a un pobre hombre atado al cadalso. ¿Sois de los de Caifás? O pretendéis ocupar el sitio del Mal Ladrón... ¿Creéis, Padre Pozo, que aquello que los hombres proponen, está siempre en su poder realizallo? ¿O, cómo es verdad, que es Dios quien gobierna los destinos? Estaba escrito, Padre, que Don Pedro de Valdivia acabara así, en los campos de Tucapel... En su "Marquesado" de Tucapel; y que todos sus afanes fueran vanidad y un correr tras el viento...

(*Angustiándose*).

Me resigno y acepto aquello que Dios me manda, porque tal es Su Voluntad. De lo que no logro consolarme es de esta espina mía; este mochacho que me ha pagado de tan cruel manera...

PADRE POZO (*Suavizado*).—¡Qué hacer, mi señor Don Pedro! Hasta el Salvador tuvo su Judas...

VALDIVIA.—¡No digáis necedades, que no ha habido traición en él! Hasta me previno con cada gesto suyo de lo que iba a ocurrir. ¡Fui yo quien no quise verlo!... O Dios, quien no permitió que lo viera.

ESCENA III

Los mismos, más Lautaro y Chillicán.

(*Llegan, Lautaro y su ayudante. Los dos visten como los caciques del segundo acto. Pero Lautaro llevará el cintillo con la pluma y un cuchillo al cinto*).

LAUTARO (*Mira de todos lados*).—¡Desatad a Agustínillo!

(*Deteniéndose delante de Valdivia. Con sincera sorpresa*).
¡En qué estado os habéis puesto, Don Pedro!

VALDIVIA.—¡En qué estado *me* has puesto, hijo!

LAUTARO.—No en el que yo deseara, capitán. Ordené que os cogiesen vivo y sin mediar desaguizado alguno.

Quizás porfiasteis más de la cuenta,...

VALDIVIA (*Colérico*).—¿Pensabas, acaso, que no me defendería? ¡Te acostumbraste a que me plegara ante tu voluntad...! ¿No querías, supongo, que hasta la vida del Gobernador de Chile te fuera entregada sin resistencia, para complacer a tus caprichos?

LAUTARO.—Vos y yo, señor... somos guerreros. No es este, asunto de caprichos. Ni de gratitud ni de afectos: es un duelo. ¿Lo habéis entendido? Un duelo; y un duelo a muerte. Pude fracasar yo en la empresa. El destino quiso que fuerais vos.

(*Sarcástico*).

¡Perdonad si no muero de pena por no haber acabado en el desastre!

AGUSTINILLO.—¡Vergüenza debía darte hablar en ese tono, Alonso; a él que fue como tu padre!

LAUTARO (*Furioso*).—¡¡¡Y quién le mandó que fuera mi padre!!!

VALDIVIA (*Paternal*).—No son cosas que se mandan, hijo. Son cosas que vienen del corazón.

LAUTARO.—Lo sé de sobra. Pero no es de corazones

que se trata aquí, sino de la suerte de mis mapuches; de la vida de los míos...

AGUSTINILLO.—¿No os decía, mi amo, que este hombre es malo?

CENTINELA (*Derribándolo de un golpe*).—¿Estás hablando del Gran Toqui, basura de promaucae?

LAUTARO (*Furioso, poniéndolo de pie y sacudiéndolo*).—¿Estás hablando de tu señor, Agustínillo; el único amo tuyo y de la tierra toda...!

(*Señalando a Valdivia*).

Este es un soldado, agora; dejó de ser Gobernador. Soy yo el amo de todo lo que existe. ¿Entiendes?

CHILLICAN (*A los guerreros*).—¡Al campamento, todos! ¡Dejadlos solos!...

(*Se van de mala gana, mirando atrás*).

LAUTARO (*Soltando bruscamente su presa, con lo que Agustínillo cae nuevamente al suelo*).—Ahora vas a saber, Agustínillo, lo que significa la traición, y cómo se paga. ¿No pudiste, tú y los tuyos, unirte a los míos para defender estos campos, estas montañas; esta sangre, que es un poco la tuya? ¿Que sois cobardes?... Entonces, ¿por qué no huisteis? ¿Era menester coger las armas, herir a los míos, alimentarte como un perro con el sobrante que te dejaba el enemigo? ¿No comprendiste, miserable, cuánta sangre y lágrima, cuánto horror trajo a los nuestros la bajeza yanacona?

AGUSTINILLO (*Levantándose y sacudiéndose*).—Si el vencido hubieras sido tú, no hablarías de esta suerte, Alonso. Si he traicionado, como dices, ¿acaso no hiciste

otro tanto, tú? Mis yanaconas se distanciaron de tus mapuches sin que mediara entre ellos amor alguno ni motivo de gratitud. Tú, en cambio, heriste por la espalda a quien no deseaba sino tu bien...

LAUTARO.—¡Mientes, canalla! Tú traicionaste para procurarte un beneficio. Yo me alejé de los españoles, despreciando mi comodidad y su afecto, para así salvar a los míos. ¡Cómo te atreves a comparar ambas cosas! Yo fui un hijo que hizo sangrar, a pesar suyo, el corazón de un padre, para así poder enjugar las lágrimas de sus hermanos...

Pero... ¡qué puede entender de estas cosas un promaucae! ¡Ellos que dejan a sus mujeres, gozosamente, prostituirse a los españoles!

AGUSTINILLO.—Los campos están llenos de tus mestizos, nacidos de españoles...

¡Qué me vienes a contar a mí de lo que he visto con estos ojos!

LAUTARO.—Lo que viestè son los mestizos nacidos de las cautivas españolas que les llevamos en los malones. Mujeres blancas, que se quedan con nosotros las más de las veces, y que huyen cuando son rescatadas, para no unirse a sus torpes godos...

En cambio, los yanaconas os sentís felices pensando en que ya no sois indios, y pretendéis haceros los españoles con esas caras morenas y embrutecidas; pálidas de pura envidia; estragadas, de puro viciosas... ¡Estáis creando así un pueblo nuevo, que será hijo de la traición y la lujuria! Aquel otro pueblo nacido de las cautivas españolas, en vez, ¡sigue siendo mapuche!

AGUSTINILLO (*Compasivo*).—¡Siempre te creiste más de lo que eres, Alonso!...

LAUTARO.—¡Ah, si estuviera en mi poder acabar con estos indios que no se creen tales, para que toda la tierra de Chile fuera araucana! ¡Cuánto más limpia sería!

Pero... ¡vive el Pillán! que lucharé hasta que así sea; que ni españoles quiero, ni soportaré más yanaconas en una tierra varonil, que mereció recibir solamente hombres...

AGUSTINILLO.—Siempre fuiste un engreído, Alonso...

LAUTARO (*Fuera de sí*).—¡Alonso!... Alonso... ¡Todavía, Alonso! ¡Juro por mi vida, que jamás ese nombre volverá a salir de tus labios!

(*A Chillicán*).

¡Llévatelo, Chillicán! Ya sabes lo que hay que hacer con él...

CHILLICAN.—¿Admapu?

LAUTARO (*Con supremo desprecio*).—De qué serviría el corazón de un cobarde... Házlo descuartizar.

AGUSTINILLO (*Retrocediendo empavorecido*).—No... No... No puede ser... Te daré oro, Lautaro. Aquí, en los fardos... Yo sé... Yo sé mucho también... Cosas que te interesan y que tú ignoras... O, mejor: dame tu cuchillo... ¿quieres que mate aquí mismo al perro huinca?

(*Valdivia se vuelve y lo mira*).

(*Lautaro repite la orden con un gesto. Chillicán avan-*

za, pero el otro escapa por la derecha. Al poco, un grito, y Agustinillo regresa entre dos guerreros).

LAUTARO (*Impaciente*).—¡Llévadle pronto! ¡Basta de tanta grita mujeril!

VALDIVIA.—Perdónalo, Lautaro. Tratemos de su rescate. Esta es una muerte inútil; una muerte indigna de ser ordenada por un Gran Toqui...

LAUTARO.—Capitán; no es asunto vuestro, sino mío. (*A los guerreros*).

¡Llévadle, he dicho!... Aunque... ¡esperad un momento! Es preciso sacarle esta celada a Don Pedro y sólo él sabe hacerlo.

(*A Agustinillo*).

Desátale la celada.

AGUSTINILLO.—Lo haré... si me perdonas la vida.

LAUTARO (*Burlesco*).—Te la perdono.

(*Va y la desata con mano trémula por lo que tarda bastante*).

AGUSTINILLO.—Ya está hecho. Cumple ahora con tu palabra.

LAUTARO.—¿La habrías cumplido, tú? ¿La habrían cumplido los tuyos... pueblo sin honra ni palabra?

(*A los guerreros, enérgico*).

¡¡Haced de una vez lo que os he dicho!!

(*Sale tras ellos con Chillicán*).

VALDIVIA.—¡Pobre... pobre mochacho!

(*Se oye un grito horrible, animal, y voces lejanas que dicen: "tira fuerte. Así, no. Por acá... ¡más fuerte!" Un bramido. Silencio*).

PADRE POZO (*Cae de rodillas*).—*Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace...*

ESCENA IV

Valdivia, Padre Pozo. Después, Lautaro.

VALDIVIA (*Pasado el primer momento de estupor*).—
O no conozco a los indios o este es mal presagio para el rescate.

PADRE POZO.—¡El bárbaro está salido de madre!

VALDIVIA.—Lo ciega el triunfo. ¡Ah, si Gómez de Almagro hubiera obedecido mis órdenes! ¿Dónde estará agora? ¿De dónde nos vendrá el socorro?

PADRE POZO.—De vos, Don Pedro, y de la maña que os déis para traer a mejores sentimientos al mozo. El mochacho es sensible a vuestro afecto... y es vanidoso también. Así, apoyando tan pronto en lo uno como en lo otro..., quizás cederá a la codicia... O al cariño... O a los dos conjuntamente. Porque no es mala cosa la nobleza de los sentimientos cuando la bolsa está bien provista...

VALDIVIA.—Así es, Padre. Se diría que lo sabéis de sobra.

PADRE POZO (*Cínico*).—Las luces de la razón, mi señor Gobernador, tórnense más vivas cuando la sinrazón podría acabar con ellas.

Porque fácil cosa os será entender que si en esta es-

túpida aventura hemos de hallar nuestro fin, ya podemos despedirnos de la cristianización de estos pueblos; y vos, de todo lo comido y bebido en esta conquista.

VALDIVIA.—Duro es aceptarlo, pero es tal como decís, Padre. Otros, quizás, acabarán por pacificar la tierra, crearán un reino, y de él nacerá un pueblo. Pero ya no estaré en medio de él . . . ni será forjado a hechura mía, sino a la usanza de los Sancho de Hoz u otros malandrines . . . Un Chile, que sólo habrá sido mío el tiempo que yo aliente, y que desde mi muerte adelante será cualquier cosa, menos aquello que tuve en mente al parirlo. Me olvidará y no tardará en creerse nacido de su propia médula . . .

Tenéis razón, Padre. ¡A fe mía, que será menester que no muera! . . ., así me cueste la deshonra o el mismo infierno.

(Por el fondo regresa Lautaro, jugando con el pie y una piedrecilla).

PADRE POZO (*Zalamero, poniendo en práctica su plan*).—¿Habéis hecho justicia, Gran Toqui? ¡Vive Dios que la habéis hecho bien! El yanaconcilla aquel era un perro mal nacido, que no merecía mejor destino que el que le cupo. ¡Mirad, que haberos pedido un cuchillo para acabar con los días del señor Gobernador!

LAUTARO (*Sinceramente sorprendido*).—Lo pidió . . . aconsejado por la angustia.

Si tomáramos a pecho todo lo que los hombres dicen y hacen, cuando en ello les va la vida, ¡nadie merecería vivir!

Y vos, menos que nadie, Padre Pozo.

(Sentándose en un fardo. Con toda calma).

Mirad vuestro caso... así, serenamente. Como lo veo yo; como lo vería cualquier hombre honrado; quizás, como alguna vez lo habéis pensado vos mismo en algún raro momento de sinceridad: sois un fraile, Padre Pozo; un siervo de Dios; de un Dios... inmenso, dueño de cuanto existe, comenzando por su criatura... Vos, sois el sirviente, el instrumento de ese Dios. Y como retribución a lo que El os da y a lo que os pide, venís a estas tierras a bendecir las armas de quienes torturan a mis pobres inocentes. Usurpáis, primero, el nombre del Altísimo, y luego, por vuestras obras y doctrinas, os hacéis el calumniador del Eterno...

(Excitándose).

Y esto..., supongo..., para que todos los hombres crean que ese Dios que predicáis y mostráis con el ejemplo de vuestra infamia; ese Dios que es todo delicadeza y comprensión, sea confundido con el de este impostor carnal, que sois vos, ¡todo astucia y prepotencia!

Y así lo habéis estado haciendo desde el comienzo, Padre; sin angustia, sin premura; consciente o inconscientemente: no importa.

(Con amable cortesanía).

Pues bien: aquí tenéis los frutos a la vista. Vos los sembrasteis; vos los cosecharéis. ¡Tomadlos, puesto que tanto os agradan!

(Golpea las manos y aparecen dos guerreros).

¡¡Llevalo!!

PADRE POZO.—No..., ¡Don Pedro! Decidle que no es posible... Con estos hábitos... Sería un sacrilegio.

LAUTARO.—Si de algo os sirven vuestros hábitos, que sea para respetarlos.

PADRE POZO (*Echándose a sus pies*).—¡Pedidme lo que queráis!... Todo os daré..., en todo obedeceré... Seré vuestro esclavo.. Pero no..., no... por lo más santo... ¡No me quitéis la vida!

LAUTARO (*Calmadamente*).—¡Es extraordinario cómo estos blancos aman la propia vida y el poco empeño que ponen en respetar la ajena!

(*Cambiando de tono*).

No necesito de vuestros servicios ni de vuestros dones, Padre Pozo. Id, mejor, a recibir vuestra "corona de gloria". Para eso la habéis predicado durante una vida entera... Tenéis un oficio que se nutre del pecado y de la muerte. ¡Ejercedlo ahora con la maestría que merece!

PADRE POZO (*Resignado*).—Te perdono, Lautaro. Que Dios tenga piedad de mi alma.

LAUTARO.—Nunca es tarde para decir algo razonable.

(*Se lo llevan sin resistencia. Al poco se oye un golpe de mazo y un "¡Oh!", como un eructo, o como el de un marino*).

(*Lautaro, encogiéndose de hombros*):

¡Se acabó Su Reverencia!

¡Hm! Y no faltará quien diga que fue castigado injustamente; o que recibió "la palma del martirio", como me explicaba Guacolda... ¡Fue suprimido, simplemente!

¡No servía! ¡Nadie es castigado!, ¿para qué?

(A Valdivia, picaresco).

¡No creáis que vuestra sirvienta cristiana ha permanecido muda! ¡No! Me ha explicado muchas cosas tocantes a vuestra extraña doctrina. Me habló del grano que va al granero, y de la paja, que es echada al fuego. ¿Acaso es "castigada", la paja, porque se la tira a las llamas? No; no sirve; eso es todo...

VALDIVIA.—¡Nunca creí que tu alma escondiera tal perfidia!

LAUTARO.—No comencéis vos también con la misma historia, Don Pedro. Mirad que yo creo a pie juntillas que vos servís... Y es atendiendo a ello que os voy a dejar con vida.

VALDIVIA.—¡Eres cruel, más allá de toda crueldad!

LAUTARO.—¿Habéis agonizado alguna vez para estar tan seguro de que la muerte es cruel?

Sabed, mi señor Don Pedro, que es casi una recompensa. La vida, sí, que suele ser cruel...

Cuando hicisteis cortar las manos a mis indios, *los que durante una existencia quedarán inválidos*, ahí sí que hubo crueldad e inútil maldad. Cuando asolasteis los campos, y nuestros niños murieron de hambre, y muchos padres se comieron al propio fruto de sus entrañas...; cuando por encima de esto, trajistéis misioneros apoyados por las armas, para predicarnos un dios sediento de sangre y sacrificio; cuando os apropiasteis de un mochacho indígena, alejándolo de su familia, de sus amados bos-

ques, de la libertad que Dios le diera en el lugar donde lo criara, ahí sí que hubo crueldad.

La hubo mayor en este caso, porque supisteis despertar en él el sentimiento que, en los jóvenes, se exhala de sus almas como el perfume, de sus cuerpos. Lo pusisteis en guerra consigo mismo, obligándolo a la traición, que es la suprema mancha para el honor de un valiente. Le fingisteis un cariño que no podía ser, sino en vuestra religión. Porque no es posible amar el espíritu y matar el cuerpo. No se puede acabar con la sangre y la carne, como lo quiere vuestro dios absurdo. No era posible que amarais mi alma y destruiráis el cuerpo de los míos, que es mi propia carne y mi propia sangre. ¡Esto, sí, que fue una horrible crueldad!

VALDIVIA.—Eres extraño, hijo. Vemos las cosas de manera diferente. Eso es todo.

LAUTARO.—Podríamos verlas de igual manera, si vuestras creencias no hubieran establecido un pacto con el engaño que os hacéis a vosotros mismos. Véis claramente los absurdos de vuestro obrar, y seguís no obstante mostrando el más descomunal desprecio hacia todo lo natural y razonable. Os creéis los emisarios de un poder que sólo en vuestra fe radica, sin querer ver que sois un perpetuo ultraje contra el Dios en el cual confían todos los hombres...

VALDIVIA.—¡Blasfemo!

(Lautaro toma un cantarillo que está en el suelo y lo llena con el agua de un odre que está entre los bultos. Lo acerca a los labios de Valdivia).

LAUTARO.—Bebed, Don Pedro. Sé que estáis sediento de una sed que va más allá del agua. Esta última palabra ha debido quemaros los labios...

(Valdivia bebe ansiosamente).

VALDIVIA *(Dando un suspiro)*.—¡Ah, esta carne débil que nos lleva a mudar de espíritu, con sólo recibir el cuerpo lo que ha menester!

LAUTARO.—¡Dejaos de carnes y de espíritus, Don Pedro!, que no es el agua la que os ha esclarecido la mente. Es porque estáis solo, y ya no hay ningún español en torno a vos. ¡Ya podéis exclamar como vuestro Cristo: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"...

¡Nadie os ha abandonado, Don Pedro, y menos, Dios! Sois vos que os abandonasteis al parecer y a las doctrinas que os predicaban, sin querer ver lo que Dios os ponía delante. Por esto digo y repito que os perdonaré la vida. Porque aún servís para algo...

ESCENA V

Los mismos, más Colo-Colo, Purén, Tomé y Tralcahuano.

(Llegan sorpresivamente por el lado derecho, acompañados de algunos guerreros. Tralcahuano se muestra visiblemente beodo).

COLO-COLO.—¡Quién ha hablado aquí de perdonar la vida al gran culpable!

LAUTARO (*Como si lo hubiera picado una avispa*).—
—¡Yo, el Gran Toqui de Arauco! ¿Acaso has olvidado
quién soy, venerable cacique?

COLO-COLO.—Eres nuestro Jefe Militar, Halcón-Li-
gero; pero la justicia de las grandes causas corresponde
al Consejo Supremo del Mapu...

PUREN.—El Jefe huinca será juzgado por nosotros.

TRALCAHUANO (*Con voz de ebrio*).—Y nadie...
¿oís?... , nadie... Bueno, ¿qué estaba diciendo?... ¡Ah:
los caciques...!

LAUTARO (*Con desaliento*).—Sea; acato la costum-
bre. Pero, como Gran Toqui, castigaré con la muerte a
quien ponga la mano sobre este prisionero antes de la
puesta del sol.

COLO-COLO.—Sea como dices.

PUREN (*Avanzando hacia Valdivia*).—Tendrás que
responder ahora, soldado Valdivia, de cuánto daño nos
hiciste. Ha llegado la hora de las cuentas.

TRALCAHUANO.—Primero..., y antes que otra
cosa..., has de decirnos qué hacías más acá del Bio-
Bío... ¿Ah?... Por qué cruzaste la frontera araucana,
viejo desalmado; viejo....

(*Hace un gesto de ebrio, buscando la palabra, y termi-
na por no decir nada*).

TOME.—Respóndenos, Valdivia. Recuerda que tú nos
atacaste sin provocación de nuestra parte; sin que en na-
da hubiéramos dañado a tu gente. Dí, ¿por qué lo hi-
ciste?

VALDIVIA.—¡De cosa alguna he de daros cuenta, gandules... Bárbaros ebrios, sin discreción ni seso!

LAUTARO.—Don Pedro... Ya os he dicho lo que pienso hacer de vos. Ayudadme, para que así me sea fácil y conforme a nuestros deseos...

VALDIVIA.—Soy el Gobernador de este reino y no he de responder a una hueste rebelde e ignorante!

COLO-COLO.—Fue el propio Halcón-Ligero, nuestro Gran Toqui, quien nos pidió antes de la batalla que te diéramos esta oportunidad para defenderte. Tu desprecio podría agotar la paciencia de estos caciques...

LAUTARO.—No olvidéis, señor, que ya no sois Gobernador sino soldado; un guerrero valiente, que ningún araucano osaría sacrificar así, sin haberle oído.

COLO-COLO.—Por esto, Valdivia, te repito: ¿Qué viniste a hacer en nuestras tierras?

VALDIVIA.—¡Todo esto me parece una necedad y una sinrazón sin nombre! Pues bien, si queréis saber por qué crucé la frontera..., pues..., ¡la crucé porque me dio la gana!

TRALCAHUANO (*Dando una palmada en el rostro a Valdivia*).—Anciano serás, pero no eres un anciano de Arauco. Respeta las canas de este venerable cacique.

LAUTARO (*Acudiendo a contenerlo*).—No hagas eso, Tralcahuano. Don Pedro es... Don Pedro. Dale tiempo para que se acomode a su nueva situación.

(*A Valdivia*).

Procurad responder, señor.

VALDIVIA.—Pues ya que deseáis conocer la causa

de por qué estoy en vuestras tierras, saber que mi Rey y señor, el Emperador Don Carlos, por Real Cédula, me otorgó la conquista y el gobierno de estos reinos.

PUREN (*A los caciques*).—¿Qué quiere decirnos con eso?

LAUTARO.—Os explica, caciques, de dónde viene su poder y los derechos que cree tener...

(*Desesperado, a Don Pedro*).

Señor..., ¡ellos no entienden de estas cosas! Decidlas en otra forma. ¡Qué van a saber ellos de reyes, emperadores y cédulas! Somos gente sencilla...

COLO-COLO.—No... Te equivocas, Gran Toqui. Somos sencillos, es cierto; somos pobres, no tenemos armaduras ni caballos..., pero no somos necios.

(*A Valdivia*).

Veamos..., y tratemos de que algo salga de tus labios...; algo que se entienda. Hombres somos todos, y lo que un hombre dice, otro lo habrá de entender, ¿no es así? Dime, pues, cómo ese tal rey o emperador pudo entregarte y darte derechos sobre lo que él mismo nunca viera ni jamás poseyera...

VALDIVIA (*Cansado*).—Para qué explicártelo, si tampoco entenderías lo que quiero significar con ello...

LAUTARO.—¡Una vez más, señor, os suplico!...

VALDIVIA.—Bueno, allá va: Su Santidad, el Papa de Roma, Vicario de Dios en la tierra, por medio de un tratado, firmado en Tordesillas...

TRALCAHUANO.—¿Un "tratado"? ¡Obra de demonios parece este lenguaje!

PUREN.—Calla y escucha.

VALDIVIA.—... por este tratado, digo, Su Santidad el Papa dividió en dos estas tierras de América...

(Lautaro se pasea, impaciente).

... y entregó a España la parte que agora ocupa. Una quedó para los portugueses; otra para los españoles.

(Los caciques miran distraídamente la copa de los árboles).

... aquello ocurrió en el año de gracia de 1494, dos años después del Descubrimiento...

LAUTARO.—Dejad eso; qué más da...

COLO-COLO.—¡No!..., no lo dejemos, que da para mucho.

Escucha, Valdivia: ese Papa de que nos hablas, y al que nunca oímos mentar, dices que es el representante del Pillán en la tierra. Está bien. ¿Por qué no? Hasta podría ser verdad; que no por ignorar algo, hay motivo suficiente para que la cosa no exista..., o para que declaremos mentiroso a quien pretende sostenerla.

Pero si lo que has dicho fuera verdad, soldado Valdivia, habría un Dios para los españoles y otro para los mapuches. Uno, que se ocupa solamente de los blancos y les obsequia tierras por medio de su Papa, despojando a los araucanos, y otro Dios que nos crió a todos, que nos ayuda cada día con su protección; a nosotros, y a todos los seres vivos que pululan sobre la tierra..., incluyéndote a ti, soldado Valdivia.

(Mira a los caciques y sonríe).

¡No, Don Pedro!: Dios es UNO, y tu historia no tie-

ne atadero. ¡Es una mentira vil, y su castigo es la muerte!

VALDIVIA.—Por esto os digo: no perdamos el tiempo inútilmente.

TOME.—Disponemos de una vida entera para averiguar lo que nos conviene. Allá tú si pierdes tu tiempo. Nosotros no hacemos sino ganarlo...

LAUTARO.—Pero..., trata de comprender, Tomé, que este hombre no es como nosotros.

TRALCAHUANO.—Eso es lo que cree él...

LAUTARO.—Sus ideas son diferentes; sus creencias, también. Puede que haya venido aquí obedeciendo órdenes; mandatos de otro, quizás más poderoso.

COLO-COLO.—El, o el otro..., lo mismo da para el asunto que nos ocupa.

(A Valdivia).

Por eso te pregunto ahora: ¿con qué propósito sometiste a un trabajo forzado, allá en tus minas de Quilacoya, a unos hombres libres que en nada habían dañado tu hacienda?

VALDIVIA.—¡Tú no entiendes de estas cosas!: es la ley de la guerra. Os habéis opuesto al Rey y violado sus leyes y decretos. ¿Volverás a preguntarme qué Rey es aquél? ¿Y en nombre de qué cosa os hizo trabajar? Y así para cada pregunta... ¡Será cosa de nunca acabar!

COLO-COLO.—Podrás decirme, al menos, por qué no quisiste ocupar a nuestra gente en algo provechoso: herrar tus caballos, sembrar el maíz, arar la tierra, en vez de hacerlos penar en las minas de oro. Sabes muy bien que el oro no sirve para nada. ¿Por qué cortaste manos y

arrancaste orejas para procurártelo? El oro es blando; no se presta para hacer un arma: no resiste al golpe...

(Poniendo ceño).

¿O acaso lo sacaste de la tierra solamente para hacernos sufrir en una tarea agobiante e inútil?

VALDIVIA.—El oro, ¡estúpidos! es un metal precioso y raro. Sirve para trocarlo por todos los objetos que nos robáis. Quien lo posee es dueño del mundo...

LAUTARO.—No sigas, Colo-Colo; Valdivia ha dejado de responder dentro de la razón. No parece estar en su sano juicio, y como tal, no podemos saber si es culpable...

VALDIVIA.—¡Sois ciegos! ¡Ciegos!... El oro vale más que todo, ¡baturros! Con él podéis comprar hasta mis propios soldados y todo lo que ellos poseen. Yo tengo el secreto del oro y os lo confiaré si me dejáis en libertad. Además... saldré de esta tierra y volveré a España: os lo prometo por mi honor de soldado. Tendréis cañones para dominar a vuestros vecinos y conquistar la tierra toda de Chili. Tendréis joyas, muebles, armaduras, ¡ciudades!... Todo os entregaré a trueque de mi vida... Porque si llego a perderla...

COLO-COLO.—... tendremos todo esto igualmente y sin el peligro que habría, para nosotros, de creer en tu palabra.

VALDIVIA.—Soy un caballero, venerable cacique.

COLO-COLO.—Si lo fueras de verdad, no estarías ofreciéndonos lo que dices.

LAUTARO.—¿Es posible, mi amo? ¡Vos, proponiénd-

donos estas cosas! ¡Qué vergüenza! ¡Tú, el Gran Capitán, temiéndole también a la muerte!... Tú, el guerrero sin tacha, que tanto admiraba.

VALDIVIA (*Inclinando la cabeza, después de un largo silencio*).—Los hombres, hijo..., somos hombres. Nada más que hombres. Si hemos de amar a otro solamente porque le admiramos, mejor haríamos en renunciar de una vez a los afectos, ya que nadie es de admirar, como no sea Dios... Dios, Nuestro Padre Celestial, a quien encomiendo a estas horas mi alma, rogándole por este pobre hombre que soy, preñado de culpas y malicia. ¡Nunca ames a alguien porque le admiras, Lautaro, hijo mío! Ama, solamente... porque amas. Y porque así también, plagados de defectos y pecados, nos amó Dios. Recuerda que, conociéndote como te conozco, mi cariño por ti jamás desmayó. Por esto te ruego ahora que cubras mi vergüenza con el afecto que tú también me profesas: no soy más. Pero he sido sincero contigo. Para bien o para mal, te he amado como se ama a un hijo. De esto... puedes estar seguro.

(*Vuelve el rostro. Lautaro oculta el suyo entre las manos. No ve, pues, cómo Tralcahuano, con paso de ebrio, se acerca a Valdivia y le da con la porra en la cabeza*)

TRALCAHUANO.—¡Basta de tanta palabrería!

(*Al ruido del golpe, Lautaro acude, pero demasiado tarde. El cuerpo de Valdivia pende exánime de sus ataduras. En una decisión rápida, Lautaro se lanza sobre Tralcahuano y le clava el cuchillo que lleva al cinto. El otro cae como una piedra*).

LAUTARO.—¡Me has hecho morir dos veces!

COLO-COLO.—Aún no se ha puesto el sol. Has procedido conforme a tu derecho, Gran Toqui, y has borrado una vergüenza para Arauco. Valdivia fue un gran guerrero, a pesar de todo, y un gran valiente. Cumpliremos en él con el rito del Admapu, antes de que su sangre se hiele. Así su valor se sumará al nuestro.

LAUTARO (*Horrorizado*).—Por lo que más quieras... ¡Líbrame de esto!

COLO-COLO.—Tú darás el ejemplo, Gran Toqui. Para eso te hemos elegido.

LAUTARO.—¿Es lícito hacerlo con el propio padre?

COLO-COLO.—Sí. Siempre que no sea un padre de la sangre; que el otro haya sido valeroso y, al propio tiempo, enemigo de tu raza. Gran Toqui: aquí tienes la concha de almeja...

(Se la entrega. Lautaro se pone rígido y digno. Chillicán le trae el poncho militar y le coloca la pluma en la cabeza. Con semblante impasible, se dirige hacia el pecho de Valdivia y da varios cortes con la concha. Hace el ademán de hundir la mano por el plexo hacia arriba, subiéndola hasta el pecho, donde arranca y corta algo. Se ruelve y muestra el corazón sangrante al Consejo. Lo muerde y lo entrega a Colo-Colo, el cual repite el gesto y lo hace circular entre todos. Terminada la ceremonia, se van retirando lentamente por el fondo, en silencio. Lautaro queda solo en medio del escenario. Se limpia la boca con horror. Se acerca al cadáver de Valdivia, lo mira lar-

gamente. Luego se sienta con lentitud al pie del tronco y rompe en sollozos).

LAUTARO.—Mi amo, mi amito..., tú sabes... Tú sigues sabiéndolo, ¿verdad?, que yo te admiraba. Que te amaba, más que a mi propio padre...

(Esconde la cabeza bajo el brazo).

CHILLICAN *(Llegando por el fondo)*.—Levtraro, señor mío: tu ayudante Chillicán olvidará que sorprendió al Gran Toqui de Arauco llorando como una mujerzuela.

(Lo alza y se aleja con él, abrazado por la espalda).

Lo olvidará una vez.

(Severo).

Sólo una.

TELON

QUINTO ACTO

PETEROA

Peteroa. Un cerro abrupto a la derecha. Al fondo, la cordillera nevada. Un escenario de diversos planos, con sus "terrazas" que suben irregularmente hacia el fondo y hacia la derecha.

A la izquierda, las empalizadas de una fortificación de campaña. A la derecha, a cierta altura, una tienda cónica en cuero de vacuno, con la pelambre a la vista. Junto a la entrada (abierta hacia la izquierda), y a cierta distancia conveniente, una lanza araucana con una bandera pequeña al extremo. Será azul, cuadrada, con una estrella blanca al centro.

Los diversos planos o terrazas estarán disimulados por una vegetación de matorral. Ningún indicio de la selva araucana de otros escenarios.

Casi al centro, un poco a la derecha y en primer plano,

un pequeño matorral de espinos, de una altura suficiente para servir de fondo a una pareja sentada.

En la terraza de la tienda cónica, delante de ella, habrá un fuego encendido, con una olla de hierro encima. Algunos maderos servirán de asiento en torno.

Al levantarse el telón estará casi entrada la noche. La cordillera mantendrá las últimas reservas de luz del día, que se irá esfumando y reemplazando por una discreta luz azul, y luego por un claro de luna que alcanzará hasta el matorral del primer plano.

Han transcurrido cuatro años desde la muerte de Valdivia. Estamos en abril de 1557.

Frente a la tienda, y junto al fuego, hilando en un huso de mano; vestida a la usanza araucana, pero sin joyas, como no sea el TAPÚ que sostiene su CHAMAL, estará Guacolda pensativa. Ya no conserva la juventud esplendorosa de otros tiempos. Se la ve algo madura y como cansada. Permanecerá silenciosa, mientras desde el fondo se oirán voces espaciadas. Uno que otro guerrero araucano cruzará la escena.

CHILLICAN.

GUACOLDA.

LAUTARO.

UN CENTINELA.

DOS GUERREROS ARAUCANOS.

SOLDADOS ESPAÑOLES.

ESCENA I

Chillicán, Guacolda, guerreros que pasan.

VOCES.—¡Centinela... alerta!

—¡Alerta!

—¡Tráete un leño para reforzar esta empalizada!

—¿Estaría bueno éste?

—No; es muy largo.

—Por no dejar, tanto alboroto, si no hay ni un huinca en estos peladeros...

(Quien dijo estas palabras, cruza por la escena con el leño y se pierde por el lado de la empalizada. Al poco pasa Chillicán. Al ver a Guacolda, se detiene y se le acerca).

CHILLICAN.—¿No te cansas de tanto hilar, Guacolda?

GUACOLDA.—¿Se cansan los meses de ir hilando sus días?

CHILLICAN *(Después de una pausa)*.—Algo te ocurre, Guacolda; te veo triste, decaída... O... quizás, ¿simplemente enamorada?

GUACOLDA *(Riendo tristemente)*.—¡Enamorada!... Pero..., ¿cuándo no lo estuve, hombre? ¡Tamaña novedad! Cuatro años que llevo junto al cuerpo de Levtraro (como esposa, ahora). En ellos aprendí a conocer a este hombre, y créeme que cada día lo amo más...

CHILLICAN.—Yo le amo cada día menos...

GUACOLDA.—¡Chillicán!

CHILLICAN.—Entiéndeme, mujer: tú sabes que él es el amigo de mi alma, mi otro "yo"; mi *digüeñe*... Mi fidelidad hacia él va más lejos que el vivir y el morir. Pero... soy un adolescente, hermana; un adolescente que se hizo hombre...

GUACOLDA.—Los hombres ¿cesan alguna vez de ser adolescentes?

CHILLICAN.—Tú sabes que por él tuve..., que sentí... lo que todo muchacho siente por otro que lo conquista para la aventura, para el ideal..., para una causa noble en que el amigo hace el papel de un dios. Le seguí ciego, sin ver otra cosa que su mirada, donde se reflejaba mi juventud como en un espejo de fuego... Lo sabía íntegro, valiente, amante de su pueblo...

GUACOLDA.—¿Te parece poco lo que Levtraro ha hecho por su pueblo? ¿Podrías señalarme a un cacique que haya sido capaz de unir al Mapu y conducirlo de victoria en victoria sobre Tucapel, Purén, Arauco, La Imperial, Los Confines, Concepción? ¿Conoces a otro? ¡No hubo ciudad ni Fuerte que él no dejara convertido en un montón de ruinas humeantes! ¡El fuego de los incendios hizo palidecer al sol! Y ahora, aquí, desde este campamento de Peteroa, avanzaremos a marchas forzadas sobre Santiago, donde caeremos como el rayo que ilumina el horizonte de un extremo al otro... .

CHILLICAN.—¿Lo crees, tú?

GUACOLDA (*Bajando la cabeza*).—No.

CHILLICAN.—¿Y comprendes por qué?

(Guacolda asiente con la cabeza).

¡Ha ido muy lejos, mi digüñe! ¡Ya no es el de otros tiempos! No sólo las emprende contra el español, sino que se encarniza contra sus propios indios... .

GUACOLDA.—Ningún araucano puede tener quejas contra Levtraro... como no sea los que le envidian: es él, ahora, el Padre de Arauco, desde que murió Colo-Colo. ¡Y esto no lo pueden soportar!

CHILLICAN.—¡Claro que su guardia araucana está satisfecha!: son sus favoritos. ¡Demasiado contenta está!... Como que se lo pasan en borracheras y reyertas, disputándose los trofeos españoles... ¡Pero hay los demás, Guacolda! ¡El ejército entero! ¡Los promaucaes! Todos estos yanaconas de mala gana, que hemos venido reclutando desde el Bio-Bío al norte...

GUACOLDA.—Sabes que no son gente de fiar. ¿Habría otro modo de convencerlos, como no sea por el terror y el castigo?

CHILLICAN.—Sí... Pero quien es convencido contra su voluntad, engaña, pues no ha mudado de parecer.

GUACOLDA.—¡Ah, Chillicán!..., si las mujeres pudiéramos razonar así, ¡cuánto desengaño nos pasaría de largo!... Si pudiéramos pensar como tú, mirando los hechos cara a cara... Has dicho la verdad. Yo estoy también entre las que siguen pensando del mismo modo. ¡Pero lo amo tanto!

(Soñadora, dejando de hilar).

De noche, escondida entre sus brazos, me aniega de confianza con sus caricias, y el calor que emana de su cuerpo hace que se me funda la angustia. Es sólo al atardecer, en esta hora calma en que comienzan a subir las sombras, cuando me renacen los temores... ¡Ah, por qué viniste a despertármelos! ¡Harto trabajo me doy calmando sus pesares cuando le da por torturarse y torturarme con sus remordimientos...!

CHILLICAN.—¿Quieres decirme que se arrepiente de las horribles torturas que inflige a los yanaconas?

GUACOLDA.—No...; es por Valdivia.

CHILLICAN.—¿Todavía esa vieja historia?

GUACOLDA.—Sí... Es cierto que en aquel tiempo me indigné por la muerte del huinca y recuerdo que hasta cubrí de reproches al Gran Toqui...

¡En mala hora! Hoy pienso que obró bien y que el perro aquél, de no haber muerto en otras manos, ¡estas habrían estado prontas para acabar con la vida del ladrón!

CHILLICAN.—¿Ladrón?

GUACOLDA.—Sí..., de corazones. ¡No sé con qué embrujo enredó al alma de Levtraro! Cuando más feliz se halla en mis brazos, siento de pronto que se le huela la pasión, que se aleja...; que se me va muy lejos...

Es entonces cuando parece olvidar que soy mujer... Que soy "su" mujer, y se da a revolver la vieja herida. Me repite, una y mil veces, las últimas palabras de Valdivia, su ternura, su valor, su paciencia... Y me habla también de Dios... De aquel Dios de los huincas, en

quien creí en otros tiempos, cuando mi carne estaba fría, y Levtraro no la había unido a la suya...

(*Cínica*).

¡Estoy para dioses y para vírgenes, ahora! ¡Ah, el odiado huinca, poderoso todavía, con su cabello blanco, sus frailes y su heroísmo!

(*Angustiada*).

¡El amor, Chillicán, necesitaría de un mundo aparte, dónde sólo pudiera existir el amor!

CHILLICAN.—O un mundo en que sólo existiera la amistad... y las mujeres, para que nos dieran hijos.

GUACOLDA.—¡Extraño y repugnante mundo sería aquél!

CHILLICAN.—No más absurdo que el que tú pretendes. La amistad, Guacolda, va unida a la acción, a la lealtad, al triunfo. Tu amor es todo ceguera, temor, egoísmo para no perder al ser amado; para no renunciar a los propios placeres...

GUACOLDA.—¿Querías, acaso, que me privara de Levtraro para asegurarnos una victoria más?

CHILLICAN.—Tú misma dijiste que habrías deseado pensar como nosotros, mirando los hechos cara a cara...

GUACOLDA.—Sí..., porque no puedo hacer otra cosa como no sea temer... y protegerlo. ¡Lo veo tan débil ahora!

CHILLICAN.—Yo lo veo demasiado fuerte: se cree el amo del mundo. Entretanto, estos yanaconas, a fuerza de sufrir ultrajes...

GUACOLDA.—Así es. Empezamos a entendernos, Chi-

llicán. Sólo que tú... piensas sobre todo en la suerte de los mapuches.

CHILLICAN.—Y tú... en la seguridad de tu hombre.

GUACOLDA.—Puede que así sea. Es el instinto de la hembra, Chillicán. Sin ese instinto, ¿podría subsistir el Mapu? Si la vida de Levtraro hubiera de acabar hoy mismo, ¿habría un mañana para el pueblo araucano?

CHILLICAN.—Los hombres pasan... y los pueblos siguen.

GUACOLDA (*Alzándose, sombría*).—¡Cómo habrían de seguir, si este vientre quedara infecundo!

ESCENA II

Los mismos, más Lautaro.

(*Por la derecha llega Lautaro. Su actitud es voluntariosa y malhumorada. Viste como guerrero araucano, pero sobre el peto de cuero lleva una coraza española, una espada, y viene tocado con un casco*).

LAUTARO.—¡Chillicán! ¡No oigo el "alerta"! ¿Dónde están los centinelas? ¿Qué hacen? ¿Qué haces tú mismo ahí, conversando con fámulas?

CHILLICAN.—¿Qué hago?... Vivo... Pienso. Porque, buena será la guerra para así poder vencer y tener el derecho de vivir. ¿Pero si hemos de ponernos al margen de la vida con el solo fin de guerrear...? ¿para qué querríamos la existencia?

LAUTARO.—Para ser hombres. Para ser... algo que ya parece tener olvidado de tanto frecuentar mujeres...

(*Chillicán se alza, lo mira, va a decir algo, pero se retira bruscamente*).

GUACOLDA (*Después de una pausa*).—Eres injusto. Este muchacho sólo desea tu bien.

LAUTARO (*Paseándose impaciente*).—Sí..., conozco la cantilena: todos desean mi bien. Lo desean tanto, que me tienen aquí, atado de pies y manos. ¡Una guerra a empujones, esta!... Un día se combate..., una semana..., un mes. Después ¡el desbande!: cada cual a su ruca. O vienen las enfermedades, y me llenan el campamento de Machis y de sus adeptos... ¿Recuerdas aquel chavalongo que nos tuvo un año tendidos en los cueros?

GUACOLDA.—¡No puedes culpar a la gente de estar enferma, Levtraro!

LAUTARO.—Sólo sé que ahora marchamos sobre Santiago; que la ocasión es única y no volverá a repetirse... Pero, ¡tú lo has visto!: los centinelas se duermen; mi ayudante descubre a estas alturas que más vale vivir que guerrear; y tú, luz de mis ojos, te empeñas en desear mi bien, como dices...

(*Entre dientes*).

Si una mujer nos desea el bien, es porque aquello le resulta útil para que nada venga a perturbar su tranquilidad...

GUACOLDA.—Levtraro..., Levtraro mío, ¿por qué hieres tu alma?

LAUTARO (*Vencido*).—¡Porque no puedo más con mi pena y mi angustia!

(*Guacolda lo conduce junto al fuego y lo invita a sentarse. Lautaro tira el casco y obedece*).

GUACOLDA.—Es tuya la culpa, mi Halcón-Ligero. Te has dado a medir el mundo con la medida de tu alma. No exijas de tu gente lo que no está en sus manos entregarte...

LAUTARO.—Necesito que dé lo que le exija... si ha de sobrevivir.

GUACOLDA.—Ustedes los hombres se lo pasan inventando motivos para sobrevivir...

LAUTARO.—Pero, Guacolda... comprende... ¡Es preciso!

GUACOLDA.—No. Nada es preciso, nada es necesario; ni la vida ni la muerte. Si aquello que pretendes realizar no se llevara a cabo, el sol seguiría alzándose por Oriente y poniéndose por Occidente, y la vida de los pueblos continuaría igual... Y ni el dolor aumentaría... ni tampoco acabaríamos con él...

... ¡Más son las veces que lo acrecientan, los hombres, con esta manía de que ocurran cosas!... ¡Como si no las hubiera suficientes con los dolores que nos depara la vida...!

LAUTARO.—No lo niego. Lo creo, mi Choclito Rojo... Lo creo en aquello que se refiere a los hombres. Pero los pueblos, Tortolita mía, son algo así como... una invención nuestra. Sé que el destino del hombre está en la mano de Dios. Pero el destino de los pueblos

depende de quienes los dirigen, y de lo que ellos mismos logran obtener, superándose. Sólo así pueden llegar a lo que debe ser.

GUACOLDA.—¡Todo un destino colgando de un hilo frágil: la vida de un hombre! ¿Vale la pena exponer a un pueblo a tal peligro?

Y a ese hombre, ¿le vale exponerse él mismo en una lucha contra lo desconocido? Porque, suponiendo que triunfaras; que Santiago fuera conquistado y destruido; que los españoles fueran expulsados de Chile... ¿Qué harías más tarde con tu pueblo? ¡Dime, si lo sabes! ¿Qué harías? El nació y vivió donde el Pillán quiso ponerlo. ¿Podrías tú hacerlo feliz y permanente dentro del destino que tú, y sólo tú le impusieras?

LAUTARO (*Alzándola y cogiéndola por la barbilla*). —Te prefiero cuando me acaricias, luz de mis ojos; cuando eres mi tortolita cordillerana, suave y confiada en su amo y señor. ¿Olvidaste ya las palabras de Purén, aquel día en que me eligieron Gran Toqui? Me las repitió Chillicán, cuando terminó el Consejo del Cojáu.

GUACOLDA.—Las recuerdo... tristemente. "Aquí —dijo— no son las hembras las que se ocupan de la suerte de las armas"...

LAUTARO.—Ya lo sabes.

GUACOLDA.—¡Siempre lo supe!

(*Con fiereza araucana*).

¡Quizás por ello, algún día, los españoles habrán de llevarse la tierra y la victoria!

LAUTARO (*Alejándose, fastidiado*).—¿Esto también lo dices, quizás, “para mi bien”, esposa mía?

(*Vuelve sobre sus pasos al ver que traen de las empalizadas a un centinela detenido entre dos hombres. Los sigue Chillicán*).

ESCENA III

Chillicán, el centinela, un guerrero, Lautaro, Guacolda.

CENTINELA (*Forcejeando*).—¡Ya, po oooh...! ¡abusadores!

GUERRERO ARAUCANO.—¡Camina, mierda!

CENTINELA.—¡Miiire, es qué!: ¡la tremenda bulla porque uno se duerme! ¡No será na de carne y hueso, uno!

LAUTARO.—Eres de carne ladina; de carne promaucae... y de hueso podrido de este valle de Chili.

CENTINELA.—Bueno..., ¿y qué hay con eso? Te crees que te tengo miedo, indio mapuche?

LAUTARO (*Va a golpearlo, pero se contiene*).—¡Otro! ... que no se cree indio... ¡y que querría llamarse chileno!

(*Remeciéndolo*).

¡Comprende, imbécil, que estamos rodeados de enemigos; que es necesario estar alerta, vigilar! Vamos sobre Santiago, y nunca, ¿entiendes?, ¡nunca hemos llevado tan lejos nuestras armas! Si no cuento con los promaucaes

¿cómo, con mi escasa guardia araucana podría limpiar la tierra de enemigos?

CENTINELA.—¡Y a mí, qué! Para nosotros son enemigos sólo los que mandan. Si te querías conquistar Santiago, ¿por qué no te trajiste a todos tus mapuches?

CHILLICAN (*Interviniendo*).—Cientos y miles pudimos traer. Pero, ¿cómo acarrear los alimentos para un ejército, a través de tantas leguas, de ríos correntosos y sin vado; lejos de nuestros hogares? ...

CENTINELA.—¡Y qué tengo que ver yo con eso! ¿Hemos de ser nosotros los que demos la vida por los mapuches..., después que nos hicieron dar la vida por los españoles? Los chilenos queremos vivir tranquilos... No queremos más juerga.

LAUTARO.—¿Llamas "juerga" al defender la tierra, la patria de todos? ¿Prefieres vivir como esclavo, cobarde?

CENTINELA.—¡Prefiero lo que venga! ¿Me entiendes? Siempre hemos vivió de lo que venga. Lo mismo me da ser esclavo que libre. Agora vivo libre... dicen. ¡Miren que tamaña libertad!

LAUTARO.—Vete a la tienda, Guaçolda, y no salgas hasta que yo te llame.

(*Luego, a Chillicán*).

¡Hazlo desollar! Que rellenen con pasto su pellejo y lo cuelguen de un árbol para escarmiento de la tropa.

CHILLICAN (*Militarmente*).—Se hará como ordenas.

LAUTARO (*Hablando al oído de Chillicán. Luego más fuerte*).—... con el mazo. No olvides. Con el ma-

zo, primero, para aturdirlo. No quiero gritos. Podrían denunciar nuestra presencia al enemigo...

(Señalando la tienda).

... también, por ella.

(Chillicán dice algo a los guerreros, los cuales se llevan al centinela. Al pasar éste frente a Lautaro, le escupe al rostro).

ESCENA IV

Chillicán, Lautaro.

CHILLICAN (*Emocionado*).—Mi señor: cuánto ultraje has tenido que soportar de esta canalla.

LAUTARO (*Limpiándose el rostro con calma*).—Cuánto ultraje soporta Chile, dirás mejor, del habitante que el Pillán le dio en tan mala hora...

CHILLICAN.—Este... no representa a Chile, Halcón-Ligero.

LAUTARO.—Lo sé; que de no saberlo, no estaría en Peteroa exponiendo mi vida y la tuya. Y lo que es peor... cerrando los ojos a una realidad.

CHILLICAN.—Eres extraño, Levtraro. Dices... y no dices. ¡Imposible comprenderte, mi digüeñe!

LAUTARO (*Apoyándose cariñosamente en su hombro*).—Chillicán, mi amigo... Mi fiel amigo, ¿cómo hacer comprender a tu juventud inexperta, lo que ha venido colmándome el alma durante cuatro años de conti-

nuas guerras; durante una juventud entera —la mía—, madurada a la fuerza, nacida del dolor y de la lucha. Una juventud —esto es lo más triste— mantenida dentro de una buena fe a toda prueba..., perpetuamente burlada por quienes me han rodeado?...

CHILLICAN.—Yo no la he burlado, Levtraro...

LAUTARO.—¡Me la ha burlado tu inocencia, en lo que ella exigía de su espíritu iluso! No has sufrido, Chillicán, ni has enfrentado al mundo en una contradicción continua entre lo que el mundo es y lo que yo siento, como una necesidad, que sea.

CHILLICAN.—Es soberbia y vanidad, Levtraro, pensar que un hombre solo puede cambiar el mundo...

LAUTARO.—Lo sería en cualquier otro. Y no sólo soberbia, sino presunción y necedad. ¡Pero los pueblos tienen sus héroes, amigo! Lo queramos o no, le surgen a pesar suyo hombres que no han nacido con otro objeto que el de cambiar su mundo.

Yo quise..., quiero hacer de mi pueblo el amo de esta tierra. Valdivia también pretendió crear un reino grande y libre. Pero, en su modo de ver, tenía que acabar primero con los nuestros. Sabes cómo aquello le costó la vida, y la seguirá costando a quienes lo intenten. Yo le le conocí, Chillicán, y sabía del Chile grande que habríamos podido obtener con su concurso. ¡Pero era obstinado, el godó, y orgulloso. ¡Para él, indio y plebeyo eran una misma cosa! Mucho tiempo pasará antes de que se advierta *que somos también un pueblo*, con su propia dignidad y grandeza, con sus señores y sus plebeyos. Que so-

mos un pueblo capaz de dar la paternidad a una nación varonil. ¡Tenemos las manos limpias, Chillicán! Porque, en verdad, ni antes ni después, nadie se ocupó en defender verdaderamente a Chile, como no sea el pueblo araucano.

Pero..., ¡tú lo has visto!: he quedado solo. Los viejos caciques me envolvieron en la baba de su envidia, y necesité del concurso del Promaucae. ¡De una gente que es como la negación de Arauco!: sucios, débiles, llenos de traición e ironía... ¡Una extraña mezcla de vicio y de miseria, que a nadie favorece, y que todo lo destruye!

¡Ah, la inmunda ralea!

CHILLICAN.—Serían mejores, tal vez, si no te empeñaras en tratarlos como lo haces... No sabes despertarles la amistad.

LAUTARO.—¡No es posible despertar lo que nunca se ha dormido! Ellos no saben de amistad ni de lealtad. O mejor, llaman así a la complicidad en el exterminio de toda esperanza, o al silencio en la aceptación de cualquiera de sus bajezas...

CHILLICAN.—Si hubieras buscado conquistártelos por el interés..., por la codicia...

LAUTARO (*Sonriendo tristemente*).—Serían capaces de matarte, por robarte una flecha. En cambio, por no darte un placer, serían capaces de despreciar una armadura.

¿Qué se puede hacer con gente de tal calaña?

CHILLICAN.—Quizás, más tarde, de la mezcla con los nuestros y los huincas...

LAUTARO.—... resultará algo que reunirá en un solo haz los defectos de los araucanos, de los promaucaes y de los huincas...

¡La sangre mala es siempre la más fuerte! No lo olvides...

(Paseándose).

¡Ah, mi buen Chillicán, no nos hagamos ilusiones! Dos Chiles pudieron resultar de esta guerra: el de Valdivia y el mío. El destino, que es ciego, hará surgir un Chile nacido de Agustinillo. De nosotros tres, ¡él habrá sido el vencedor!

CHILLICAN.—¡Cómo puedes decir semejante cosa!

LAUTARO.—Los hombres y los héroes, Chillicán, buscan lo mejor para sus pueblos. Pero se diría que Dios, tan justo en lo que toca al destino de cada hombre, no se interesa en la suerte de los pueblos. Son de hechura nuestra, los pueblos, y no de Dios que es Padre de todos los hombres..., buenos y malos.

CHILLICAN (Riendo).—Estás hablando como un cristiano... al revés.

LAUTARO.—Estoy hablando como un hijo de Dios... al derecho. Como una criatura que comienza a comprender, sólo ahora, por qué le ha resultado tan difícil conducir a su pueblo: ¡porque el Pillán no quiere saber de estas cosas, amigo! Los pueblos *no son obra suya*...

Esta es la realidad de que te hablaba, mi fiel Chillicán. La horrible realidad que estoy enfrentando y contra la cual estoy luchando como hombre y como héroe, en una lucha sin esperanza. ¡Estoy combatiendo contra el

propio Dios para salvar lo que nadie me ha ordenado salvar!

Por esto las aves agoreras han estado volando sobre mi cabeza durante días y días; por esto mis mapuches se embriagan, malogrando cada victoria; por esto se duermen mis centinelas; por esto he perdido la confianza de mi mejor amigo; por esto Guacolda llora y me importuna "deseando mi bien"...

¡Se diría que el amor a la patria, Chillicán, es la suprema impiedad!

(Esconde el rostro entre las manos).

CHILLICAN.—Estás divagando, mi digüeño. Tu razón te extravía. Piensas demasiado, y esto es malo para un conductor de hombres...

LAUTARO *(Como saliendo de un sueño)*.—¡Has dicho algo enorme, sin saberlo! ¡Los pueblos deberían ser conducidos por imbéciles, Chillicán! Por hombres totalmente al margen del pensamiento; así como los enamorados deben conducir su amor al margen de todo lo razonable. Son cosas demasiado humanas, estas, para proyectarlas contra la infinitud del Cielo y de la eternidad... Si el hombre de buena fe ha de actuar como un hijo de Dios, tendrá que abandonar su condición de hombre, y no... "hacerse hombre", como lo pretende la religión de los huincas.

CHILLICAN.—Olvida, señor mío, estas ideas que te perturban el alma. Estamos en plena lucha, *y esta es la realidad*. No aquella en que dices estar combatiendo "contra toda esperanza". ¡La esperanza es nuestra, Levtraro,

y nuestros cuerpos son inocentes! Hemos sido atacados y el español ha sido vencido. Somos fuertes y tú eres ahora el amo de la tierra: ¡Esta es la realidad! ¡Santiago nos espera y tú ya no sabrías pelear sin vencer en cada batalla! ¡Esta es la realidad vivida una y mil veces! Abandona este mal sueño, que hay todavía un mundo en que la amistad eterna puede triunfar sobre aquel amor demasiado humano y perecedero. Mañana reanudaremos la marcha y ni un español habrá de quedar con vida. Reposa en tu tienda, junto a Guacolda. Ella sabrá conducirte nuevamente a la medida humana. Déjame velar a mí, que mi compañía no te conviene...

(Partiendo con una última mirada de ternura).

Si me quedo... ¡sería capaz de hallarte razón en cuanto has dicho!... Y entonces, mi digüeño, ¡ya no nos sería posible seguir viviendo en el mundo de los hombres!

(Exit).

ESCENA V

Lautaro, Guacolda. Después, soldados e indios.

(Lautaro permanece un instante indeciso. Sube, en seguida, por el lado de las empalizadas; mira, inspecciona con cuidado, y grita):

LAUTARO.—¡Centinela... Alerta!

UNA VOZ.—¡Alertaaaa!

(Regresa. Reflexiona otra vez y se dirige por fin a la tienda. En voz baja, llama):

LAUTARO.—Ven, mi Choclito Rojo. Te necesita tu Halcón...

(Sale Guacolda, lo abraza y frota su nariz contra la suya, en un mimo simpático y de gran ternura).

GUACOLDA.—¿Deseas que te prepare algo de comer, mi Traro?

LAUTARO.—Deseo que alimentes este corazón, Guacolda.

Tengo miedo... Por primera vez en mi vida, tengo miedo. No sé qué me pasa... Quiero esconderme en ti, Choclito mío...

(Bajan abrazados hasta el primer plano. Mientras caminan lentamente):

GUACOLDA.—¿Quieres que te descargue de esta pesada coraza?

LAUTARO.—Sácamela.

(Se la retira y la deja tirada)

¡Ah, qué descanso! ¿Qué haría yo sin mi mujercita, que me alivia de todo... hasta de la vida?

GUACOLDA. *(Ya frente al arbusto, en primer plano).*—Creo que aquí estaremos mejor. Hace tanto calor en la tienda. No sé por qué, estando ya en abril...

(Se sienta ella en el suelo).

LAUTARO *(Tendido y apoyada la cabeza en la falda de Guacolda. Pausa).*—¡Qué dulce sería morir así!

GUACOLDA.—¡No hables de morir, Levtraro!: estoy cansada de oír esa palabra. ¡Morir! Desde pequeña no oí otra cosa. Cuando la vida me llamaba con toda la fuerza de la juventud y la primavera invitaba los cam-

pos al canto de los pájaros; cuando todo era perfume en los papales y calma húmeda en los bosques oscuros, no me daban sino una respuesta a mi amor y a mis ansias: ¡Morir! ¡Morir! Hacia donde volvía la mirada, no veía sino asaltos y batallas; sangre, gemidos, muerte...

¡Ah, cuánto odio la muerte!

LAUTARO.—Eres mujer, Guacolda; luego eres vida y fuente de vida.

Los hombres, Choclito Rojo, somos como el rayo que alumbra en la noche; que te hace ver un instante dónde te hallas, y te muestra el perfil de cada cosa con su estampido seco y deslumbrante.

Pero no dura, Guacolda. Golpea al Cielo; desgarrar los chamales de Dios, y otra vez es devorado por las sombras...

GUACOLDA.—No pensabas así esa tarde, cuando juntos entramos en Concepción con tu ejército victorioso. ¿Recuerdas la visita que hicimos al Palacio de los Gobernadores?...

LAUTARO.—Nos sentamos a la mesa, en aquel corredor que da al patio. ¡Nuestro corredor, Guacolda!, y yo te dije: "Tráeme aquel vinillo de la tierra..."

GUACOLDA.—Y vine, como en otros tiempos, con la bandeja, la jarra y las copas de plata, a servir a mi nuevo señor...

LAUTARO (*Después de una pausa*).—¡Pobre viejo!

GUACOLDA.—Tú me decías: "Guacolda: ¡ha caído en mis manos la capital del Reino! Ahora habrá paz y

sembraremos nuestros campos, y nada habrá que pueda separarnos . . . ”

LAUTARO.—Y nada nos ha separado, amor mío. Si algo me tortura todavía, es el temor de perderte . . .

GUACOLDA.—Sabes que sólo habría una manera de perderme: que la vida me abandonara. Y aun así, mi Traro, desde la tierra blanda, desde la memoria olvidada que desparrama los huesos con el arado del tiempo, estaría tu Guacolda murmurando en la brisa: “Levtraro, mi Toqui: soy tu amada; estoy más firme en el recuerdo de lo que pudieron estarlo tus hijos y los hijos de tus hijos . . . ”

LAUTARO.—¡Mis hijos! . . . No los hubo, Guacolda. El que permaneció solo en la vida, quiere permanecer solo en la muerte. El único hijo de Halcón-Ligero será Chile . . . ¡Pobre Guacolda mía; tanto que los deseabas! . . .

GUACOLDA (*Sin disimular su tristeza*).—Los hijos son el futuro de la mujer.

LAUTARO.—Las obras son la descendencia de los hombres . . .

Yo amo a esta tierra y a este pueblo mío, más de cuanto he podido amar en el mundo . . . salvo tú, mi Choclito Rojo.

Por eso, quien muere de un amor inmenso, se contentará con un inmenso olvido . . .

GUACOLDA (*Acariciándolo*).—¡Levtraro!

LAUTARO (*Escondiéndose en su regazo*).—¡Guacolda!

(*Están un momento así. Ella, acariciándole la cabeza,*

con la vista en alto, pensativa. De pronto, vuelve la mirada, inquieta, hacia la izquierda: ha oído un ruido como de un hombre que se arrastra. Entre las sombras se perfila por fin la silueta de un indio yanacona que esgrime el arco tenso. Guacolda da un grito. Lautaro se incorpora, al tiempo que se oye el zumbido de la cuerda que dispara la flecha invisible. Sentado todavía, Lautaro inclina el tronco hacia adelante, lanzando un gemido. Luego se endereza nuevamente y cae de espaldas sobre las rodillas de la mujer, sujetando con una mano la flecha clavada en su pecho. La otra mano, lentamente, se desliza exánime hasta el suelo. Desde ese momento, todo se torna oscuro y confuso. Destellos blancos y rojos alumbrarán la escena, revelando ahora que Guacolda también ha caído muerta, de espaldas. Simultáneamente, alumbrados por esas luces, veremos entrar, en pos del indio, soldados españoles con sus armaduras rutilantes, blandiendo sus espadas. Se oirá un redoble de tambores y el grito de guerra: "¡Santiago y a ellos!" Le contestará un redoble de timbales a la manera araucana.

Será un combate casi invisible, silencioso, sin voces, pero con estertores y gemidos, mezclados al parloteo argentino de las armas que se entrechocan furiosamente. Al poco, disminuirá la frecuencia de los destellos, se calmarán los ruidos y la escena quedará sumergida en una oscuridad completa y en un completo silencio. Al cabo de unos treinta segundos, la luz del día volverá en un crescendo paulatino que mostrará, al centro, la pareja de Guacolda y de Lautaro. El, tendido sobre las rodillas de la mujer, sin

flecha ninguna. Ella, alucinada, le acariciará la cabeza, como antes de la alarma, mirando al frente. El mirará fijamente arriba. Los alumbrará una luz azul, mientras el resto del paisaje estará alumbrado con el rosa intenso del crepúsculo; menos avanzado este, que el otro del comienzo del acto.

Habrán desaparecido las empalizadas, la tienda, la lanza con la bandera, el fuego, los tiestos; todo lo perecedero. Habrán transcurrido cuatrocientos años.

ESCENA VI

Lautaro, Guacolda.

LAUTARO (*Sonriendo, por fin*).—¡Guacolda!

GUACOLDA.—Mi pequeño...

LAUTARO.—¿Ha pasado algo?

GUACOLDA (*Como se le habla a un niño*).—Sí..., ha pasado la vida.

LAUTARO (*Sin sobresalto alguno*).—¿He muerto, Guacolda? ¿Qué ha ocurrido?... No puedo recordar; no sé qué fue...

GUACOLDA.—*Hemos* muerto, mi Halcón.

Para los vivos, hemos entrado en la Leyenda, que es el país donde se pasa de la vida a la muerte con sólo intentar una sonrisa dulce y triste.

Para nosotros... estamos ahora en lo que tú deseabas: *En lo que debe ser*. Ya dejamos atrás aquel accidente pe-

noso que llamábamos: Vida. Todo es seguridad, ahora. ¡Nos pertenecemos hasta la eternidad!

LAUTARO.—No duele morir, Guacolda. ¡Ya lo sabía yo, y se lo dije a mi amo! ... Pero nunca creí que fuera tan fácil.

GUACOLDA.—Lo difícil es nacer, pequeño mío. ¡No habremos de saberlo las mujeres!

LAUTARO.—¡Morir... es como vivir, Guacolda!

GUACOLDA.—No; te equivocas. Morir no es como vivir... Tienes olvidada la vida... Morir es... SER.

Vivir es una agonía, que de no ser tan breve, nos conduciría a una muerte sin esperanza. Sería una enfermedad demasiado dura para poder soportarla durante una eternidad.

LAUTARO (*Sobresaltado, tratando de incorporarse*).—¿Y quién fue el traidor, Guacolda? ¿Un chileno? ¿un yanacona?

GUACOLDA (*Sonriendo, cansada*).—No sé... Ya no recuerdo. ¿Te siguen preocupando esas cosas? ¡Nadie entendería tu pregunta si la hicieras a los hombres de hoy!: tiene tan poca importancia...

LAUTARO.—¡Vaya si la tiene!

GUACOLDA.—Calla y reposa, mejor. Escucha cómo los siglos van pasando. Cómo pasan... para los otros. Cómo les palpitan como un corazón... Por unos años, solamente..., como todos los corazones.

¡Ah, bondad de Dios, que ha querido que los nuestros no sigan pulsando el tiempo a la manera de una campana que dobla a muerto... ¡Ah, el tiempo de los vivos!, aquel

puma traicionero que avanza con el paso sigiloso de los días, hasta dar el salto sorpresivo, sin que podamos averiguar cómo nos vino de tan lejos . . . , y cómo nos clavó las garras de tan cerca.

LAUTARO.—Sí, vivir es un cansancio perpetuo y una perpetua angustia.

GUACOLDA.—Por algo los hombres interrumpen cada noche su existencia, para buscar en esa pequeña muerte, que es el sueño, una nueva provisión de vida.

LAUTARO.—Tienes razón, Guacolda: ¡somos los únicos vivientes de verdad! Los únicos capaces de coger la Historia entre las manos y comprender que las historias de la vida son hojas sueltas y volanderas, que los hombres extravían cada noche y olvidan cada mañana . . .

¿Habremos vivido en vano, Guacolda?

GUACOLDA.—¿Cómo podría ser vana, la vida, si ella es el único camino que conduce a la muerte?

LAUTARO (*Después de una pausa larga, alzándose*). —La tragedia de los héroes, Guacolda, está en que ellos . . . no hacen sino pasar.

(*Ayudándola a alzarse*).

Los pueblos por los cuales mueren, siguen . . . , siguen . . . ¿Por qué siguen, Guacolda?

(*La toma por la cintura y se van caminando lentamente hacia el fondo*).

GUACOLDA.—Si los chilenos de hoy abrieran para ti el libro de la vida, verías tu nombre escrito en cada página con letras de fuego. No saben leerlo, Levtraro, pero les quema el alma como un remordimiento.

¡No; no puedes decir que has pasado en vano!

LAUTARO.—¡Ah, si tuviera una prueba... Si pudiera creerte...! ¡¡Daría mi eternidad por saberlo!!

GUACOLDA (*Deteniéndose*).—Da el "Quién vive", Levtraro.

Da el "Quien vive" a la conciencia de Chile, y tendrás esa prueba.

Dalo hoy..., mañana..., cualquier día, y verás que Arauco sigue presente, ¡vivo y despierto!... Llevan a nuestro pueblo como un tesoro escondido dentro del pecho. Y como lo ignoran, a veces no saben qué hacer con él. ¡Da el "Quien vive"...

LAUTARO (*Recuperando su fiereza y apostura de Gran Toqui*).—¡¡Centinelaaaaa, alertaaaaa!!

UNA VOZ INMENSA (*En coro, surge de todos los ámbitos del teatro*).—¡¡Alertaaaaa!!

(*Se miran entre ellos, sonríen, y reanudando la marcha*):

LAUTARO.—Guacolda mía..., sólo ahora comienzo a confiar en la eternidad!

(*Unen sus cabezas y desaparecen por el fondo*).

TELON.

POSTFACIO

Ninguna obra literaria debería ser castigada con este insulto: el "Postfacio". Una pieza teatral debe hablar por sí misma y llevar contenida su propia justificación.

En cuanto propósito, primeramente.

En cuanto realización, después.

Desde el momento en que ella sale armada de lo profundo en la mente de un autor, como Minerva del cerebro de Júpiter, pasa a constituir un "cuerpo cierto" que no requiere ni precisa de mayores explicaciones, defensas o justificaciones.

Lo dicho está sujeto, naturalmente, al medio en que un autor escribe y al cual se dirige. No creo llegado el momento de juzgar al nuestro. Lo que no obsta para que tengamos muy en cuenta algunas modalidades que he observado en nuestra crítica, y de la que no sabría decir si, por malicia o ignorancia, parece no aceptar el viejo y tradicional convencionalismo teatral.

Sabemos que en el teatro nada es real, a la manera que nos ha acostumbrado la realidad exterior. Quiero de-

cir que el mérito de la obra teatral radica precisamente en el hecho de crear su propia realidad intransferible; comenzando por el decorado, que no es naturaleza, sino pintura y papel, y siguiendo con la arquitectura, que no es mampostería sino madera y cartón.

El tiempo teatral es, también, otro (parece ingenuo tener que explicarlo a estas alturas). En este tiempo no se exige la sucesión de los días y de las noches, y varios años pueden transcurrir entre un telón que baja y otro que sube.

Los personajes mismos (salvo en cierto teatro realista y costumbrista de viejo cuño, al cual tanto afician los míos) no están obligados a decir o a conducirse como lo harían sus homólogos en la vida real. Ni los griegos de Racine fueron los de la Historia, ni la Santa Juana de Shaw habría inventado tan agudos argumentos en su proceso medieval. Puede —y debe— ser dada la nota arcaica, cuando la circunstancia lo requiere. Pero la pieza teatral —sobre todo, la histórica— no va destinada a ser vista por el fenecido público de la época en que ocurrieron los hechos, sino por el nuestro, hartado alejado ya en el tiempo y en el espacio. El deber del autor (para no referirme a sus derechos) está precisamente en este trabajo de “traducción” de los viejos conceptos, para que éstos influyan como otrora y “suenen” ante nuestro público actual de la manera en que lo habrían hecho ante una humanidad contemporánea de los personajes de la pieza.

Tal *transposición* (para emplear el lenguaje de la música) es la que crea esa mezcla de ficción-realidad, propia de

este género de obras, históricas en su base y contenido, pero donde la interpretación psicológica, la poesía, y "la vida más real que la vida", buscan la manera de alearse en la forma más oportuna para que de ellas surja el interés y la ilusión teatral. No es otra la causa y razón por qué el autor se ve obligado, en tales casos, a prestar a sus personajes un lenguaje y unas ideas anacrónicas, quizás, en cierto sentido, pero no menos verdaderas en lo que se refiere a las consecuencias de sus actos.

Para el caso que nos ocupa, el autor sabe de sobra que el Conquistador Valdivia nunca dijo los discursos que aquí expresa, y que Lautaro no había alcanzado al grado cultural necesario para que pudiera definir sus sentimientos en la forma que le vimos.

No obstante, hay en la secuencia histórica una como tesis implícita que nos lleva a pensar que, si bien estos personajes no hablaron de tal suerte, *obraron, en cambio, como si hubieran pensado así*. Más aún: *como si la Historia hubiera quedado desprovista de todo sentido si ellos hubieran pensado de otra manera*.

De hecho, esta comprobación es la que nos interesa mayormente. Tanto más si de tal mundo psicológico consigue desprenderse una interpretación que ayuda a comprender al Chile de nuestros días y a su atormentado y contradictorio habitante.

Por fin, y para dar término a estas verdades elementales, no debemos olvidar en el caso presente que estamos frente a un libro, o sea, ante el producto de la mente de un escritor. Como quien diría, "una materia literaria" que

sólo aspira a ser arte dramático en la débil medida en que un *Script* encierra, en potencia, la película que luego veremos en el cine. No todo escritor es, necesariamente un dramaturgo. Su obra teatral es llevada raras veces a la escena en la factura y proporciones originales.

Este "Halcón Ligeró" que aquí presentamos *es un teatro para ser leído*. El tiempo y la buena voluntad de "los hombres del oficio" dirán si podrá ser llevado a la escena algún día.

Grave cosa sería, para mí, si jamás lograra "hacerse carne".

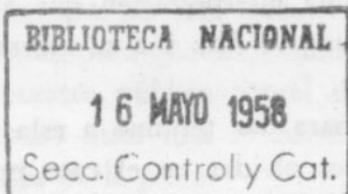
Mucho más grave, para los demás, habría sido si nunca hubiera conseguido hacerse espíritu.

Los grandes hombres que forjaron este país no nacieron y murieron, al cabo, para figurar solamente en los textos de Historia de las escuelas.

B. S.

Castro (Chiloé), febrero de 1956.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



que moderno por el climax y el anacronismo intencionado de ciertos personajes suyos, que hasta ahora sólo habían sido enfocados dentro de la puerilidad de lo temporal e indígena, contentándonos con la realidad directa, sin atender mayormente a la verdad indirecta que fluye de toda circunstancia provocada por la realidad. Aquí, el indígena pierde su condición de "objeto" y vive a la manera de un ser consciente y, por fin, inteligible dentro de su extraña psicología. Con lo que, conjuntamente, Chile todo y su historia pasan también a adquirir un relieve y un contorno ajenos al simple devenir inconsistente.

Chile, en "Halcón-Ligero", "se hace carne y habita entre nosotros"

Ahora, Subercaseaux parece haber retornado definitivamente a su primera pasión: La Ciencia, y haber dejado la Literatura "como un medio de expresión que le fue útil en cierta época de su vida".

En esta pieza teatral, corneliana en ciertos aspectos, sartriana en otros, "subercasiana" en todo momento, está quizá la clave de esta determinación extraña, que habrá de producir sorpresa en más de alguno de sus lectores.

FABRICACION CHILENA

PRINTED IN CHILE